

ELLA BROOKE & JESSICA BROOKE



EL
AMOR
*Rescatado
del Fuego*

El Amor Rescatado del Jeque

Por Ella Brooke y Jessica Brooke

**Todos los derechos reservados.
Copyright 2015 Ella y Jessica Brooke**

[Haz clic aquí](#)

para suscribirte a nuestra lista de correo y obtener actualizaciones EXCLUSIVAS de todas nuestras ofertas, avances especiales y nuevos lanzamientos.

Índice

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Epílogo](#)

[Otra historia es posible disfrutar](#)

[La oferta del jeque](#)

Capítulo Uno

Sarah Johnson esperaba paciente en las oficinas de Dubái de *Al-Khalid International*, sorbiendo un café turco mientras aguardaba a que el rey del Emirato de Varapur la recibiera en una improvisada reunión. Cuarenta y ocho horas antes, había estado en Praga visitando varios castillos buscando inspiración para un proyecto renacentista en el que su hermana la había involucrado. Sin embargo, la asistente personal del rey Tariq Al-Amad se había puesto en contacto con ella con la promesa de un anticipo muy lucrativo simplemente por reunirse con él y discutir su propuesta.

Su creciente fama en los últimos dos años le había proporcionado una gran cantidad de proyectos, pero, aun así, la oferta del rey Tariq Al-Amad había sido toda una sorpresa. Lo último que esperaba es que un rey del petróleo se interesara por su trabajo con energías alternativas y edificios autosustentables.

Tras una exhaustiva investigación, Lori descubrió que el rey era un astuto hombre de negocios que gobernaba un pequeño país, Varapur, en los Emiratos Árabes. Su familia llevaba reinando más de un siglo y se le conocía por ser un líder muy tradicional y querido. Sarah no sabía si podría trabajar con las restricciones que impondría un rey tan tradicional, pero la oferta era lo bastante tentadora como para hacer juegos malabares con su agenda y aceptar la reunión.

La oportunidad de edificar en Dubái era un sueño hecho realidad para cualquier arquitecto. Solo con ver las brillantes torres de la ciudad desde su asiento en primera clase había quedado impresionada, aunque aún no estaba convencida de la idea al cien por cien. Pese a haber nacido y haberse criado en Texas, no le atraía demasiado la idea de estar en una ciudad con altísimas temperaturas en octubre y donde se suponía que había que ir tapada de los pies a la cabeza.

“Señorita Johnson, el rey Al-Amad la está esperando,” dijo su asistente. En su placa ponía “Tufa Kabir.” Era una mujer impresionante, vestida con un sobrio traje de chaqueta azul marino. Debía estar en la treintena y llevaba el pelo recogido con un hermoso pañuelo verde. Su maquillaje era ligero, pero el khol oscuro que delineaba sus suaves ojos marrones le daba un brillo especial.

La señorita Kabir le mostró el camino, atravesando las grandes puertas que conducían al despacho del rey. La mujer le hizo un gesto para que entrara y Sarah encontró al rey Tariq conversando aún con su anterior interlocutor.

“Eso es todo, Ahmed. Pero que sea la última vez que me decepcionas o tendrás que buscarte otro empleo. ¿Queda claro?” ordenó con su voz de barítono en tono autoritario.

“Sí, mi rey,” afirmó el hombre agachando la cabeza.

“Pues márchate, y no hagas que me arrepienta de mi decisión.”

El hombre se dio la vuelta y salió a toda prisa, pasando junto a Sarah y Tufa. El rey Tariq Al-Amad se puso entonces de pie, quedando patente su imponente figura. Mediría perfectamente 1,95 metros, por lo que la enorme mesa de caoba ante él parecía de juguete. Sus amplios hombros se

adivinaban bajo su Armani de seda a medida, que resaltaba su tez bronceada. Su cabello era oscuro como la noche y enmarcaba su rostro, cubierto por una barba frondosa pero bien mantenida.

“Señorita Johnson, gracias por aceptar reunirse conmigo. ¿Puedo ofrecerle algo antes de que empecemos?”

“Otro café si es tan amable y ¿podría tomar un brioche? Aún estoy bajo los efectos del jet lag.”

“Tufa.” El rey Tariq le hizo un gesto y la mujer hizo una reverencia antes de ir a por el refrigerio.

“Siéntese,” dijo señalando el gran sillón acolchado frente a él. El despacho era enorme, con suelo de vetas de madera en tonos medios, paredes grises que potenciaban la luz solar que se filtraba a través de una hilera de ventanas a lo largo de la pared de la oficina y muebles tapizados en torno a una enorme mesa de reuniones.

“Gracias, rey Al-Amad. Debo decir que su invitación ha sido toda una sorpresa,” dijo Sarah, tomando asiento.

“Sí, sospecho que debe resultarle contradictorio que un imperio construido sobre... ¿Cómo lo llaman ustedes los americanos? ¿Oro negro?... se interese por la construcción de un palacio autosustentable.”

“Resulta, cuanto menos, curioso,” añadió Sarah con una sonrisa, mientras Tufa colocaba los refrigerios en una mesita junto a su asiento. Incluyó la cabeza en señal de agradecimiento al marcharse la mujer y dio un sorbo disfrutando del distintivo sabor de la cafeína.

El rey dio un largo trago de su propia taza humeante. Sabía que la estaba evaluando mientras contemplaba su largo cabello rojo oscuro, su rostro pálido cubierto de pecas y su atuendo informal de negocios consistente en una blusa beige y falda negra a la altura de la rodilla. La observaba con sus ojos color café y aunque su intención era mantener una actitud puramente profesional, la intensidad de su mirada le provocaba algo más que piel de gallina.

“¿Me permite?” preguntó Sarah educada, señalando el brioche. Al asentir el rey, dio un pequeño bocado al dulce, que acompañó con otro sorbo de café. La habían tratado bien en primera clase, pero tener un aperitivo a mano la ayudaba a controlar los nervios. “Para serle sincera, alteza, también me intriga el hecho de que piense en una mujer para dirigir el proyecto, y más, uno tan inusual.”

Tariq alzó una ceja en dirección a la joven pelirroja sentada frente a él. “Es comprensible. No, al principio no tenía en mente que una mujer estuviera a cargo del proyecto, pero no crea que soy tan necio como para ignorar a aquellas personas calificadas para la tarea. Procuro alcanzar el éxito en todo lo que emprendo y, tras mucho indagar, usted es la mejor elección.”

Hacía mucho tiempo que la voz de un hombre no la afectaba tanto. “Dígame. ¿Qué ha descubierto al investigar sobre mí?”

“Licenciada en el Texas A&M College of Architecture donde obtuvo su máster a la edad de veintiuno. Después se inscribió en el programa de maestría en sostenibilidad de Harvard y, con veinticuatro años, ya había ganado el *Gates International Challenge* con sus diseños Johnson Quick Deploy Habitat de viviendas autosustentables y a prueba de desastres naturales.” El rey Tariq unió los dedos frente a su rostro y se inclinó hacia delante de forma casi imperceptible. “Desde entonces, su talento ha sido muy demandado, no solo por sus conocimientos sobre edificios ‘verdes’, sino por sus impresionantes diseños.”

“Vaya,” exclamó Sarah y sus ojos color jade brillaron traviosos, “¿Lo ha leído en una entrevista de *Vanity Fair*?”

“No se burle de mí,” le advirtió y Sarah se preguntó si sus ojos siempre tendrían ese fuego en su interior.

“No lo hago, pero lo que acaba de decir no es mucho más de lo que obtendría al hacer una búsqueda en Internet. Dice que soy la mejor, pero ¿qué le hace pensar así? Un hombre de su calibre no se queda en la superficie y va mucho más allá.”

“Me informaron sobre usted, y tengo muchos colegas que han podido admirar su trabajo de primera mano. He colaborado personalmente con el señor Gates en varias empresas y su nombre aparecía en la breve lista de personas que recomendaría para este proyecto en particular. Nadie más posee la mezcla adecuada de conocimientos de ingeniería y arquitectura para lograr la perfección estética y funcional que exijo. Busco lo mejor, señorita Johnson, y créame cuando le digo que, si no pensara que es usted la persona más idónea para el trabajo, no malgastaría un segundo de mi tiempo en esta conversación” dijo en tono severo.

“Quien exige perfección en todo, se decepciona en gran medida,” dijo Sarah con cierto sarcasmo.

“¿Es su intención decepcionarme?” preguntó el rey mirándola con ojos fieros.

“No, pero creo que la impresionante muestra de autoridad que presencié al entrar al despacho era una advertencia para que supiera quién está al mando,” dijo, dando otro bocado al brioche.

Tariq tensó lo mandíbula. “Hace falta mano dura para un liderazgo sólido. Espero que todo el que trabaja por o conmigo lo tenga claro.”

“Deber ser ya la quinta vez que me encuentro en una situación así. Independientemente de la cultura, las demostraciones de poder no son para nada originales.” No había sido su intención inclinarse hacia él como si le estuviera contando un gran secreto ni dirigirle aquella amplia sonrisa. “Pero es obvio que tiene mi atención, así que, cuénteme más sobre ese palacio de ensueño.”

“Antes de entrar en materia, le recuerdo que ha de firmar el acuerdo de confidencialidad.”

“Cierto, discúlpeme.”

Sarah buscó en el interior de su bolso, sacó los contratos y los depositó en la enorme mesa.

“Mis abogados los han revisado y han añadido una cláusula estándar que siempre solicito. Lo que viene a decir es que si acepto el proyecto y me mienten en cuanto a la clasificación verde para la tecnología empleada o se lleva a cabo alguna ilegalidad, me reservo el derecho a denunciar a las autoridades o medios de comunicación oportunos. Es la única condición que pongo en los acuerdos de confidencialidad. Lo toma o lo deja.”

Notó como volvía a apretar los dientes por un movimiento casi imperceptible de su barba, pero pasó las hojas hasta llegar a la pestaña coloreada que marcaba la rectificación de su abogada sin mediar palabra. Sarah lo observó mientras inspeccionaba el documento, tomaba una pluma que probablemente costaría más que muchos coches, y dejaba su rúbrica.

“Soy un hombre de palabra, señorita Johnson, y espero que, en caso de encontrar algún problema, se dirija también a mí personalmente.”

“Es un placer oír eso. Por favor, llámeme Lori,” dijo sonriendo.

“Como desee.”

Él le devolvió la sonrisa y extrajo del cajón a su izquierda un par de *gafas con lentes oscuras*. Sarah las conocía. Las había empleado en varios proyectos para visualizar prototipos de diseño y no le sorprendió. Si podía permitirse oficinas en Dubái, un par de gafas de realidad virtual no eran nada.

Sarah sacó un coletero del bolso y se recogió los largos rizos color rubí. Habría jurado que el rey miraba el rastro de pecas de su escote, pero le molestó más el hecho de que a ella no pareció importarle. La pelirroja no sabía a ciencia cierta qué le estaba ocurriendo, pero había algo en la presencia dominante del hombre frente a ella que la hacía estremecerse de placer.

“Tome,” dijo tendiéndole un par de gafas de realidad virtual, “Creo que le ayudará a entender mejor mi idea.” Ella se colocó las gafas y, en el centro de la mesa del despacho, apareció un artefacto flotante. Parecía un aparato de aire acondicionado exterior cubierto de una chapa hexagonal.

“Esta,” continuó el rey, “es mi empresa personal, financiada con mi propia fortuna, diseñada por las mentes más brillantes que he podido contratar. El modelo a escala completa puede, en teoría, dar energía a una casa media de los Estados Unidos durante cinco años con un mantenimiento mínimo. Lo llamo Módulo de Energía Verde, G.E.M, por sus siglas en inglés, la joya de Varapur.”

Lori abrió los ojos como platos. “¿Cinco años? ¿Qué demonios lo impulsa?” Se tapó la boca con la mano nada más hablar.

“No se preocupe. Lo cierto es que esperaba exabruptos mucho más...pintorescos,” dijo Tariq con una sonrisa amplia y luminosa por una vez. “En su forma más rudimentaria, es un tipo de celda de combustible de hidrógeno. Sin embargo, su eficacia no radica en el combustible, sino en un microorganismo único descubierto en Varapur hace muchos años.”

“¿Funciona con la única aportación de un tanque de agua salada durante cinco años?” preguntó Sarah una vez más.

El G.E.M explotó, mostrando su funcionamiento interno con dos enormes tanques en el centro.

“Agua con sal y también dióxido de carbono. Los organismos usan ambos en un proceso único que proporciona no solo altos niveles de energía, sino también, en teoría, la capacidad de interactuar fácilmente con los aparatos que se encuentran en la mayoría de hogares. Y con un peso aproximado de 450kg, puede convertirse en núcleo de carga para vehículos eléctricos.”

Sarah se quitó las gafas y miró atónita a Tariq. “¿Y no es un suicidio para usted? Si lo que afirma es cierto, supondría una enorme revolución en el campo de las energías alternativas y dudo que nadie espere una noticia así de un imperio *petrolero*.”

“Tiene razón. Por eso he financiado esta operación de forma privada. Si se supiera, podría causar estragos en los mercados. No, tenía que asegurarme de que la tecnología estaba lista y hallar una prueba de concepto que valiera la inversión personal. Quiero diseñar un palacio que sea accionado en su totalidad por tecnología G.E.M,” concluyó, juntando los dedos de ambas manos sobre sus labios.

“Es un proyecto muy ambicioso,” afirmó Sarah. “Tendría que aparcar o delegar los proyectos en los que estoy trabajando actualmente para sacar tiempo...”

“Le pagaré cincuenta millones de dólares,” la interrumpió Tariq. “Y veinte millones adicionales para que los done entre las organizaciones benéficas que crea convenientes.”

“¿Lo dice en serio?”

“No tengo tiempo para juegos, señorita Johnson. Por esos honorarios, su tiempo es mío y solo mío hasta que finalice nuestro negocio.” No había sonrisa ni brillo en sus ojos, solo hechos.

“¿Es que quiere comprarme, rey Al-Amad?”

“No intente provocarme.” Pero notó una leve contracción en su labio. “Sabe a lo que me refiero. Su sueldo será acorde al nivel de mis exigencias. El petróleo es un recurso limitado. No me malinterprete, si Alá quiere, habrá crudo de sobra para proveer a Varapur durante generaciones, pero el hombre cuya casa está hecha sobre arena, terminará hundiéndose, y quiero asegurarme de que mi imperio permanezca.”

La miró intensamente con sus ojos oscuros, sin suplicarle, pero implorándole que se uniera a él.

“Hay unas reglas básicas que quiero que se cumplan,” respondió ella.

Tariq frunció el ceño, pero respondió, “Continúe.”

“Uno, comprendo que está acostumbrado a ciertas tradiciones. Haré lo posible por cumplirlas, pero mi vida privada es solo mía, y espero que la respete.”

“Estoy de acuerdo.”

“Dos, cuando se trate de mi parte del proyecto, la jefa soy yo y respondo solo ante usted. Mis subordinados deben ser capaces de trabajar para una mujer, en caso contrario, se irán. Me crié entrenando ponis en San Antonio y si no entraban en vereda, los mandaba a pastar. No me importa lo que digan a mis espaldas mientras hagan su trabajo.”

“Estoy seguro de que es usted un torbellino, señorita Johnson. Me encargaré de que no tenga problemas con el personal, pero no olvide que *tiene* que responder ante mí.” Volvió a tensar la mandíbula, pero no apartó la mirada de la suya.

“Y, por último, los términos añadidos al acuerdo de confidencialidad que tan amablemente ha aceptado. Por lo que, rey Tariq Al-Amad, creo que este es el comienzo de una relación bastante fortuita.” Sarah se puso en pie y le ofreció una amplia sonrisa y su mano derecha. Él la aceptó y le besó el dorso, dejando un rastro de cosquillas al rozar la piel con su barba.

“Eso espero. Señorita Kabir, me he tomado la libertad de enviar sus cosas a su habitación de hotel en el *Burj Al Arab*.”

“Gracias, mi rey,” dijo Sarah guiñando un ojo antes de darse la vuelta para marcharse.

“Una cosa más, señorita Johnson,” dijo deteniéndola. “Tengo un hueco inesperado esta noche. Espero que pueda venir a cenar conmigo.”

Sarah hizo una pausa y él la aprovechó para continuar, con una sonrisa. “Dijo que conoce las costumbres que tenemos en Dubái. Si es así, debería saber que es de mala educación rechazar una invitación así.”

“Qué diablos. Una también tiene que comer,” dijo, sonriendo nerviosa.

Capítulo Dos

Había un coche esperándola al salir del Burj Al Arab. Era una de las maravillas de Dubái al ser el único hotel de siete estrellas y el edificio más alto construido, y no quería ni pensar en lo que podría costar su habitación. La arquitectura del edificio era fantástica. Por cada ínfimo fallo aparente, llamaba su atención otro ángulo o línea que elevaba al edificio entero a la perfección.

La limusina estaba vacía, pero no había tenido muchas esperanzas de que el rey apareciera en persona. Se metió en el coche y alisó los pliegues del vestido negro que llevaba. Se había decidido por una prenda larga, sin escote y con mangas que cubrían sus brazos, pues el rey Al-Amad no se había molestado en decirle dónde cenarían. Llevaba el pelo recogido en una pulcra coleta y su único adorno eran unos pendientes de aro dorados y maquillaje informal. Tan solo se había puesto un tono más oscuro en los labios del que solía llevar normalmente. Después de todo, era la primera vez que tenía un encuentro personal con alguien de la realeza.

El sol del atardecer proyectaba olas de ardiente naranja sobre el paisaje de cristal y se le hizo un nudo en el estómago. Era absurdo. Sarah había estado en cientos de cenas de negocios, charlando con muchos clientes potenciales, pero había algo distinto en aquel hombre y en la firmeza de su mirada. Podía sentir que, aunque cediera a sus peticiones, sabía que llevaba las de ganar.

Cuando la limusina se detuvo, Sarah notó rastros de sudor en las palmas de sus manos y buscó un pañuelo en su bolso. Solo era una estúpida cena.

Las puertas se abrieron, revelando un largo sendero cubierto a cada lado por flores que nunca antes había visto. El sol del atardecer prendía fuego a la hierba e intensificaba los tonos púrpura y rojizo, que parecían cobrar vida. Al final del camino había una glorieta y senderos que se estrechaban hasta convertirse en jardines repletos de flores y elementos decorativos. Varias personas paseaban aún por los senderos, haciendo fotos y señalando las diferentes especies botánicas, pero en la glorieta, había una mesa para dos. El rey Tariq la esperaba allí, haciéndole señas para que se reuniera con él.

Sarah se acercó y sus tacones resonaron en el aire nocturno. “Veo que se trata de una cena al aire libre.”

“Me gusta comer bajo las estrellas. Bienvenida a los Jardines Milagrosos,” dijo, tomándola de la mano.

Pudo sentir sus ojos recorriendo su cuerpo mientras subía las escaleras hasta llegar a la mesa. Su mirada color chocolate parecía fija en el movimiento de su coleta sobre su hombro.

“Siéntese. Me temo que el menú ya está decidido. Espero que le guste la cocina mediterránea.”

“¿A quién no?” dijo con una sonrisa tímida. Sarah deslizó un dedo por uno de sus mechones y vio cómo él la seguía con la mirada.

En la mesa habían servido zumo de uvas, agua y un surtido de hojas de parra y falafel, acompañado de pequeños platos con salsa de ajo y tahini, además de pepinillos y cebollas rojas.

Tomó un falafel y le dio un mordisco. “Está delicioso.”

“Cuando *exijo* lo mejor, rara vez me decepcionan.” Sonrió.

“Ah, sí, eso pudo haber salido, ahem, de una galleta de la suerte,” admitió.

La carcajada inesperada que salió de su pecho retumbó en el cielo crepuscular. “Una mujer occidental hablándole de filosofía oriental a un rey de Oriente Medio. Con esto, ya lo he visto todo.”

“Y, ¿de dónde procede la gran sabiduría del rey Tariq Al-Amad?” bromeó.

“Tuve tutores privados durante la mayor parte de mi vida. Mi padre prefería una educación estricta y no quería que la cabeza de su heredero se llenara de tonterías occidentales. U orientales, de todos modos,” rio.

“Bueno, cuando tomas el especial número cinco de *Pe Su Gui Palace*, ves que hay sabiduría en sus palabras,” dijo Sarah, bebiendo zumo de uvas blancas. Lo notó delicado y fresco en su lengua y combinaba bien con el crujiente del falafel.

“Mi hermano, por otra parte, fue a Oxford durante sus años de universidad. Madre estaba convencida de que uno de los dos lograría una mayor comprensión del mundo occidental para liderar *Al-Amad International*, aunque padre nunca creyó que le hiciera ningún bien tratar con los impíos.”

“Bueno, no todo lo que proviene de los occidentales es malo, mi rey.” Se llevó a los labios rojos otro bocado.

“No estoy tan convencido de eso, torbellino.”

Sarah se pasó con disimulo la lengua por los labios para atrapar una miga, mientras mecía el vaso de zumo entre sus dedos. Daba gracias a que el aire nocturno fuera relativamente fresco, pues el calor que había brotado en su interior un rato antes se extendía por sus mejillas al ver la sonrisa que él le dirigía.

“Rey Al-Amad, ¿por qué Dubái? Gobierna su propio emirato, que vale casi mil millones de dólares y seguro que posee lugares suficientes en Varapur. ¿Por qué centra este experimento en uno de los sitios más caros de la tierra?”

“¿Vamos a hablar entonces de negocios, señorita Johnson?”

“Solo intento saciar mi curiosidad. No me negará eso, ¿verdad?”

Tariq se pasó una mano por la barba mientras se recostaba en la silla, apoyando los brazos en su regazo. “Dubái es, por supuesto, uno de los países más lujosos y elegantes del mundo. Sin

embargo, su producción petrolera supone un reducido porcentaje de su producto interior bruto. En la actualidad, depende de la construcción, el comercio y el turismo."

"Y una empresa de negocios como *Al-Amad*, que algún día podría desbancar a los imperios petroleros, no se vería rechazada en un lugar así," concluyó Sarah.

"Exacto. Y disfruto de ciertos lazos familiares con los gobernantes que puedo aprovechar. Dubái constituye el escaparate perfecto."

"Puedo entenderlo. Al construir algo, ya sea una choza o un rascacielos, se aprende un poco sobre cuál es la presentación más adecuada," dijo ella.

Los ojos de Tariq se iluminaron y se puso de pie. Su traje de chaqueta gris se ajustaba perfectamente a sus amplios hombros. Le ofreció el brazo. "Venga, deje que le enseñe algo."

La pelirroja dio un último sorbo a su bebida antes de aceptar su brazo y la brisa nocturna acercó el aroma de colonia de vainilla y especias a sus fosas nasales. Era dulce, pero con notas picantes de regaliz, ron con especias y almizcle que despertaron sus sentidos. El nudo en su estómago aumentó y comenzó a molestarle.

La condujo por uno de los senderos, alto y orgulloso, sin mediar palabra, y entre el mar arcoíris de plantas perennes, se sentía extrañamente pequeña a su lado. El sonido de sus tacones sonaba a piezas de mecano al intentar seguir el ritmo de sus largas zancadas.

Poco después, encontraron unas magníficas flores de color ámbar. Habían sido dispuestas en lechos de rosas blancas, formando una V de gran tamaño. Había rosas de color naranja, gerberas moradas y caléndulas doradas.

"Esta", dijo, señalando con la mano, "es la flor de Varapur. Se trasplantó aquí para que todo el que venga conozca la majestad de mi reino".

La flor surgía de un tallo verde oscuro con toques cálidos que subían en estrías color ámbar hasta volverse doradas en los extremos. Se intercalaba con flores púrpuras y amarillas que brillaban bajo las farolas y la luz de la luna.

"Llevaré una gloria así al resto del mundo."

"Son preciosas," susurró, viendo el orgullo patente en sus rasgos.

Se volvió hacia ella con ojos implacables, aunque había un matiz de delicadeza en ellos. "Encuentro belleza en muchas cosas, señorita Johnson."

Se ruborizó y sus ojos de jade brillaron al observarlo. El jeque se acercó a ella, pero volvió la vista hacia la glorieta. La expresión en sus ojos se endureció y comenzó a gritar de pronto en su idioma.

Un criado había empezado a recoger los platos de la mesa por error, pensando que se habían

marchado.

“No pasa nada,” rio Sarah tocando su brazo.

Tariq lo apartó, como si le hubiera pinchado. “Hay que terminar de comer.”

El momento se hizo añicos, como si el príncipe azul hubiese dejado caer el zapato de cristal. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no dirigirle una mirada de reproche al apartarse. “Yo soy la que decide cuándo termina la noche para mí. Aún estoy bajo los efectos del jet lag y creo que, después de todo, me vendrá mejor descansar que cenar. Gracias por el falafel, mi rey.”

Capítulo Tres

Sarah observaba la belleza de Dubái a través de la ventanilla de la limusina. Era la primera vez en su vida que veía juntos tantos ferraris. Tampoco había visto nunca un jeep doble (dos jeeps unidos por los lados formando un vehículo gigante) circulando por la autopista. Y estaba segura de que el Escalade que acababa de pasar por su lado lo conducía un leopardo salvaje.

Si pensaba que los dos últimos años habían sido un torbellino, las últimas veinticuatro horas la habían transportado prácticamente a Oz. Había viajado allí por la oferta de un anticipo de doscientos mil dólares, y ahora estaba a una firma de tener cincuenta millones más en el banco. Aunque el dinero la entusiasmaba de forma increíble, no hacía más que pensar en el jeque. Ella, que jamás flirteaba, había caído en ese tipo de comentarios tanto en la reunión como en la cita, aunque había sido corta.

Sarah nunca había tenido tiempo para los hombres en su vida. No era en absoluto una mojigata. Le encantaba el sexo como a cualquier otra chica, pero su formación y reciente vida laboral hacían que no tuviera tiempo para el compromiso que suponía una pareja estable. Pero algo en su interior había reaccionado de forma distinta a aquel hombre.

¿Era su mirada impenetrable, su bravuconería o la forma en que movía la barbilla cuando sabía que quería gritarle? Había tratado anteriormente con imbéciles y payasos; iba parejo a desarrollar su carrera profesional en un mundo de hombres. Sarah había presenciado ese tipo de conductas a menudo.

Tal vez fuera eso. Por una vez, *no era* fingido. Se apoyaba en las frágiles muletas del machismo, pero sentía una fuerza auténtica en él. Sin embargo, la forma en que le había gritado al camarero había sido tan hiriente. Las espadas tenían filo por algo.

Pero estaba allí ante todo por trabajo y cuando firmara en la línea de puntos, su tiempo sería suyo, tal como había dicho. Pero solo porque el cliente le provocara un nudo en el estómago no significaba que fuera incapaz de manejar la situación ni dejar que su imaginación se divirtiera un poco. Estaba deseando llegar a la habitación de su hotel. Necesitaba urgentemente una siesta para combatir el jet lag.

De hecho, estaba tan perdida en sus pensamientos, que apenas se había dado cuenta de que la ciudad de acero y luz de luna empezaba a desvanecerse en sombras, dando paso a hormigón derruido. Podía ver a través de la ventanilla los edificios más altos del mundo alejarse en el horizonte.

“¿Conductor?” preguntó dirigiéndose a la parte delantera de la limusina. “Se supone que debemos ir al *Burj Al Arab*.”

Sintió un escalofrío en su espalda al ver que el coche se acercaba a un aparcamiento deteriorado que claramente no pertenecía al único hotel de siete estrellas del mundo. Tiró por instinto de la manilla de la puerta, que no cedió, aunque de todas formas tampoco sabía lanzarse de un

vehículo en marcha.

“¡Déjenme salir!” gritó, dando patadas al cristal de la limusina. El coche se desvió y los neumáticos chirriaron contra el cemento, pero no se detuvo. Lo pateó una y otra vez hasta que le dolieron las pantorrillas al chocar con el vidrio a prueba de balas.

Los seguros de las puertas saltaron con un terrible estallido y las sombras del garaje comenzaron a moverse. Las puertas de la limusina se abrieron de golpe y al volverse, sintió algo crujir contra la palma de su mano. Le cubrieron la cabeza con una tela áspera y negra y al intentar volver a gritar, sintió que la amordazaban, probablemente con cinta de embalar. Los hombres la despojaron de sus zapatos y Sarah notó que le ataban los tobillos con cuerdas. Las lágrimas caían de sus ojos mojando la bolsa que cubría su cabeza mientras trataba de recordar las clases de defensa contra secuestros a las que había asistido. Aunque ignoraba los planes de sus asaltantes, sabía que tenía pocas opciones de escapar y rezó para que no quisieran hacerle daño. Sarah debía prepararse para escapar en cuanto tuviera oportunidad y flexionó sus tobillos y muñecas todo lo posible, manteniendo su cuerpo en tensión.

Otros hombres estaban registrando su bolso y pudo oír que destrozaban su teléfono. No hablaban mucho, pero se dio cuenta de que no era árabe, sino otro idioma, puede que hindú. En cuestión de minutos, la sacaron de la limusina y la arrojaron al asiento trasero de otro coche. Lo último que sintió antes de sumirse en la oscuridad fue un fuerte golpe en la nuca.

Al recuperar el conocimiento, lo primero que pensó Lori fue que la habían metido en un horno gigante. La temperatura en la habitación debía ser superior a cuarenta grados centígrados. El sudor que resbalaba por su rostro y vestido se pegaba a su cuerpo como un film transparente. Al intentar moverse, se percató de que le habían atado las manos al respaldo de una silla y que sus tobillos seguían amarrados.

Miró a su alrededor como pudo, con gotas de sudor cayendo en sus ojos y la cara cubierta por su pelo escarlata. La habitación parecía ser un cobertizo, con un revestimiento de chapas metálicas onduladas sobre travesaños de madera y una amplia ventana en la parte superior por donde se filtraba el calor del sol. Comenzaba a picarle la piel debido al ardor de los rayos.

La arquitecta víctima de secuestro no sabía cuánto llevaba allí, pero podía sentir la deshidratación haciendo mella en sus fuerzas. Se apoyó contra sus manos atadas y relajó las muñecas todo lo que pudo. Sus músculos gritaron de agonía, pero Sarah ganaba así más de un centímetro de ventaja. Con una de sus uñas, comenzó a hacer presión en el nudo, sin tener ni idea de qué haría si lograba liberarse.

Siguió observando la habitación, buscando algo que le sirviera de arma o de punto de escape. El metal que había en la estancia, aunque la convertía en un horno, era endeble y probablemente podría levantarlo de los travesaños de una patada sin problemas. Pero sin saber dónde estaba o quién podía estar vigilando, podía llamar la atención con tanto ruido y hacer que la hirieran o la mataran. El nudo empezó a soltarse un poco y miró a la puerta. Tampoco parecía muy sólida, pero no podía

atravesarla sabiendo que probablemente habría un guardia al otro lado.

Sarah forcejeó con el nudo que ataba sus muñecas durante lo que le parecieron horas, pero fueron probablemente minutos, hasta que se soltó lo suficiente como para liberar una mano. Le dolió al caer una gota de sudor en la herida provocada por la cuerda, pero al poco tiempo, su otra mano estuvo libre.

Sus pies seguían estando atados. Intentó echarse hacia delante para desatarlos, pero la habitación empezó a darle vueltas como en una tempestad y cayó en la silla. Sarah hizo lo posible por no vomitar al sentir fatigas. Le ardían las piernas como si las tuviera hechas de lava y la deshidratación era peor de lo que imaginaba.

El crujido de la puerta al abrirse le heló los huesos, haciéndole girar la cabeza. Un hombre pequeño y delgado con barba a parches y al que le faltaban varios dientes se acercó a ella apuntándola con una cámara de vídeo. Gritaba en un inglés mediocre que no podía salir. Repetía una y otra vez la palabra “cinta”, como si ella tuviera que saber a lo que se refería.

Sarah se llevó las manos a la espalda al ver que otro hombre entraba en la habitación. Era más alto que el anterior y parecía de ascendencia hindú. Se inclinó hacia ella y notó su mal aliento y un olor rancio que emanaba de cada uno de sus poros. El hombre más bajo cerró la puerta tras ellos y oyó el sonido de cadenas y cerrojos.

“Nos vamos a hacerte daño,” comenzó, “pero necesitamos grabarte en cinta.”

“Por favor, necesito agua,” pidió con voz áspera.

“El jefe dice que vas a venir a grabar una cinta para nosotros.”

Dios, no podían referirse a...

El hombre hindú sostuvo en alto varias tarjetas mugrientas, agitándolas delante de su cara. “Lee.”

“No daño, lee,” repitió el hombre más bajo, sacando lo que parecía ser un destornillador grasiento. “No daño.”

Los ojos de Lori estaban llenos de lágrimas que no lograban salir. Ni siquiera era capaz de centrarse en las tarjetas que tenía delante y no tenía ni idea de lo que aquellos hombres querían que leyera.

“Lee en voz alta.”

“No puedo,” suplicó. “No veo. Necesito agua, por favor.”

El hombre más alto le dijo algo ininteligible al otro y aporrearon la puerta. Esta se abrió una vez más y salieron, dejándola allí encerrada de nuevo. Solo rezaba para que la hubieran entendido y fueran a darle al menos agua suficiente como para grabar la maldita cinta.

Puede que sean terroristas que quieren que denuncie a América como el mayor de los males o algo parecido. Dios mío, por favor...

Entonces oyó los gritos procedentes del otro lado de la puerta en un idioma que no había oído nunca antes, excepto una voz de barítono que bramaba en árabe. La voz daba órdenes a los demás como un general y escuchó su sonido familiar aproximándose a la puerta del cobertizo. Golpes sordos reverberaron contra las hojas metálicas y la madera envejecida, seguidos de más órdenes imperiosas.

La puerta se estremeció con el sonido de cadenas y se abrió con estrépito.

Allí estaba el rey Tariq Al-Amad, sujetando al hombre de baja estatura que lloriqueaba y repitiendo algo mientras lo apretaba por la garganta con fuerza. Iba vestido con un zaub de color blanco, que ondeaba a su alrededor como las alas de un ángel. Llevaba la cabeza cubierta por una kufiyya a juego que parecía brillar como un halo.

“¡Lori!” Le gritó el jeque. “¡Alabado sea Alá! ¿Estás bien?”

Dejó caer al hombre que se retorció mientras Sarah trataba de ponerse de pie, aunque sus ataduras se lo impedían. “Majestad,” susurró.

Corrió hacia ella para atraparla en sus brazos antes de caer.

Un par de ojos cálidos y llenos de preocupación observaban a Sarah Johnson mientras dormía en su habitación del hotel *Burj Al Arab* en Dubái. Sarah había salido relativamente ilesa. Necesitaba hidratación urgentemente y un doctor privado le había estado suministrando suero mientras dormía. Llevaba inconsciente casi doce horas, pero le habían dicho que era previsible.

Cuando descubrieron que no había llegado al hotel, empezaron a buscarla sin más dilación. Afortunadamente, alguien del mismo campo de trabajo donde la habían llevado los hombres los vio entrar con ella y llamó por la recompensa. Acompañado de su equipo de seguridad, pudo llegar allí antes de que pudieran hacerle daño o la utilizaran de cualquier forma, aunque se había muerto de ganas por reventarle la cabeza a esa comadreja al abrir la puerta de la habitación donde estaba recluida.

Tariq se sentía en conflicto mientras la observaba dormir de pie en la habitación. A un hombre no se le permitía estar a solas con una mujer en aquel estado de desnudez y en una cama. Tal vez fuera más apropiado que Tufa estuviera pendiente de ella hasta que se despertara, pero había jurado protegerla desde el momento en que la habían secuestrado y no podía apartarse de su lado.

Tenía la cara quemada y despellejada, con labios agrietados que precisaban un beso de hielo. Su cuello largo y delgado, que había admirado horas antes, había adquirido un tono rosáceo al ser quemado por el sol. Lo había pasado tan mal por su culpa.

“¿Tariq?” susurró Sarah abriendo ligeramente los ojos.

“Estoy aquí,” respondió, bajando hasta el borde de la cama.

“¿Estoy en un hospital?” preguntó, mirando vagamente la vía que llevaba puesta en el brazo.

“No, estás en la habitación del hotel,” dijo, intentando mantener un tono de voz neutro. “Traje a un médico privado para que te viera y dijo que necesitabas fluidos. También tienes varios hematomas y quemaduras del sol, pero por lo demás, estás bien. ¿Cómo te encuentras?”

“Mejor, supongo. Pero me di un susto de muerte al pensar que podrían matarme,” dijo con lágrimas en los ojos.

“Ha sido...” Tariq no terminó la frase, pero su expresión era decidida.

“¿Qué?”

“Los hombres que te secuestraron,” comenzó de nuevo, “son trabajadores de un proyecto de construcción del que soy socio. Estabas en un campo de trabajo que no debería existir.”

“¿Y qué demonios querían de mí?” exigió Sarah, intentando incorporarse.

“Al parecer querían hacerte ‘contar la verdad’ a cámara sobre las condiciones en las que tienen que trabajar. Vieron a una guapa americana a la que el mundo escucharía y creyeron que era solo otra de mis empleadas.”

“Así que viven prácticamente en chabolas y tomaron de rehén a una de las pocas personas que estaría dispuesta a ayudarlos.” Ríos de lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas y sintió que se ahogaba.

“Son hombres desesperados. Vienen en busca de trabajo, pero no les pagan lo que les prometieron, les confiscan ilegalmente sus pasaportes y viven en tugurios,” continuó.

“¿Cómo puedes apoyar algo así?” lo acusó.

“Yo no he afirmado nada por el estilo,” dijo el rey Al-Amad poniéndose en pie, pero mantuvo el tono de su voz. “Me asocio con estas empresas porque así consiguen los beneficios y rebajas fiscales que permiten mis lazos con el gobierno de Dubái. Lo hago en parte para contribuir a legitimizar los sindicatos de reciente aprobación y dar la atención necesaria a nuestros trabajadores.”

“Pues no parece que esté funcionando tan bien, ¿no?” le contestó, tocándose los moretones de las muñecas.

El hombre se acercó de nuevo, sentándose a su lado, y la miró fijamente a los ojos. “No. Las auditorías internas de mi empresa no han funcionado bien y voy a encargarme personalmente de resolver este problema. Mientras descansabas, he ordenado que los ‘dormitorios’ por falta de una palabra mejor, sean sustituidos por hábitats de rápida implementación Johnson. Supongo que, si son lo bastante buenos como para formar parte de proyectos en caso de catástrofe, les servirán también a nuestros trabajadores.

“He enviado a mi equipo de seguridad personal para que les devuelvan a todos sus pasaportes y se aseguren de que, hasta que reciban un sueldo digno, obtengan vales de comida. Puede que solo sea un socio, pero siempre me aseguro de mantener la autoridad ejecutiva necesaria para acabar con este tipo de situaciones.”

“Suena muy bonito, pero podrías estar arreglando tu propio desastre para que no te pillen a ti también. ¿Por qué debería pensar que no estabas ya informado de todo esto?” preguntó con ojos heridos y desafiantes.

Era lo primero que le decía que podía tomarse como un desaire. “Te lo dije antes. Soy un hombre de palabra. El Islam enseña, enseñaba incluso en tiempos de esclavitud, que hay que alimentar, vestir y dar cobijo al otro como harías contigo mismo. No le des una carga excesiva a otro a menos que intervengas para ayudarlo a aliviar esa carga. Si Alá quiere que tratemos a los esclavos con compasión, lo menos que se merecen quienes solo tratan de alimentar a sus familias es eso.”

Sarah pudo ver la dulzura en sus ojos y por primera vez escuchó compasión auténtica en su voz, no su tono autoritario de barítono o la calma que lo caracterizaba al hablar de negocios.

“Y, ¿qué va a pasar con los hombres que me secuestraron?” preguntó al fin.

“Son perros y cobardes, pero este no es mi reino. Si lo fuera, los decapitaría o, al menos, los dejaría pudrirse en un calabozo. La policía de Dubái se encargará del asunto, pero no puedo garantizar justicia.”

“¿Y el resto de ellos? ¿No arruinarás las vidas de los hombres hambrientos y desesperados que intentabas ayudar?” susurró.

“Es posible, pero, a pesar de sus circunstancias, lo que hicieron está mal. No dejaré que queden sin castigo,” dijo Tariq.

“Y... ¿no puedes pagarles lo que se les debe y dejarlos marchar a sus lugares de origen? No quiero un incidente internacional ni que me conozcan como la desvalida arquitecta de Texas a la que secuestraron en la ciudad de Dubái, ¿sabes?”

“¿Quieres que se les pague cuando deberían ser azotados?” dijo enfurecido.

“No tratarlos justamente fue lo que los condujo a la desesperación.”

El jeque hizo un sonido molesto y fue a levantarse de la cama, pero al sentir una mano pequeña agarrar su muñeca, se detuvo.

“¿Te quedarás conmigo hasta que me quede dormida?”

Capítulo Cuatro

El agua fresca de la ducha le calmó el rostro y el cuello, mientras los chorros de calor a los lados empapaban su cuerpo. La suite que habían reservado para ella era de mayor tamaño que los apartamentos de la mayoría y contaba con un amplio cuarto de baño de mármol rojo y azul. Había junto a la ducha más aspersores que en la mayoría de parques acuáticos, con grifería dorada, todo en una pared de vidrio con mosaicos de azulejos azules y celestes a lo largo del suelo.

Se frotó la piel vigorosamente con una esponja vegetal y su gel de baño favorito de madreSelva. Sarah masajeaba su cuerpo con fuerza para tratar de hacer desaparecer los rigores de los dos últimos días, intentando no pensar en su secuestro y disfrutar solo del agua y del baño.

Secuestro.

Era algo para lo que había intentado prepararse mentalmente. Había asistido a varias clases de supervivencia y prevención. Viajar por el mundo, sobre todo a zonas catastróficas, tenía sus peligros. Le sorprendía en realidad que no le hubiera pasado antes. Pero ahora que lo había vivido, sabía que no hubiera tenido manera de salir por sí misma de aquel cobertizo dejado de la mano de Dios.

Pero entonces, había llegado el rey Al-Amad como un ángel vengador del mismo cielo para salvarla. Había entrado con paso decidido, como un caballero árabe de antaño y se había desmayado en sus brazos. Había sido por la deshidratación, por supuesto, pero verle estrangular a uno de sus captores había sido lo mejor del día.

Aquello le hizo imaginarse sus grandes manos tocando otros lugares, provocando un fuego ardiente en su estómago. Asió los grifos de la ducha con la intención de bajar la temperatura del agua, pero se detuvo. Después de todo lo que había pasado, no podía afrontar el resto del día nerviosa. Necesitaba aliviarse y la distracción que suponía para ella pensar en su liberador.

Sarah se acercó al controlador del cabezal de ducha, subiendo la temperatura del agua e incorporándolo al dispositivo manual. Dejó que su cuerpo se relajara bajo el agua caliente, dejando que la lluvia que salía del cabezal de la ducha masajeara sus pechos. En su mente, recreó la imagen de su salvador, resplandeciente con su túnica blanca mientras arrojaba a un lado al otro hombre.

Pasó el cabezal por los tensos músculos de su estómago, deslizando los dedos de su mano derecha despacio por sus rizos. Sus dedos ágiles separaron los labios externos de su vagina mientras un rey Tariq Al-Amad imaginario se despojaba de sus ropas, revelando sus músculos bronceados cubiertos de fino vello oscuro.

“Lori, ¿estás bien?” gruñó abalanzándose a la ducha, llena del aroma imaginario a tierra y sudor mezclado con el dulce olor de la madreSelva.

El ritmo pulsante del masajeador eran los dedos de él, abriendo camino entre sus pechos y deslizándose por su abdomen. Se introdujo los dedos, frotando su vulva mientras los chorros de agua

la rozaban ombligo abajo, sintiendo pulsaciones cada vez mayores en sus terminaciones nerviosas.

Sarah masajeaba los pliegues de su vagina con los muslos en tensión mientras movía el dedo de un lado a otro, imaginando que era la punta del miembro de su amante explorándola. Conforme se frotaba, sus dedos se impregnaron de una humedad cálida que permitió que el cabezal de la ducha llegara a su destino.

“¡Alabado sea Alá!” exclamó la voz ronca de Tariq y las vibraciones repentinas enviaron miles de nuevas sensaciones a través de su cuerpo. Se mordió el labio para no gritar.

En su mente, Tariq le mordía el cuello mientras la punta de su miembro jugueteaba en su entrada. Imaginaba su barba áspera marcando su piel, dejando rastros de color rojo sobre sus pálidos pechos mientras deslizaba un dedo en su interior por completo.

Al primer dedo se unió un segundo y, en su fantasía, Al-Amad la empujó con fuerza contra la pared de la ducha presionando su cuerpo al de ella, poseyéndola y reclamándola con pasión y deseo. Movié los dedos tratando de emular el vaivén de su miembro en su interior, gimiendo y jadeando en voz tan baja como pudo.

Apretó los dientes al gemir, incapaz de contener los sonidos que escapaban de su garganta por más tiempo. Sarah movió las caderas contra sus dedos, sintiendo las terminaciones nerviosas en su interior. Ejerció más presión y levantó la pelvis contra la corriente de agua que azotaba su clítoris, como si se tratara de dos de los dedos de su amante imaginario masturbándola.

Un leve gemido escapó de sus labios mientras cambiaba el cabezal de la ducha a círculos rápidos, arqueando las caderas mientras el pulso del agua iba poco a poco desbloqueando la tensión y el fuego en su interior.

Gemía tan fuerte que el vapor le llenaba la boca y presionó las piernas contra sus dedos en busca del clímax. En su mente, oyó sonar una última palabra.

“Mía.”

El mundo se volvió blanco al dejarse caer al suelo de la ducha. El orgasmo le sobrevino en oleadas, relajando músculos que ni siquiera sabía que estaban contracturados. Sarah se apoyó en las barandillas de la ducha mientras el mundo le daba vueltas y chispas de electricidad atravesaban su cuerpo.

Cerró los grifos y salió enseguida de la ducha, tomando la toalla de rizo de la estantería frente a ella. Sarah envolvió su pelo escarlata empapado en la toalla, recogéndolo en un turbante sobre su cabeza. El reflejo del espejo aún mostraba la rojez de su rostro y cuello, que se asemejaba al color de una langosta. Pero le dolía menos el cuerpo al ponerse el albornoz colgado de la puerta del cuarto de baño.

“¿Señorita Johnson?” la llamó una voz familiar. Tufa la esperaba en la zona de vestidor junto

a su habitación con algo que olía delicioso. “Espero no molestarla. El personal le ha preparado algo para desayunar.”

Sarah asomó la cabeza por la puerta del cuarto de baño mientras se secaba el pelo con la toalla. “¿Tengo personal?”

“Sí, señora.” Tufa sonrió. “Es uno de los servicios que el hotel pone a su disposición, camarera y mayordomo permanente. Han preparado viandas habituales como roscas y pastas, pero también algunas especialidades locales, y por supuesto café turco.”

Sarah le hizo señas para que entrara con el carrito del pequeño buffet. Había las ya mencionadas roscas y pastas, pero también un tipo de pan con manteca de manzana y jamón, huevos fritos con salsa turca y huevos revueltos con tiras de pimientos morrones. Incluso había galletas y salsas.

“Pensé que tal vez le haría bien recordar los sabores de su tierra, señorita Johnson,” dijo Tufa. Sin el pañuelo, Sarah vio que su cabello era una cortina de seda negra que caía en cascada sobre sus hombros.

“Por favor, llámame Lori.”

“Si usted me llama Tufa”

“Trato hecho.” Guiñó un ojo.

“También le he traído esta loción. Va muy bien para aliviar quemaduras en pieles pálidas como la suya. Está hecha de Aloe Vera y de esencia de ñame y ciruela. También le servirá para las magulladuras. ¿Puedo?” preguntó acercando la mano a la muñeca de Lori.

El moretón apenas era visible allí. Era más bien una señal roja en la circunferencia del brazo.

“Le irá muy bien.” dijo Tufa dándole una palmadita en la muñeca. “El rey Al-Amad vendrá dentro de unas horas. Dijo que, si piensa quedarse con él para llevar a cabo el proyecto, traerá el contrato final para su firma.”

“De acuerdo,” se limitó a responder.

La asistente del jeque hizo una reverencia y se dirigió a la puerta. “La dejo para que disfrute del desayuno.”

Para que disfrute del desayuno y decida mi futuro.

Sarah tenía tantas ganas de llamar a Lilly y contárselo todo. Pero en ese momento, no quería afrontar la realidad de lo que había sucedido antes de ser capaz de procesarla. Tendría que acabar contárselo a su hermana gemela, que se enfadaría de todas formas por no haberla llamado de inmediato. Por ahora, tendría que tomar la decisión en solitario. ¿Se despedía del rey Tariq y de Dúbai o lo arriesgaba todo por la oportunidad de participar desde el inicio en algo que podría

remover los cimientos del mundo?

“¿Cómo te encuentras hoy?”

“Mucho mejor,” Sarah le dio la bienvenida al ver que el mayordomo (el puñetero mayordomo que proporcionaba el hotel) le hacía pasar. No esperaba que llegara tan pronto y llevaba solo una camiseta de tirantas y pantalones cortos y amplios. Todo lo que había pensado hacer durante la próxima hora era ponerse cómoda en el sofá con una taza de té de hierbas, mientras intentaba poner al día sus correos electrónicos en el iPad de oro de veinticuatro quilates que el hotel ponía a su disposición en la suite.

Un iPad de oro de veinticuatro quilates.

Adoraba las duchas decadentes, pero aquello ya era demasiado. La zona de estar, abajo, estaba formada por una paleta de profundos azules, rojos y amarillos, en contraste con tonos dorados y marrones y una hilera de ventanales que llenaban de luz el espacio. Incluso los cojines decorativos eran grandes cuadrados mullidos de oro brillante. Desde allí, se contemplaba una vista maravillosa del océano cristalino.

El jeque venía acompañado de varias jóvenes que traían distintos paquetes y cajas. El propio Tariq llevaba un maletín negro a juego con el traje de chaqueta de seda del mismo color que se ajustaba a él como una segunda piel. Nunca había visto a nadie con unas proporciones tan similares a las de un súper héroe en la vida real.

¿Notaría mis manos deslizándose por sus abdominales? Solo sería durante algunas horas.

“Estas son mis asesoras de compras,” explicó. “Les he encargado que te elijan algo de ropa y un teléfono nuevo. Vimos que destrozaron el tuyo en la limusina. Mi personal informático pudo extraer tu tarjeta SIM de tu teléfono móvil sin que sufriera ningún daño.”

Una de las mujeres le tendió la caja con el teléfono nuevo y lo aceptó cortés. Era, por supuesto, el último modelo y se alegró al ver que no estaba bañado en oro. Era de un verde asombroso, jaspeado con vetas de jade más pálidas. En la parte de atrás, estaba el logo con forma de panel de miel de su firma de diseño y habían grabado las letras *Johnson Designs, Incorporated*.

“Es precioso.”

“Creo que Mariska tiene zapatos y un bolso a juego para ti,” respondió con una sonrisa.

Ella se la devolvió. “Muchas gracias, mi rey.”

Entonces notó cómo la miraba. Aquellos ojos color chocolate, que podrían pertenecer a un labrador, albergaban fuego en su interior una vez más. Sabía que intentaba controlar la intensidad de su mirada, pero sentía su escrutinio subiendo por sus piernas, de puntillas al llegar a su vientre apenas tapado y deteniéndose en su busto suelto.

Sarah sintió avivarse de nuevo el fuego que había intentado sofocar en la ducha al ver el deseo en sus ojos. Cuando le devolvió la mirada, la sed que vio en ellos estuvo a punto de consumirla.

Era la primera vez que algo le resultaba tan hermoso y deseable a Tariq. Sarah Johnson estaba echada en el sofá con una escasez de ropa que se consideraría indecente en cualquier mujer del Islam. Sus largas piernas eran suaves, blancas y cubiertas de pecas y sus muslos desaparecían tras sus sencillos pantalones cortos. La camiseta que llevaba dejaba una pequeña porción de piel de su estómago al descubierto y el escote bajo, que probablemente suponía un alivio para sus quemaduras solares, mostraba de nuevo pecas oscuras por la parte superior de sus grandes pechos y por su cuello.

El jeque no era ningún necio cuando se trataba de mujeres. En su harem quedaban varias concubinas que tentarían a cualquier hombre. Pero aquella mujer, ese pequeño torbellino, removía algo en su interior como nunca antes había sentido.

Notaba el calor extenderse desde su cabeza hasta otras zonas más abajo y tuvo que apretar los dientes para no gemir. Hasta sin maquillar, sus labios eran carnosos y rosados y la luz del sol de Dubái hacía brillar sus ojos. Al mirarse ambos, creyó oír la gemir, como si lo alentara a entrar en acción.

Pero al parpadear, el hechizo se rompió.

“Lo siento, rey Al-Amad. No te esperaba tan pronto. Iré a cambiarme y hablaremos sobre el contrato.”

Llevaban dos horas discutiendo detalles del contrato. Ambos pudieron concentrarse mucho mejor al cambiarse Sarah la ropa que llevaba por una camiseta de manga larga en color azul marino y pantalones amplios. El delicioso y leve aroma a vainilla y almizcle especiado que desprendía Tariq tenía un efecto embriagador sobre ella, pero progresaban en sus discusiones pese a algunos desacuerdos finales.

“¡Pero no eres bioquímica!”

“Me da igual. Si va en mi diseño, yo tengo la última palabra. O doy mi visto bueno o no va a la lista de cotejo, Tariq.”

“Eres exasperante,” dijo, entornando los ojos.

“Bueno, eso te pasa por contratar a una pelirroja de Texas, compañero.” Sonrió. “Mira, no es mi intención cortarte, pero si lidero un proyecto, sé todo lo que implica. Cada cadena de ADN que conforme a este bebé tendrá mi firma.”

“Típico de mujeres poner a un bebé de ejemplo,” se quejó.

“No me vengas con esas historias. Sabes que era solo una metáfora. Además, los dos sabemos que la *última* palabra la tienes tú. Estamos hablando del diseño ahora para poder avanzar.”

Tariq hizo un gesto negativo con la cabeza, pero firmó los cambios. “Hecho, lo dice el rey Tariq Al-Amad.”

“Es un placer ser socia oficial de *Al-Amad International*,” dijo haciéndole una fingida reverencia.

Ambos rieron por primera vez en mucho tiempo, y la risa de Lori era como una música que jamás había escuchado. Su carcajada, por el contrario, retumbó en la estancia.

“Creo que deberías llevarme a cenar para celebrarlo.”

“Pensé que tal vez estarías un poco resentida y no querrías pasar la noche en la ciudad.”

Frunció el ceño e hizo un gesto negativo con la cabeza. “No, al menos mientras la seguridad que me prometiste nos acompañe. He decidido hacerlo y no voy a vivir en un miedo *absoluto*. Yo no soy así ni *quiero* serlo. Además, aún me debes una cena en condiciones.”

“Llamaré a mis hombres.”

Capítulo Cinco

Sarah se quitó los tacones y los llevó en la mano mientras seguía a Tariq por las arenas blancas de la isla privada del Burj Al Arab. Había sospechado que irían a comer a uno de los famosos restaurantes del hotel, pero había calculado que sería dentro. Sin embargo, la llevaba a una mesa privada en la playa en Maklis Al Bahar, mientras la fresca brisa del atardecer agitaba su diáfano vestido blanco.

Era un vestido cruzado recatado para los estándares occidentales, rematado con un colgante de esmeraldas y un anillo a juego. No se había puesto mucho maquillaje, sólo unos cuantos toques de eyeliner y un pintalabios rojo suave. El jeque llevaba otro zobe blanco, la cabeza cubierta por una kufiyya y zapatos de lona.

En la distancia Sarah podía ver los edificios con forma de cabaña del restaurante y varias mesas distribuidas por la playa. Habían alisado la arena y colocado una enorme mesa y sillas de lujo. Justo cuando tomaron asiento, las luces del Burj Al Arab se encendieron proyectando una cálida luz en la playa que se fundía con la de la luna.

Podía ver el reflejo del edificio mecerse entre las olas del mar como un gemelo devolviendo el saludo desde el fondo de un lago y, en el horizonte, la vida nocturna poniéndose en marcha. Ni siquiera estaba segura de que el esplendor de Las Vegas se pudiera comparar con esas maravillas de la iluminación.

“Pocas cosas hay más bonitas que estas vistas,” dijo el jeque sonriéndole desde el otro lado de la mesa.

“Es impresionante. Una maravilla de la ingeniería arquitectónica y de la belleza.”

“Sí,” asintió él mirando su menú, “el edificio también es encantador.”

Sarah sintió la sangre subir a sus mejillas ya sonrosadas cuando apareció el camarero en su mesa. Era un hombre delgado vestido de frac con unos toques de dorado. Tenía un bigote muy fino que rodeaba su boca, formando una pequeña perilla sobre distintivos rasgos europeos. Ella había leído que habían traído del extranjero a la mayoría de los chefs de Dubái. ¿Quizás se habían llevado a sus equipos con ellos?

“¿Qué desea para beber, señora? Tenemos una selección incomparable de vinos y zumos” dijo el camarero.

“Tomaré un zumo de uva con gas”

“No te contengas, que pago yo,” dijo Tariq.

“Oh no, no tengo mucho aguante con el alcohol. O más bien, no me acaba de convencer el sabor, para ser honestos. Pero me apetece algo dulce con mucho sabor que haga cosquillas en la

garganta.”

“¿Y usted, Jeque?”

“Lo mismo que la señorita. Y preparáanos algo para picar mientras decidimos.”

“Por supuesto. Volveré en un momento.”

“Veo que usas la misma voz para dar órdenes a la plebe que para la sala de juntas,” rió.

“Un gobernante debe exigir respeto en todo momento,” proclamó. Luego se inclinó con un ligero guiño. “Y debería hacer que todos se arrodillaran ante mí.”

Sarah rio, dando un sorbo al vaso de agua que tenía delante. La noche era fresca pero agradable, y el olor a sal en el aire era un respiro de la falta de ventilación de su habitación de hotel.

“Gracias por esto. Aunque estaba asustada, no creo que pudiera haberme quedado sentada en esa habitación tan ridículamente grande sin tirarme de los pelos.”

“Sería una pena que tal maravilla se echara a perder,” dijo levantando su vaso en un gesto de brindis burlón.

“Respecto a eso...” comenzó Sarah, pasando el dedo por el borde del vaso. “Cuando nos conocimos, me miraste como si nunca hubieras visto una mujer pelirroja en tu vida.”

El rey Tariq hizo una pausa, buscando las palabras correctas mientras esos ojos verdes que no eran de este mundo se clavaban en los suyos.

“Es verdad que conozco gente de toda condición,” empezó a decir. “De todas las formas, tallas y colores. Pero hay una historia en El Corán, que trata sobre la creación de la vida. Cuenta cómo Alá hizo ángeles a partir de la luz. De la tierra esculpió a los hombres, y del fuego sin humo creó al Jinn. Nunca había podido entender esa última descripción que habla del fuego sin humo hasta que te vi.”

Sarah parpadeó mientras ponían un vaso de zumo ante ella. La latía le corazón con fuerza, aunque no era lo único que le palpitaba. Bebió un largo trago del delicioso zumo de gran dulzura que le produjo un hormigueo en la lengua mientras los camareros colocaban distintas delicias sobre la mesa. Había platos tradicionales mediterráneos como hummus y pitas, hojas de parra y kibbe, pero también melón con jamón y gambas del tamaño de su puño rodeadas de succulentas salsas.

“¿Esto es lo que llamas picoteo, mi jeque?” bromeó.

“Es para ir abriendo boca, torbellino.”

El rey Al-Amad estaba terminando su kofta de cordero y contemplaba a Sarah mirando al mar con una sonrisa de felicidad en el rostro. Se limpió con cuidado la barba, buscando pequeños trozos de arroz o carne que pudieran avergonzarle más tarde.

“Compartamos un postre,” ofreció.

“No creo que me entrara nada más en el estómago aunque mi vida dependiera de ello.”

“Qué pena,” rio. “Tienen un postre helado de pistacho maravilloso.”

“Bueno,” dijo ella, ladeando una ceja. “Tengo sitio para un bocadito.”

Tariq soltó una carcajada y le hizo señas al camarero para que se acercara. Le pidió que trajera un postre con dos cucharas y volvió la mirada a la encantadora mujer que tenía delante. Había algo misterioso en ella, un deseo que lo atraía.

“Debo confesar algo, Lori. Cuando nos conocimos, mencionaste que yo era de los que llegan hasta el fondo y no se queda en lo superficial. Era cierto. Me he informado sobre tu madre.”

Lori bajó la mirada, pero no se dio la vuelta. Solo suspiró.

“Ella fue la razón por la que te interesaste por la arquitectura sostenible ¿No es verdad?”

Sarah asintió aclarándose la garganta. “Era miembro de la Guardia Nacional y la llamaron para prestar servicio cuando un huracán sembró el caos en América. Fue un desastre, la gente no estaba preparada y no había medios. Mucha gente no tenía dónde ir. Hasta los hospitales estaban saturados. No quedaba sitio en los hoteles ni pensiones, ¿sabes a lo que me refiero?”

Tariq asintió y le tendió la mano. Ella la tomó sin dudar.

“Mi madre estaba intentando sacar a una madre y a su hijo de un coche aplastado. Parte del equipo falló y cedió, rompiéndole el brazo. No parecía que fuera algo grave, pero como te dije, no quedaba sitio en los hospitales. Así que la entablillaron lo mejor que pudieron y le encontraron un lugar donde tumbarse.

“Pero al mismo tiempo, el chico del accidente de coche tenía una pierna rota. Una pierna es más importante que un brazo ¿verdad? Así que mi madre le cedió su sitio,” dijo Sarah, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. “La encontraron una hora más tarde, muerta por un coágulo de sangre que se le desvió al pulmón. Así que imagino que me convertí en una especie de Batman, queriendo asegurarme de que nadie más muera sólo por no tener un techo que les cobije.”

“Es admirable. Tu trabajo ha salvado muchas vidas.”

“Pero no la que me habría gustado salvar.”

“Ella estaría muy orgullosa de ti, Lori,” dijo, apretándole la mano.

“Mamá siempre me llamó Loretta,” rio, secándose una lágrima. “Le volvía loca la música country y me puso el nombre de una de sus cantantes favoritas.”

“¿Loretta Lynn?”

Lori abrió los ojos como platos. “¿Sabes de música country?”

“Un poco. Mi padre tenía muchas inversiones por el mundo en purasangres,” explicó. “Pasamos mucho tiempo en Kentucky por las carreras, y mi madre también era fan de esa música. No sé si a mi padre le parecía bien, pero yo le guardé el secreto.”

“‘Workin’ 9 to 5’ ha sonado bastante en el rancho, lo admito. El country no es mi estilo favorito, pero cuando la necesito, supongo que es como una balsa de aceite para mi,” dijo, apurando el resto de su zumo de uva. No estaba segura de si el camarero le había traído vino al final porque se sentía un poco mareada.

“¿Cómo era tu padre?” preguntó ella.

“Era un buen hombre. Un gobernante fuerte amado por su pueblo y su familia. Se fue demasiado pronto, como tu madre. Llegué al poder a los veintidós años gracias a la bala de un cobarde, fue una gran pérdida.”

“Lo sé. Yo también me he estado informando. Pero quiero pensar que él estaría orgulloso de ti. He visto la convicción en tus ojos cuando dijiste que ibas a ayudar a esa gente en los campos de trabajo. Sé que eres un buen hombre, rey Al-Amad.”

“Es complicado mantener un equilibrio entre hombre decente y gobernante fuerte. Mi propia madre, Alá la proteja, me ha castigado bastante. Era una mujer sencilla, una mujer del harén,” dijo.

“¿Todavía hay harenes?” preguntó, con tono curioso y carente de reprobación.

“Pues claro, probablemente no como los imaginas. El harén es la casa de las mujeres del palacio: sirvientas, costureras e incluso concubinas. Mujeres que han decidido ofrecerse a sí mismas al jeque para que se acueste con ellas y tenga más hijos. Antiguamente podían ser esclavas o prisioneras de guerra, pero en la actualidad, muchas, que si no fuera por eso serían marginadas, buscan la protección de su soberano.”

“¿Y tu madre?”

“Mi padre tuvo una primera jequesa que no era mi madre.”

“¿No suelen tener los jeques muchas esposas?”

“Si así lo deciden. Mi padre podría haber tenido mil esposas,” se detuvo para calmar su voz.

“No pretendía...”

“La jequesa Aalia fue la primera reina que tomó mi padre, y la quería mucho. Pero Alá no bendijo su vientre con la capacidad de tener niños. Nunca entendí por qué mi padre no se volvió a casar, pero ella le suplicó que tuviera relaciones con su concubina favorita para tener descendencia. Y así fue, pero mientras yo crecía en el útero de mi madre, algo terrible crecía en Aalia.

“El cáncer que le había impedido que albergara vida en su vientre había empezado a robarle la suya. Era su deseo que mi padre convirtiera a mi madre en su segunda esposa para que pudieran criarme juntas el tiempo que le quedaba. Yo tenía un año cuando falleció, y mi madre se convirtió en la siguiente jequesa de Varapur. Mi padre no tomó más esposas, pero mi madre siempre me ha recordado que el amor es el que hace todas las cosas posibles gracias a Alá.”

“Parecen todos estupendos,” dijo Sarah, sonriendo ampliamente. “Mi tía intentó ayudarnos a Lily, mi hermana, y a mí, después de lo que pasó con mi madre. Yo estaba muy ocupada con los deberes de la escuela, pero Lily era la rebelde. Dile algo, lo que fuera, y se rebelaba contra ello. Cuando me sacaba de casa, siempre pasaba algo. Por suerte, conocíamos a la mayoría de los polis de la ciudad.”

“Recuerda que tengo un hermano pequeño. Entiendo por completo la tentación de ser una mala influencia,” dijo con sonrisa de gato Cheshire.

Sirvieron el postre poco después, un sabroso rectángulo verde de crema de pistacho helada sobre cuadrados de bizcocho de avellana bañados en miel de limón. Sarah cortó un trozo del dulce y se lo llevó a la boca. No pudo evitar gemir de placer al saborear su dulzor.

A Tariq se le dibujó una amplia sonrisa en el rostro al ver su despliegue de alegría casi obsceno. Se sirvió un buen trozo de postre y se lo llevó a la boca, feliz, pero frunció el ceño al oír la risa de su torbellino. No sabía con exactitud cuándo había empezado a pensar en ella como en “su” torbellino.

“Tienes tarta en la barba,” le dijo con una amplia sonrisa enseñándole los dientes. “¿Puedo?”

“Nadie le quita pastel de la barba a un Jeque.”

“Oh, venga, lo tienes ahí pegado. Deja que te lo quite.”

Antes de que pudiera rechazar su ridícula sugerencia una vez más, ya había movido la silla a su lado y, con una servilleta, limpiaba su barba oscura.

Sarah sostuvo con ternura su cara con las manos, aprovechando para mirarlo más de cerca. Para todo el poder y autoridad que tenía, los rasgos que se escondían tras su barba eran más bien juveniles. Acababa de cumplir los treinta el pasado verano, y estaba segura de que todo ese pelo tenía como objetivo darle un toque intimidatorio.

Le alisó la barba después de limpiársela y el áspero cosquilleo contra la palma de su mano evocó sensaciones similares en sus partes bajas. Se le tensaron los muslos al pensarlo y sintió calor en sus mejillas. Los ojos de Tariq permanecieron fijos en los de ella mientras sus dedos recorrían las comisuras de sus labios.

“Quizás éste no sea el mejor lugar.” Pero Al-Amad fue silenciado por la suave presión de los labios de Lori contra los suyos. Era tierno y amable, como el tacto de una flor de seda.

“Gracias, Tariq,” se limitó a decir.

La atrajo hacia su regazo y pudo sentir lo duro que estaba contra ella. Aún así no hizo más gesto que acunarla contra su ancho pecho. Toda ella ardía de anhelo, pero en su interior, sólo *necesitaba* que la abrazaran. Las circunstancias de los últimos días la habían estresado demasiado. Se contentaba con desaparecer entre el olor de vainilla especiada y musgo y sentir sus fuertes músculos bajo ella.

No sabía cuánto tiempo había permanecido en esa posición, sintiéndose a salvo y escuchando el latido de su corazón. Pero le pareció poco al sentir sus labios en su cabeza mientras cambiaba de postura.

“Vamos, me temo que nuestra noche llega a su fin, torbellino. Volvamos.”

El paseo de vuelta al hotel fue tranquilo pero feliz y el jeque observaba cómo el viento de la noche marcaba las curvas de Lori a través de su vestido. Ella caminaba unos cuantos pasos por delante de él, dejando la huella de los dedos de sus pies en la arena, mientras el efímero brillo de la ciudad se reflejaba en su piel. No sabía por qué se sentía tan segura en sus brazos, pero todo parecía mucho más llevadero.

Lo miró por encima de su hombro con dulces ojos verdes centelleando a la luz de la luna a través de mechones de fuego que danzaban en torno a su cara. Su sonrisa era traviesa, y él le devolvía la mirada de la misma forma. Podía adivinar que trataba de averiguar su misterio esa noche. Su extraña alternancia entre áspera mujer de negocios y ninfa lo tenía perplejo. Sarah sabía que intentaba no mirarla con lascivia, pero no dudaba de que el recuerdo de sus caderas presionadas contra él le haría pensar en cosas no muy puras.

Cuando llegaron al ascensor privado de su habitación, bostezó y apoyó la cabeza contra su brazo robusto. “Ha sido una noche mágica, mi jeque.”

“El placer ha sido mío,” dijo deslizando su mano grande por su mejilla.

Se inclinó en su calidez, sonriéndole. El rey Al-Amad le devolvió el beso de antes. El gemido que escapó de su boca llenó la suya y pronto estaba buscando su lengua. El roce de su barba contra su rostro quemado la sobrecogió al principio, pero la pasión que ardía en su interior la urgió a continuar.

Lori rodeó su cuello musculoso mientras apretaba contra él sus suaves pechos erectos. La delicada tela de su sujetador chocaba contra sus pezones endurecidos, provocándole escalofríos.

El jeque la apoyó contra la pared del ascensor, deslizando la lengua por su escote. Los suaves besos por la clavícula le hicieron cosquillas, hasta que llegó a la yugular. La agarró por la cintura, presionando su sexo contra su muslo. Los gimoteos entrecortados que salían de su garganta lo volvían loco, mientras se frotaba contra su miembro endurecido.

La pelirroja se agarró a los botones del ascensor, hasta que uno de ellos frenó su ascenso.

Ladeó el cuello para ofrecerle acceso y le rozó con su barba y dientes la mandíbula. Se apretó más contra él, dejando que su fuerte miembro se deslizara contra el músculo en tensión de su muslo.

Sarah gritó cuando notó su mano entre los pliegues de su vestido, sobre las bragas blancas de algodón.

Al repentino calor que invadió la zona se sumaron los movimientos expertos de su dedo. Echó la cabeza hacia atrás con un gemido. El frescor del aire acondicionado se mezclaba con su ardor y Tariq masajeó con la otra mano sus pechos cubiertos por demasiada ropa.

Sarah desató el nudo de la espalda de su vestido, dejándolo abierto para él. Los ojos del jeque ardieron al recorrer su cuerpo mientras ella jadeaba. Se deshizo del sujetador que le impedía acceso. Su barba recorrió el valle entre sus agitados pechos hasta reclamar uno de sus pezones endurecidos y ella gritó su nombre. La sensación de los dientes sobre su piel hizo latir su sexo con fuertes pulsaciones de deseo.

Apenas podía respirar y sus pulmones buscaban aire mientras arrasaba su delicada piel con su boca. La mano entre sus piernas se había vuelto más insistente, y a pesar de tener los ojos cerrados, sentía su enorme pulgar deslizarse bajo el elástico de su ropa interior. Dejó escapar un jadeo cuando el algodón se deslizó por sus muslos y las barbas del jeque recorrieron su tenso estómago.

Sarah pensó por un breve y absurdo momento que se arrodillaría en oración delante de ella, pero entonces sintió que la cambiaba de postura. Tariq subió sus piernas a sus hombros como si fuera un templo carnal. Antes de que pudiera mediar palabra, sintió cómo sus pulgares separaban los labios de su vagina. La lengua del jeque, lisa y sedosa, recorrió sus pliegues, provocándole un profundo gemido. Se agarró a la barandilla del ascensor, enlazando sus piernas alrededor de sus hombros lo mejor que pudo.

La penetró con uno de sus dedos, excitándola más, mientras atacaba con su lengua el centro de su placer. El cartílago rígido de su nariz hundido entre los húmedos rizos escarlata hacía que la tensión que Sarah experimentaba se concentrara en su nariz y boca. El vaivén de su lengua cálida en sus partes más sensibles le provocaba gemidos de placer.

La tensión de su cuerpo entró en una espiral de luces púrpuras y rosas que danzaban tras sus ojos. Su sexo ardía al sentir la barba de Tariq acariciando su piel sensible, creando nuevas sensaciones eróticas que nunca antes había experimentado.

Sintió un segundo dedo que la penetraba más rápido y su cuerpo reaccionó. Sarah gritó, aferrándose a la nada, sintiendo que podía romperse en dos en cualquier momento.

Finalmente, las caricias de su lengua la llevaron a la cima al chuparle el clítoris. Lori apretó con sus muslos la cabeza del jeque, atrayéndolo hacia ella. Fue como si un volcán entrara en erupción en su vientre, enviando olas de eufórica electricidad por todo su cuerpo. Tembló incontrolablemente y gritó obscenidades por las que más tarde suplicaría no entrar en el infierno antes de caer exhausta junto a Tariq.

Sarah sintió que el ascensor se volvía a poner en marcha al intentar incorporarse con piernas inestables. Se apoyó en el cuerpo robusto del jeque, inhalando su aroma a sudor y sexo. Si dispusiera de unos minutos más para reponerse, podría devolverle el favor.

Las puertas del ascensor se abrieron y las cruzó, volviéndose hacia él.

“Quizás sea mejor que me vaya,” dijo con voz aún marcada por la lujuria. Sabía que estaba luchando contra sus instintos para no romperle lo que le quedaba de ropa y poseerla allí mismo.

“Quizás haya sido un poco precipitado... pero bienvenido,” dijo.

“Tendremos tiempo. Un palacio no se construye en un día. Tenemos negocios que hacer por la mañana, pero almorzarás conmigo. Me encantaría enseñarte los zocos de Deira.”

“Trato hecho, mi jeque.”

Capítulo Seis

El aroma a café turco impregnaba la mañana como iba siendo costumbre, mientras Sarah revisaba los planes para el palacio del jeque. Siempre le había gustado levantarse temprano, pero ni siquiera una sesión íntima con la maravillosa ducha del hotel había calmado lo bastante la frustración por Tariq como para conciliar el sueño con facilidad.

Tras media hora de yoga, seguía nerviosa. Eran las seis de la mañana en Dubái, pero en casa serían las nueve de la noche. ¿Para qué estaban las hermanas si no?

Contestaron al tercer tono de teléfono. “¿*Por fin* se te ocurre llamar?”

“Hola Lil,” dijo, animándose al oír la voz de su hermana. “Lo siento, han sido... dos días muy duros. Además, pensé que estarías muy liada con tu exposición de todas maneras.”

“Sí, de hecho, empieza a las diez, pero puedo dedicarte unos minutos. ¿Cómo es la tierra de los jeques y los camellos?”

“Seguro que muy distinta a como te la debes estar imaginando, Lil. Es Dubái. El váter de mi habitación es de oro macizo.”

“¡Mentira!”

“No, es un auténtico derroche. Hay más deportivos que camellos, pero he firmado en la línea de puntos, así que estaré aquí unos días más y luego volveré a casa una temporada. Quedan algunos preliminares antes de que empiecen la obra.”

“¿En serio? Deben haberte ofrecido mucho dinero.”

“Si te lo contara por teléfono, te podría dar un infarto, pero no es solo por el dinero. Tariq está trabajando en algo muy importante y quiero formar parte de ello,” dijo, sintiendo una calidez que se extendía por su pecho.

“¿Quién es Tariq?”

¡*Mierda!*

“Bueno, se está portando bien. Esperaba que fuera un capullo integral, pero se ha adaptado a mis exigencias,” intentó camuflar Sarah.

“Apuesto a que sí. Deberías saber ya que no puedes ocultarle nada a tu *gemela*.”

“Vale, puede que haya habidos momentos, cuanto menos, intensos. No sé. Seguramente es consecuencia de tener la oportunidad de bajar el ritmo y pararme a hablar con alguien.”

“Suéltalo,” le ordenó su hermana.

“Hubo besos y... otras cosas.”

“¿Y tú le paraste los pies?”

“No, fue él. Estaba claro que no quería detenerse, pero... bueno, él *quiere* más, pero va a asegurarse de hacerlo a su manera.”

“Los pícaros fanfarrones son los más divertidos. A menos que sean mentirosos,” bromeó su hermana.

“Es más que eso. Cuando habla sobre las cosas que le importan, siento que tengo una conexión con él.”

“Mira, ya eres mayorcita. No te voy a soltar ninguna tontería de que ‘el corazón quiere lo que quiere’. Sabes que no es mi estilo. Siempre has sido la más lista de las dos, así que intenta actuar con cabeza en este asunto.”

“Te quiero y lo sabes. Y ahora vete antes de que llegues más tarde de lo que se considera elegante,” dijo Sarah.

“Yo también te quiero.”

“Disculpe, señorita Johnson,” dijo Jamal, un miembro del personal de seguridad que el rey Al-Amad había dejado con ella. “La señorita Kabir ha venido a verla.”

“Gracias, Jamal,” respondió.

“Buenos días, Lori. El rey Al-Amad me ha pedido que le traiga esta información,” la saludó Tufa al entrar.

“Buenos días,” dijo tomando el dispositivo de memoria con la mano derecha. Asió una toalla cercana (cualquier objeto de aquella habitación parecía proceder del mismo cielo) y se secó el sudor del rostro tras su sesión de yoga. “Y muchas gracias también por la loción. Me ha servido de *mucho*. Ya no siento la cara como si me quemara.”

“Me alegra oírlo. Seguro que a mi jeque le agradará saberlo,” dijo Tufa con una media sonrisa. Sarah esperaba que el rubor que cubría sus mejillas se confundiera con los efectos del ejercicio físico. Tufa prosiguió, “No desea que sufra ninguna incomodidad.”

“Es un hombre maravilloso, ¿verdad?”

“El rey Tariq es distinto a cualquier otro hombre que haya conocido. Yo...” Tufa se detuvo, agachando la cabeza.

“¿Qué? No pasa nada.”

“Me dio una de las cosas más importantes en la vida. La libertad que nunca pensé que podría alcanzar. Era la hija de una modista del harén cuando gobernaba el jeque Murshid Al-Amad. Tariq y yo éramos amigos, bueno, todo lo amigos que se puede ser siendo él el hijo de un jeque. Una vez le dije a Tariq que soñaba con ver mundo más allá del harén y tener una educación como la que él había recibido.

“Cuando cumplí diecisiete, Tariq convenció a su padre de que podría ser algo más que una modista. Me permitieron tener un tutor privado y me prometieron que, si demostraba mi valía, me permitirían buscar una profesión.”

“¿Y el rey Tariq te aceptó como asistente personal?”

“¡No me regalaron el puesto!” se defendió la mujer de pelo oscuro, que suavizó enseguida su tono. “Ascendí desde abajo como cualquier empleado de *Al-Amad International*.”

“Lo siento Tufa. No era mi intención ofenderte,” dijo Sarah tocándole el brazo a la mujer.

“El jeque exige lo mejor, pero es un hombre justo. Lleva una gran carga a sus espaldas,” Le devolvió el gesto a Lori y la miró con una luz caprichosa en sus ojos oscuros. “Le cuento esto porque cuando está con usted, su carga parece más fácil de soportar. Interpretelo como quiera.”

Sarah sintió que le subían los colores. “Bueno, debería echar un vistazo a estos datos.”

“En efecto. Dijo que está encriptado, pero la contraseña es el nombre de una cantante de la que estuvieron hablando anoche, con el nombre y apellido en mayúsculas.”

Cuando Tufa se marchó, Sarah conectó la memoria USB en su portátil. Apareció un cuadro de diálogo pidiendo una contraseña.

LorettaLynn

Surgió una carpeta con un archivo donde se listaban varios documentos sobre el dispositivo G.E.M. y dossiers sobre el equipo con el que trabajaría. Satisfecha, lo cerró todo y se estiró, mientras asimilaba las palabras de Lilly y Tufa. Podía actuar de manera inteligente. El trato estaba firmado y no era la empleada del jeque, ¿no? Era más bien una consultora, una socia. Mientras llevara las riendas del proyecto, tal vez podría disfrutar de más besos ardientes de Tariq y ver hasta dónde llegaban.

Las reuniones de la mañana transcurrieron sin incidentes. Sarah sospechaba que el jeque había preparado a la mayor parte de su equipo de I+D para que asumieran su lugar a las órdenes de una mujer porque, pese a algunas miradas molestas, nadie dijo nada. Tenía que admitir que había reunido a los mejores. Además de la gente de *Al-Amad International*, había consultores de todo el mundo, desde ingenieros eléctricos, bioquímicos y geólogos hasta diseñadores de interiores.

En ese momento, el jeque y ella navegaban juntos en un abra privada, un barco de madera

tradicional cubierto para el transporte de personas por Dubai Creek. Estaba apoyada en el brazo de Tariq que rodeaba sus hombros mientras la luz del sol reverberaba en las aguas cristalinas.

“Estaba pensando en el problema de Abdul,” comenzó Sarah.

Tariq rio mientras jugaba con un mechón de cabello que se le había escapado de la oreja. “Tienes ante ti las maravillas de Dubai Creek y sigues pensando en trabajo. Eres una mujer a mi imagen y semejanza.”

“Qué puedo decir, mis pensamientos vuelan. Según uno de los informes, parece ser que están teniendo problemas con los interruptores. Uno de los proyectos en el que trabajé hace unos años tuvo problemas similares. Veré si puedo obtener información y pasársela a su equipo.”

“¿Dejarás alguna vez de traerme buena suerte?”

“Bueno, eso ya lo veremos,” dijo dándose la vuelta en sus brazos. Sabía que devorar su boca en el abra no sería buena idea, pero el deseo en sus ojos hacía que le resultara muy difícil resistirse. Sin embargo, las claras de huevo que había tomado para desayunar no la habían llenado tanto como esperaba. Tenía hambre y su estómago rugió, demandando algo para almorzar.

“Ya casi hemos llegado, mi torbellino.”

El barco atracó enseguida y se dirigieron a las calles del zoco de Deira. El jeque había insistido en que probara el marisco fresco del Mercado de pescado. Era un monumento de piedra y cristal cubierto de puestos de pescado y hielo de toda clase. La mercancía fresca brillaba al sol mientras la gente se afanaba por los pasillos. En sus amplios y profundos muros similares a una catedral, había gran cantidad de deliciosos langostinos, camarones, ostras y cualquier crustáceo que pudiera asomando en los amplios expositores.

Recorrieron el bullicioso mercado, oyendo a los hombres gritar mientras regateaban por la mercancía y vieron peces volando antes de ser fileteados y acabar envueltos como por arte de magia. En el centro, rodeado de cristal, se encontraba el restaurante del mercado, listo para servir las capturas más frescas del día a clientes hambrientos.

Condujeron enseguida al jeque a una mesa, que ya estaba servida con una muestra impresionante de mariscos y una gran variedad de zumos y tés.

“Me he tomado la libertad de pedir por los dos. La primera visita al Mercado de Pescado de Deira no debe restringirse a un menú.”

Sarah le dirigió una mirada desafiante a Tariq, pero aceptó el asiento de bambú tejido que le ofreció. Había un auténtico festín en la mesa. El exceso de Dubái no conocía límites, ni siquiera a la hora del almuerzo. Había varias tacitas de sopa humeante y marisco, filetes de pescados blancos y calamares fritos. Coronaban el centro de la mesa, varias patas de cangrejo al vapor, acompañadas de gambas rosadas, ostras de media concha y lo que parecía, por el olor, un plato a base de curry, posiblemente barbo.

Tomó un vaso lleno de té oscuro y lo alzó en el aire para brindar. “Por mi talla de pantalones; espero que valga la pena.”

“No tienes de qué preocuparte,” respondió él. “Por nuestra salud y nuestro futuro.”

“Eso,” dijo dando un sorbo a su vaso. El té era una mezcla deliciosa de frambuesa y menta con un leve toque dulce.

“Dejaste impresionado a nuestro equipo esta mañana. Creo que nuestra empresa está en buenas manos. Por ello, me gustaría pedirte algo más. Mañana por la noche se celebra una cena importante en honor a mi hermano y, por supuesto, esperan mi asistencia. Sería un honor que fueras mi acompañante.”

Lori abrió los ojos como platos. “Estaría encantada de ir contigo, pero no tengo nada que ponerme para un evento así.”

“Querida, estamos en el corazón de los zocos más refinados de Dubái. Estoy seguro de que no será un problema.”

“Entonces, ¿comemos primero y luego vamos de compras? Tú sí que sabes cómo tratar a una dama.”

Los peldaños dorados que cubrían el zoco de oro de Deira podrían cegar hasta al mismísimo Rey Midas. Cordones de todos los tamaños, con incrustaciones de toda clase de joyas extraídas de la tierra se exponían en los escaparates de multitudes de puestos. Caminaban bajo los amplios arcos de madera mientras Lori dirigía su vista a la mercancía como si estuviera perdida en una tumba egipcia.

Le divirtió ver cómo se reía al mirar a las señoras acomodadas, vestidas con más oro del que podían soportar, dando sus tarjetas de crédito a los comerciantes sin pensar para conseguir sus resplandecientes bagatelas.

Su pequeño torbellino contemplaba los artículos con decisión, observando los estuches mientras sacaba la lengua para humedecerse los labios de cuando en cuando. Parecía atraída por los rubíes más que por los diamantes, pues hacían juego con la intensidad del color de sus cabellos ardientes. Llevaban caminando unos veinte minutos por la calle de baldosas blancas cuando entró a una tiendecilla.

“¿Qué es esto?” le preguntó.

Señaló un colgante en un estuche dentro de una vitrina. Era una esfera de esmeralda brillante con un dragón de oro rodeándola, montada en un aro colgante de oro con lágrimas de jade. Al-Amad sonrió ampliamente al ver la inscripción abajo.

Joya de los Jinni.

“Mi pequeño torbellino, se supone que es un receptáculo para un Jinni,” dijo, apoyando una mano en su hombro.

“¿Jinni?”

“Uno de los Jinn, a los que creó Alá del fuego sin humo. Al igual que en el cuento de Aladino y la lámpara maravillosa, se piensa que algunos objetos pueden capturar a un Jinni malvado. El fuego del dragón lo mantiene en el interior de la gema.”

“Entonces *debe* ser mío, ¿no?” ronroneó juguetona. “¿Cuánto cuesta?”

“Diez mil dólares estadounidenses,” dijo el jeque, a punto de ordenar al mercader que lo envolviese.

“¡No puedo aceptarlo!” dijo y le divirtió ver el rubor de sus mejillas que las volvía tan rojas como sus ardientes cabellos.

“Puedes y lo harás,” dijo él sacando su tarjeta de crédito. “Después de todo has de ir vestida de forma adecuada para la cena y yo invito.”

“Es demasiado,” dijo, mordiéndose el labio.

Él sonrió. Era el momento de rematar la jugada. Le tendió la tarjeta al mercader y le frotó los hombros. “Deja que te lo compre, casi te cuesta la vida. Es lo menos que puedo hacer.”

“¡Me salvaste! ¡*En persona!*!”

“Y no habrías estado en peligro si mi nombre y título no te hubieran hecho caer en manos de rebeldes desesperados. Por favor. Somos socios después de todo, ¿no?”

Asintió y le devolvió la sonrisa. Tariq notaba cómo iluminaba el mercado con su presencia, como fuegos artificiales a sus ojos.

“Pero ni siquiera has regateado con él. ¿Qué gracia tiene si te limitas a pagar el precio que te pide?”

Era tan propio de su torbellino...

El rey Tariq dirigió la mirada al estuche donde estaba la joya y vio un brazalete a juego. Estaba hecho en filigrana de oro, revestido de jades, esmeraldas y diamantes en talla circular. El brazalete se unía a los dedos corazón y anular mediante cadenas doradas. Había visto joyas similares adornando a las bailarinas veladas del harén, pero en el brazo de Sarah Johnson, sería digno de una reina.

Llamó en árabe al mercader, exigiendo que incluyera el brazalete y unos pendientes en el precio. El hombre se dio la vuelta y levantó los brazos, inclinándose ante su orden.

“Se hará mi voluntad.”

“Vale,” sonrió ella viendo cómo se apresuraban a incluir los nuevos artículos, “pero tengo que hacer algo por ti.”

“Lo pensaremos después de cenar, pero en mi caso, es una cuestión de honor.”

Sarah sonrió. “Cuando mi padre quería pedir perdón por algo, ¡hacía costillas con patatas!”

La rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí, riendo. Últimamente lo hacía mucho, más de lo que recordaba haberlo hecho en una temporada. ¿Qué haría cuando volviera a los Estados Unidos? Tendría que cruzar ese puente más adelante. Hoy había más compras por hacer.

El camino hacia el mercado de telas, el zoco textil, fue como un viaje en el tiempo. Era la parte de Dubái donde el acero, el cristal y el aire acondicionado daban paso a la piedra desgastada y la madera de antaño. Los olores a frutas exóticas y especias provenientes de los estrechos callejones y esquinas del zoco de las especias asaltaban los sentidos de Lori.

Durante la mayor parte de su vida, las especias habían consistido en el paquete salado que venía con el ramen o la salsa de pato que guardaba cuando pedía chino para llevar. Pero el bullicio allí era mayor que en el zoco de oro, pues hombres y mujeres regateaban por el arcoíris de colores y sabores que inundaba las calles. Percibía con más fuerza el rico aroma a tabaco y a jazmín embriagador, pero también había notas de miel fresca e incienso, así como algo más fuerte y picante, tal vez cúrcuma.

Su jeque la sostuvo contra su pecho mientras avanzaban entre el gentío. Se hacía camino con sus amplios hombros, fuera o no de la realeza, y sentía su protección como una armadura. Por lo que sabía, varios de los hombres de su equipo de seguridad se ocultaban en las sombras, pero lo único que la hacía sentirse segura por completo eran sus brazos.

El calor del día caía sobre ellos y su olor mezclado con las especias era intoxicante. Las estrechas esquinas y sombras oscuras que creaban las calles daban alas a su imaginación y pudo sentir un deseo cada vez mayor en su interior. Sabía que provocaba el mismo efecto en él. Al caminar entre la multitud debían parar por momentos y, en esos instantes, al rozarlo con sus nalgas sin querer, lo sentía firme y dispuesto.

Las grandes puertas de madera del zoco textil de Deira les dieron la bienvenida con pinceladas de encanto tradicional y calles aún más estrechas. Los vivos colores de la seda y el cachemir llamaron su atención desde los escaparates de las tiendas. Había muchos estilos de ropa diferente, desde burkas completos y chales hasta vestidos de cóctel.

“Será una cena privada con compañía mixta. Puedes ser tú misma, mi torbellino,” le susurró al oído.

Sarah apreciaba la paciencia del jeque mientras exploraba las tiendas de una en una. Cualquier persona podría pasar años en un sitio con tantas maravillas y variedad. En la tercera tienda encontró

una seda distinta a cualquier otro tejido que hubiera palpado jamás. Era ligera como gasa, pero tenía una caída preciosa y pasaba de un maravilloso tono verde claro a otro ligeramente más oscuro.

“Esta quedará perfecta,” dijo.

“Entonces nos la quedamos,” se limitó a añadir Tariq.

“Aunque no veo que tengan vestidos hechos de esta tela,” Sarah frunció el ceño.

“Soy jeque y se hará mi voluntad,” rio. Tariq se dirigió a una joven tras el mostrador y la llamó en árabe. Ella se acercó enseguida y antes de que Sarah se diera cuenta, se la llevó con ella. La chica, que hablaba un inglés bastante decente, se presentó como Kama y la condujo a un probador privado.

“¿Podría quitarse la ropa, señorita?” preguntó Kama.

Sarah hizo lo que le pedía, se quitó la blusa y los pantalones azul marino, quedando en ropa interior. Kama empezó a tomarle las medidas y le preguntó a Sarah el estilo de vestido que quería, el evento al que iba a asistir y si ya tenía accesorios. Sarah describió los artículos que habían comprado en el zoco del oro y la chica salió del probador.

Hacía rato que Kama no regresaba y Sarah se dio cuenta de pronto que la tienda estaba demasiado tranquila. Al oír que llamaban a la puerta, casi se le salió el corazón del pecho.

“Lori, yo...” era la voz del rey Al-Amad, “quiero entrar.”

A Lori se le secó de inmediato la garganta. No estaba pidiendo permiso, pero tampoco estaba forzando su entrada. La informaba de su deseo y le daba la oportunidad de invitarlo a pasar. Podía vestirse a toda prisa y hacerse la tímida.

“Entra,” tragó. O tal vez no.

El jeque abrió la puerta y se metió en el probador antes de cerrarla tras él. La recorrió con la mirada, devorándola. Los músculos de su cuello se contrajeron mientras movía la mandíbula, hambriento, con las manos en las caderas y las piernas ligeramente separadas.

“¿Dónde está Kama?”

“Descansando,” dijo mientras se acercaba a ella enseguida y asaltaba su boca.

Sarah gimió en su boca, clavando las uñas por debajo de su kufiyya en su pelo oscuro. Se apoyó en el espejo, sintiendo el frío cristal en su espalda mientras sus dedos bajaban hasta las copas de encaje negro de su sujetador. Al sentir sus manos grandes tomar sus senos pálidos y cubiertos de pecas, sus pezones se volvieron erectos. Con los pulgares, presionó la tela contra su piel sensible en movimientos circulares, provocando gemidos de placer que escapaban de sus labios mientras, presa de un deseo indomable, se agarraba a su cintura con las piernas.

Sarah rompió el beso, luchando con los botones de su camisa de lino blanco para dejar al descubierto su pecho musculoso. Rozó sus músculos con sus uñas, satisfecha al oír sus gemidos de placer al arañar sus pezones marrones. Se inclinó, besando su fuerte garganta. Las manos del jeque se deslizaron por su espalda para desabrocharle el sujetador, liberando sus pechos.

Volvió a tocarla con manos ásperas y llenas de deseo. Masajeó la piel suave de sus pechos y pellizcó con avidez su pezón. Sarah, a su vez, succionó su clavícula tratando de no gritar, ardiendo al sentir al fin el roce de sus dedos. Sentía fuego en su interior cuando él le dio la vuelta y apoyó las manos con fuerza en el espejo.

El rey Al-Amad recorrió su espalda con las manos y cada músculo se tensó, ansiando el roce de sus dedos. Apoyó las nalgas en sus manos y él le quitó las bragas, deslizándolas por sus firmes piernas. Cayó de rodillas detrás de ella, masajeando con fuertes manos sus pantorrillas y dejando un rastro de besos y cosquillas por sus muslos.

Sarah se abrió de piernas para él, inclinándose hacia delante. Un dedo fue suficiente para comprobar lo suave y húmeda que estaba y Sarah se mordió el labio al penetrarla. La ola de placer que la invadió trató de arrancarle un grito. Poco después sintió su lengua deslizarse por sus partes más sensibles, activando su sistema nervioso. Sarah no pudo evitar el gemido que salió de su garganta, ronco y cargado de deseo.

“Tómame, Tariq,” suplicó. Nunca había escuchado su propia voz tan llena de desesperación.

Al-Amad se puso de pie tras ella, dejó caer los pantalones y se acercó aún más. Podía ver reflejado en el espejo lo duro y firme que estaba y, mirándolo fijamente a los ojos, se inclinó ante él.

“Mi torbellino,” gimió presionando su miembro contra ella. La penetró despacio, haciéndose una sola carne y Sarah gimió.

Echó la cabeza hacia atrás y sus cabellos eran fuego ardiendo tras ella mientras se apretaba contra su miembro. La tensión y el calor de su vientre aumentaban con cada centímetro de él que la penetraba y, al sentir de pronto sus manos en su cadera y en su pecho, los efectos en ella fueron devastadores.

Él movía las caderas en embestidas deliberadas, provocando con cada una, gemidos de pura lujuria. Al notar sus dientes en el hombro, Sarah se estremeció como nunca antes. Sus gruesos dedos acariciaron su centro nervioso y la tensión en su interior se desenroscó como una cobra al atacar, con chispas de placer atravesándola.

Comenzó entonces a responder a sus embestidas como loca. Los músculos en su interior se aferraban a su miembro mientras Tariq se movía frenéticamente. Pudo sentir su respiración entrecortada y cálida en su oreja al ocultar la cara en su pelo y gemir, "Fuego sin humo".

La pasión, el placer y la tormenta de fuego que se había desatado ante sus ojos hicieron que al fin perdiera el ritmo. Sarah sintió que su jeque se tensaba y emitía un gemido casi salvaje al alcanzar el clímax, llenándola por completo. Tariq se desplomó en el espejo y Sarah en el banco que había debajo, sintiendo que ya no era parte de ella. Se dio la vuelta, cansada pero feliz, y le acarició los

abdominales mientras jadeaba.

No hubo palabras, solo satisfacción. Sarah le dirigió una sonrisa traviesa e hizo un gesto hacia la puerta. Él se inclinó sonriendo y salió.

Aún había un vestido que encargar.

Capítulo Siete

“¿Señor?”

“Continúa, Abdul,” dijo Tariq dirigiendo su atención a la reunión que tenía lugar. Desde que había hecho el amor con la señorita Johnson el día antes, su mente se dispersaba más a menudo.

“Sí, como iba diciendo, si la aplicación mundial real de los datos que el M.I.T. nos ha enviado es cierta, podríamos tener la solución.”

“¿Por qué no lo habíamos descubierto antes?” preguntó Tariq con ojos firmes.

“Señor,” intervino Jensen, uno de los compañeros de investigación de Abdul. “El Departamento de Investigación había archivado el producto. Estimaron que era demasiado voluminoso para sus diseños originales.”

“¿Y qué hay del estado de la patente? ¿Pagaremos derechos a los americanos por la gloria de Varapur?”

“El departamento legal opina que, con tan poco interés por parte de terceros, si hay algún problema, no será difícil obtenerla para nuestro portafolio,” respondió Abdul. “Creo, alteza, que tendremos que ir a *su* laboratorio para las pruebas.”

“Eso podría ser un problema, Abdul. El Ministro de Energía ha estado intentando clasificar el G.E.M. como secreto de estado,” dijo el jeque, uniendo los dedos de ambas manos en la barbilla.

“¿No es su tío, señor?” preguntó Jensen.

Tariq le dirigió una mirada fulminante al escandinavo, que sintió un nudo en la garganta. “Yo no estoy tan seguro de querer que el G.E.M. de Varapur esté en un laboratorio americano.”

“Lo entendemos, señor,” continuó Abdul, “pero no estoy seguro de que tengamos hueco en el cronograma para llevar la investigación a prueba. Necesitaremos que ellos... ¿cómo era, Jensen?”

“Se ajusten,” dijo el otro con voz ronca.

“Sí, se ajusten en todo lo posible.”

“Quiero estar allí personalmente. Quiero que nuestro departamento legal se asegure de detener cualquier intento del ministro y quiero que la señorita Johnson supervise las presentaciones si está disponible.”

“Alteza, no creo que ella...”

“No era una sugerencia, Abdul. Ya hemos terminado.”

El hombre más bajo se puso en pie e hizo una reverencia. Salió de la habitación seguido de su socio rubio. Sarah les había proporcionado esa oportunidad, así que era de recibo que fuera ella quien los uniera. Los negocios requerían su implicación, no el recuerdo de su lengua haciéndola estremecer ni el reflejo de sus ojos color jade atravesando su alma mientras la penetraba sin reparos. Tampoco la fantasía de ella de rodillas ante él con sus labios color de rosa lista para tomarlo.

No, eran necesidades carnales que podía separar de los negocios. Lo había hecho sin problemas toda su vida.

Por supuesto le había pagado a la joven de la tienda de ropa el día antes para que los dejara a solas. No había sido su intención que las cosas marcharan exactamente así, pero era tan raro que una tienda en el zoco estuviera vacía. ¿Había tenido que ver el sentir sus curvas constantemente contra su cuerpo? No, se había convencido a sí mismo de que solo quería unos minutos de privacidad para *decirle* lo mucho que la deseaba.

Pero al entrar en el probador, lo había retado. Lo había animado a tomarla. Era jeque y tomaba aquello que deseaba. Y había poseído las maravillas de su cuerpo expuestas ante él, su piel de alabastro salpicada de chispas de fuego que ardían bajo el encaje negro.

Que Alá lo perdonara si la había puesto en su camino para probar su fuerza de voluntad.

El resto de su día juntos había sido breve pero feliz. No hablaron sobre lo ocurrido, pero tampoco hubo miradas o silencios incómodos. Se había sentido fascinada por el mercado de perfumes en el camino de vuelta, y se habían detenido un rato. Un aroma le había recordado a casa, algo puro y que olía a tierra. Mientras exploraba perfumes más ligeros, Tariq había encargado una colonia especial hecha con la esencia que le había llamado la atención.

Esperaba que la agradara esa noche.

El jeque agitó la cabeza al pensarlo. Rara vez había deseado agradar a los demás en el pasado, aunque siempre había querido complacer a su padre y, por supuesto, a su amada madre. Y siempre había tratado bien a sus sirvientes, aunque fuera exigente. Pero la única persona aparte de sus padres a la que había intentado ayudar activamente a ser feliz era Tufa. La hermana que nunca tuvo, pero que siempre hallaba la forma de conmover su corazón.

Curiosamente, había sido la primera en recomendarle a Sarah. Si la sugerencia hubiera venido de otra persona, probablemente la habría rechazado de inmediato pese a sus afirmaciones anteriores. El jeque pensó al principio que se trataba de una de las puyas que Tufa le lanzaba en ocasiones. Los jueguitos que sabía que le estaban permitidos por ganarse el puesto de asistente personal.

Había mantenido el nombre de Lori en la pila de candidatos, tal vez para complacer a su querida Tufa, pero se sorprendió conforme la lista se iba reduciendo.

Al pensar aquello, recordó algo. “Tufa,” la llamó, “¿Está listo mi esmoquin para esta noche?”

“Vamos a necesitar al menos cuatro contratistas diferentes solo para los cimientos. El palacio está en doce acres de desierto,” habló la pelirroja al teléfono en su despacho.

“Soy consciente de la ubicación. No olvides que fui yo quien compró el terreno,” dijo alzando la voz por el altavoz del teléfono.

“Oh, perdóname, gran jeque. Pensé que Mariska lo había elegido para que pegara con tu atuendo para la noche,” bromeó. Pudo oír el gruñido en su voz pese a la interferencia de la señal y sonrió para sí.

“Los informes muestran resultados interesantes sobre la profundidad a la que tendremos que excavar. Sé que quieres que el negocio sea lo más local posible, pero vamos a tener que hacer correr la voz por los alrededores.”

“Haz una lista de requisitos. Puede que podamos unir el esfuerzo de varias filiales para facilitar todo lo necesario,” cedió Tariq.

“Estará en tu bandeja de entrada antes del almuerzo.”

“Tengo otra reunión en breve. Hablaremos esta noche.”

Tras esas palabras, el teléfono quedó en silencio y Sarah colgó de un golpe. Había aprovechado la oportunidad para operar fuera de la zona de oficina que tenía a su disposición en la habitación del hotel. Nunca le había importado mucho el sentido de homegeneidad de las oficinas, pese a la exquisitez del espacio en *Al-Amad International*. Al estar confinada, sentía a menudo que coartaban su instinto y contaminaban sus diseños.

No era solo el lujo de poder realizar llamadas de negocios en camisetas de tirantas y pijamas. Aun así, diseñar el concepto de un jardín de cocina hidropónico en una pantalla de ordenador de quince pulgadas no era lo más acertado. Pero ese inconveniente merecía la pena con tal de evitar la tentación de cierto jeque por el pasillo que la desconcentraría por completo.

Y no es que pudiese concentrarse mucho de todas formas.

No tenía ni idea de qué los había llevado a aquella locura. Era algo que había surgido de la noche a la mañana, algo primario y carnal que asomaba sus garras desde los más profundo del interior de ambos. La aventura del día anterior aún la hacía estremecerse y sentir escalofríos al mismo tiempo.

La cita para almorzar de ayer no pudo durar para siempre, pues sus deberes como hombre de negocios y jeque requerían su presencia. Tampoco había esperado que fuera a verla. Ni siquiera estaban saliendo técnicamente. Sarah no lo llamaría “aventura.” Era una explosión de pasión como nunca había sentido antes, pero tener relaciones sexuales increíbles en un probador no era exactamente una promesa de matrimonio, ¿verdad?

“Señorita Johnson, ha llegado esto para usted,” anunció Jamal entrando con una prenda larga cubierta por una bolsa.

Jamal no eran tan grande como el jeque, pero no dejaba de ser intimidante. Medía 1,87 m y, a juzgar por su acento, procedía de Sudáfrica. Era callado pero educado y Sarah agradecía su presencia. Aunque sintió ciertas ganas de reír al ver que él le traía el vestido.

“Gracias, estaré arriba,” dijo tomando la bolsa y subiendo a su dormitorio a la carrera.

El vestido se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, suave y suntuoso. Recorrió con la palma de la mano la delicada seda verde que se anudaba en torno a su cuello, dejando su estilizada espalda y hombros al descubierto. El nudo estaba justo encima del escote, mostrando solo un poco de la clavícula. La falda cubría sus piernas como una cascada, con una abertura discreta a partir de la rodilla en rojo y una rosa dorada pintada a mano hasta la curva de la cadera. Con la tela sobrante, habían confeccionado un chal pintado con el mismo patrón de rosas de oro para los hombros.

Era, en una palabra, perfecto.

Sarah se pasó el lazo con cuidado por encima de la cabeza, quitándose el vestido y colgándolo para tenerlo a mano. Le parecía un sueño poder llevarlo, como si estuviera en un cuento de las mil y una noches. No era ni de lejos su primera salida de negocios. Seguramente, comparada con la mayoría de personas en Dubái, ella sería una don nadie, pero había sido la primera elección del rey Al-Amad por algo. Se había codeado con los más grandes de Silicon Valley y había cautivado a diplomáticos sudafricanos en más de una ocasión, pero había algo distinto en esa noche y lo sentía crecer en su interior.

A ese paso no iba a poder avanzar en el trabajo, así que decidió empezar a prepararse para la velada. Sarah ya había pedido cita en el spa y peluquería de Burj Al Arab y Tufa le había prometido pasarse para asegurarse de que estaba presentable.

Volvió a mirar embelesada su vestido.

Tal vez pueda vivir un cuento de hadas aunque solo sea por esta noche.

Los ascensores del Burj Al Arab eran de los más rápidos del mundo, pero el rey Tariq Al-Amad deseó que se movieran a más velocidad. Había sido un día muy largo y apenas podía centrarse en algo que no fuera la velada con su pequeño torbellino. No negaba su deseo de presumir de ella, pero más aún, ansiaba disfrutar de su compañía una vez más, y se estremeció al darse cuenta de ello allí, en el ascensor privado donde prendió por vez primera la llama de su pasión.

Debía ser que eran parecidos. Era tan simple como eso, necesidad y deseo unidos por un mismo punto de vista. Algo *simple*.

Cuando las puertas se abrieron, encontró a Jamal y a Tufa. El jeque había supuesto que vería a Sarah descender las escaleras, tal vez con una música suave de fondo. Pero estaba sentada en el bar de copas, dando sorbos a un vaso de vino con agua helada.

“Mi jeque,” susurró nerviosa antes de levantarse, “no hay que hacer esperar a una dama.”

Ni su imaginación hubiera sido capaz de evocar lo que vieron sus ojos. Su torbellino estaba envuelta en una seda color jade muy etérea, que creaba en sus ojos millones de motas iridiscentes. Habían recogido sus rizos en un halo de llamas sujeto por un entramado de filigrana de oro y madreselvas de plata, con largas ondas cayendo en cascada sobre sus hombros como una diosa del Olimpo. Sus curvas resaltaban bajo la tela, sobre todo en la abertura por donde apenas asomaba su muslo. Habían suavizado las pecas que tanto adoraba con una ligera base de maquillaje, pero aún conservaban su travieso atractivo. Sus ojos habían sido delineados con kohl oscuro, otorgándoles una profundidad interminable y sus labios, en tono burdeos y perfilados en oro rosa, pedían a gritos un beso. El collar de *la joya de los Jinni* adornaba su garganta, a juego con el brazalete de oro en su brazo derecho con dos pequeñas cadenas que lo unían a los anillos de jade y rubí de sus dedos.

Una sola palabra le vino a la mente al jeque, una que lo volvería loco el resto de la noche.

Jequesa.

“Un jeque siempre llega a tiempo, torbellino,” dijo travieso.

“¿Y un jeque también deja siempre que su cita adivine a dónde van? Aún no me has dicho dónde va a ser la cena.”

Tariq la tomó del brazo con delicadeza y la condujo a la vista panorámica sobre el mar. Su aroma embriagador también era distinto. Perduraba su fragancia a madreselva, pero había nuevas notas de vainilla, canela y cítricos. Se inclinó para susurrarle al oído y señaló a un punto en el mar.

“¿Ves esas islas con forma de palmera?”

“Tiene que haber sido creada por el hombre,” dijo Sarah.

“Así es, se trata de Palm Jumeirah, y allí se encuentra *Atlantis the Palm*, donde pasaremos la velada.”

“¿Atlantis? Me alegra ir entonces con un traje de sirena,” dijo alzando el rostro para mirarlo.

Sus labios, rojo oscuro y oro brillando con las luces de la ciudad, estaban muy cerca de los suyos. Se le había pasado más de una vez por la cabeza que, tal vez, no era necesaria su presencia en aquel evento. Su tío estaría allí después de todo. Pero no, era el gobernante y tenía un deber que cumplir para con la nación y sus amigos.

“Vamos antes de que llegemos tarde de verdad.”

Pasaron casi todo el viaje en limusina hasta *Atlantis* poniéndose al día en asuntos de trabajo. Sarah se moría de ganas por acurrucarse a su lado, pero no se atrevía a fastidiar las horas de trabajo de peluquería y maquillaje. La tentación era increíble, sobre todo al percibir la nueva colonia que llevaba. Al parecer, cuando estuvo comprando perfumes, Tariq había encargado su propia mezcla, algo que contenía el maravilloso olor a tierra que la había atraído al zoco, aderezado con especias y

una pizca de trébol. Le estaba costando la vida mantener una conversación de trabajo y no devorarlo.

Se conformó con darle la mano. ¿Cuándo había empezado a disfrutar de aquellos gestos? ¿Acurrucarse y darse la mano en vez de realizar alguna postura en la cama? Sabía que no duraría. Se despediría de Dubái en un par de días, pero se dejaría llevar esa noche.

Atlantis the Palm parecía un auténtico palacio. Cuando la limusina aparcó, estallaban fuegos artificiales sobre el hotel. Para Sarah fue una sorpresa descubrir el gran despliegue de medios que cubrían la gala. No era la primera vez que paseaba por una alfombra roja, pero solía estar allí como arquitecta, no como pareja.

“Tariq,” dijo, con un hilo de pánico en la voz, “Pensaba que era una cena de negocios.”

Parecía sorprendido, pero su voz se mantuvo serena. “Pues yo pensaba... que era una cena para celebrar el veintinueve cumpleaños de mi hermano, el jeque Rassid Al-Amad de Abu Samura. Es el gobernante del país vecino.”

“¿Una fiesta de cumpleaños? ¿Un evento de famosos que cubre la prensa?” preguntó, mirando los flashes por la ventanilla del vehículo con inquietud.

“No quise engañarte. Este tipo de cosas es rutina de negocios para mí.”

Lori miró al jeque con ojos encendidos, pero mantuvo la calma. Claro que para él algo así era como un día cualquiera en la oficina. Y no estaba tan enfadada con él. Solo le hubiera gustado saber el grado de publicidad que tendría el evento.

“No, supongo que es algo más ‘público’ de lo que pensaba.”

“No deberías preocuparte. Bueno, quizás sí, pero por los celos que atraerás.”

Sarah se sonrojó sin poder evitarlo y lo maldijo por ello.

“¿Entramos?”

Tomó su mano al salir de la limusina y pisó la alfombra roja con las luces parpadeantes de los flashes a su alrededor. Mantuvo la cabeza bien alta y una brillante sonrisa en el rostro, pero en su cabeza rondaban pensamientos sobre las noticias de la prensa sensacionalista. Sarah tenía una reputación que mantener en la empresa y empleados que dependían de ella. No tenía ninguna gana de tener que enfrentarse a calumnias o difamaciones.

Una de las preguntas que le dirigieron le proporcionó la salvación.

“¿Señorita Johnson? Señorita Johnson, ¿está relacionada de alguna forma su asistencia hoy aquí acompañando al rey Al-Amad con la intervención de Johnson Habitats en varias obras de construcción en Dubái?”

Sarah contestó enseguida al micrófono que se agitaba ante ella con su mejor sonrisa. “Es

cierto que he estado trabajando con el jeque en ciertos proyectos. Ha sido muy gentil al invitarme aquí esta noche, está siendo una velada maravillosa. Aunque no tengo relación directa con la instalación de los hábitats, es alentador comprobar que proporcionan el confort y protección que todos merecemos a los trabajadores de Dubái. Si me disculpan.”

Otros la llamaron, pero Sarah volvió deprisa al lado de Tariq y entraron en *Atlantis the Palm*. Fueron conducidos a través de un largo túnel que se sumergía bajo el mar, un laberinto transparente que les ofrecía vistas del interior del océano. El túnel serpenteaba y se sumergía aún más hasta llegar a una pequeña escalera que conducía a un gran salón de baile.

“El rey Tariq Al-Amad y su invitada, la señorita Sarah Johnson,” anunció el presentador.

Tariq sostenía su mano de manera formal y al entrar en la estancia, le ofreció el brazo. Sarah lo aceptó y se apoyó en él, contemplando la escena ante sus ojos. El salón de baile estaba sumergido por completo, con grandes paneles desde los que se podía observar a distintas especies de peces salvajes y a algún que otro buceador ocasional. El intenso mar azul proyectaba un brillo en la sala debido a las lámparas y apliques que reverberaban con luces blancas.

El salón estaba lleno de gente, desde famosos y políticos hasta multimillonarios. Sarah sospechaba que con lo que pagaban de media de hipoteca al mes quienes estaban en la sala, se podría alimentar a la mayoría de países del tercer mundo.

“Ahlan wa sahan!” gritó una voz. “¡Bienvenidos!”

Un hombre que era prácticamente la viva imagen de Tariq se acercó a ellos, haciendo que la multitud abriera paso. Era tan alto como él, si no más, pero de constitución más delgada, y llevaba una barba pulcramente perfilada.

“¡Hermano!” gritó alegre, agarrando al rey Tariq de la mano y dándole un beso en cada mejilla. “Y esta debe ser la señorita Johnson, de quien hablas maravillas, pero apenas conozco.”

“Jeque Rassid, el placer es mío,” dijo con una amplia sonrisa, inclinando levemente la cabeza en una reverencia.

“Ah, ¡la has entrenado bien!” rio Rassid, dándole una palmada en el hombro a su hermano.

Rassid sonrió al ver la mirada asesina que se estaba formando en los ojos de cristal pintados con khol oscuro. “Por favor, Lori, no te ofendas, era broma. Tomad champán, amigos míos. ¡Disfrutad de la fiesta! Debo atender a otros invitados, pero volveré.”

Sarah le hizo caso y tomó una copa de champán. Era una de las pocas bebidas a las que se había aficionado a lo largo de tantas celebraciones, y necesitaba algo para calmar sus nervios.

“Rassid es demasiado apasionado, lo admito. Heredó el gobierno hace tan solo unos años, cuando nuestro primo falleció en brazos de Alá. Antes era el primero en la línea de sucesión de Varapur, y puede que aún siga un poco ebrio de poder.”

“Estoy segura de que, con un hermano mayor como tú, debe tener cualidades fantásticas.”

Hallaron sus asientos en la mesa exclusiva del jeque Rassid junto a un caballero de mayor edad con túnica y kufiyya. Ya habían servido varios entremeses y Sarah se sintió agradecida al ver que un camarero colocaba enseguida varios de ellos en su plato y le servía un vaso de agua fría.

“Tío, te presento a la señorita Sarah Johnson,” le dijo el rey Tariq al hombre con túnica que se limitó a saludarla con algo parecido a una mirada de desaprobación. “Lori, este es mi tío Aziz Amara, hermano de la jequesa Samira Amara y Ministro de Energía del país de Varapur.”

“Es un placer, señor.”

“Tú serás quien haga realidad el sueño de Tariq.”

“¿Cómo ha dicho?”

Aziz la observó de nuevo de forma inquietante. “Su gran sueño de esa joya de Varapur o como la llame.”

“No estoy tan segura de eso. Solo soy una arquitecta.”

“Si quieres ver sueños hechos realidad, mujer, deberías venir a ver nuestras antiguas refinerías.”

“Tío,” le advirtió Tariq con un sonido molesto.

“Si la mujer americana puede hacer esas maravillas, tal vez pueda aplicarlas al verdadero corazón de nuestro país en vez de malgastar la fortuna nacional construyendo castillos en la arena de otros.”

Tariq agarró con fuerza del hombro a su tío. “Aziz, cálmate. Este no es el sitio ni el lugar para esta clase de conversaciones.”

“Pues claro, no es mi intención arruinar el circo que ha montado tu hermano,” resopló. “Esperaba que mi preciosa hermana te hubiera hecho ya entrar en razón.”

Sarah se había apartado de los dos al verlos discutir, más agradecida que nunca por la privacidad que ofrecía la realeza.

“No le eches cuenta, torbellino,” le susurró el jeque al oído. “No todos ven con la misma claridad con la que veo yo. Deja que te presente a compañía más... educada.”

Departieron con otros invitados y descubrió que los miembros de la élite de Dubái tenían tanto dinero que no sabían qué hacer con él. Unas sonrisas en el momento oportuno y algún intercambio de cumplidos eran suficientes para cosechar millones en donativos para varias organizaciones benéficas con las que colaboraba. Tal vez hubiera algo más satisfactorio que hacer con su tiempo en aquel lugar de excesos que robarle besos y otras cosas a Tariq. Sentía su mirada

sobre ella de cuando en cuando, y le gustaba pensar que lo había impresionado.

“¿Desplumando los bolsillos de los invitados al cumpleaños de mi hermano, torbellino?”

“Solo hago un mejor reparto del dinero para los más necesitados.”

“¿Debería llamarte Robin Hood?” bromeó Tariq.

“Por favor, estoy segura de llevar cambio encima esta noche, mi jeque.”

Rio con su voz de barítono que la hacía estremecerse y sentir escalofríos al mismo tiempo.

Poco después tuvo lugar la opípara cena, con cordero al curry y arroz a la menta que combinaban bien con una segunda copa de champán. De postre, eligió un sencillo sorbete de granada con menta espolvoreada, pero la textura era de una riqueza exquisita que nunca había probado antes. Estaba tan ensimismada en la delicia helada que se derretía en su lengua que casi no vio la mano de su jeque ante ella.

"Baila conmigo," ordenó mientras la música tomaba una cadencia más lenta.

Sarah tomó su mano, arrastrando el vestido tras ella al ponerse en pie y seguirlo a la inmensa pista de baile. Allí, la atrajo hacia sí mientras las luces se hacían más tenues, haciendo que el resplandor azul del mar embelesara a los bailarines. Al instante, tuvo esa sensación sin igual de seguridad en sus brazos, como si hubiera vuelto a la playa desierta iluminada por la luna, solos los dos, uno en brazos del otro. Apoyó la cabeza en su cuello y aquel nuevo aroma exótico invadió sus sentidos, una mezcla de almizcle, hombre y tierra que la excitaba como nada antes.

El rey Tariq la llevaba por la pista sin esfuerzo, como si fueran los únicos que existían en ese instante. Rodeaba su cintura con el brazo y con la otra mano, la sujetaba por la espalda con aire posesivo, unidos mientras daban vueltas por el salón. Sus ojos oscuros brillaban al contemplarla, ardientes no de lujuria y deseo, sino de admiración y fascinación.

Alzó la cabeza hacia él, separando los labios para hablar, pero no le salieron las palabras. Su mirada la extasiaba y la atraía hacia él. Sarah deslizó sus dedos por la solapa de su esmoquin y Tariq inclinó la cabeza lentamente buscando sus labios. En ese momento el mundo no existía, sólo dos almas conectadas de una forma que rara vez ocurría en el universo. Sintió una extraña electricidad atravesar sus labios y su propio ser, más allá de lo primario y de la lujuria, entrelazando las propias cámaras de su corazón. Sus labios la consumieron y se estremeció de gozo al sentir cómo se aferraba a ella.

Lori, con los ojos cerrados, notó explosiones similares a fuegos artificiales. Flashes de luz blanca que bailaban con cada giro de cabeza. Flashes, como los de las cámaras.

Mierda.

Las cámaras de los medios de comunicación y paparazzi sonaban a su alrededor, lanzando sus flashes y haciendo que dieran las doce en el cuento de hadas de Lori.

Capítulo Ocho

Abandonaron la fiesta de su hermano poco después del baile. El beso que habían compartido había llamado más la atención de lo que Tariq hubiera sospechado. Se maldijo por su falta de tino, por haber hecho algo que no tenía intención de hacer, pero que se había manifestado por sí mismo como nunca antes había sucedido.

Por su parte, su torbellino no había dicho nada. Se limitaba a observar la ciudad distraída mientras volvían al hotel. No pretendía saber qué se le pasaba por la cabeza, pero en el momento en que sus labios se habían encontrado en la pista de baile, se había formado un vínculo nuevo.

“No era mi intención cuando te saqué a bailar,” empezó.

Sarah le dirigió una leve sonrisa que no alcanzó sus ojos. “No pasa nada. Ha sido una noche maravillosa. Es solo que...” se detuvo, mirando de nuevo por la ventanilla como si las palabras que buscaba estuvieran escritas en el cielo. “Tal vez pensaba que podría tenerlo todo muy rápido, pero aún hay trabajo que hacer. Vuelvo a Estados Unidos. Y de pronto, ¿la prensa nos ve en actitud romántica? No tengo ni idea de cómo afectará esto a mi negocio, Tariq.”

“Lo sé, no era mi intención,” fue todo lo que acertó a decir bajo el escrutinio de sus ojos color jade.

“Se supone que eres mi socio, pero me he dejado atrapar en esta fantasía de princesas y jeques. Y ahora no sé qué clase de chismes van a contar sobre mí.”

“No se atreverán a publicar esa clase de basura. Nunca lo permitiría.”

De hecho, él mismo había dado pie al escándalo por un impulso infantil, pero sabía que otro jeque no le permitiría jamás perder su prestigio, mucho menos tratándose de su propio hermano.

“A lo mejor puedes hacerlo aquí o en Varapur, Tariq. Pero había medios extranjeros cubriendo el evento. Estoy segura de que ese tal Lopez fue quien me entrevistó en la alfombra roja. Oh, Dios mío... Usé la frase *ciertos proyectos*.”

“No pasará nada,” le aseguró, apretándole la mano, “Has demostrado tu talento durante los últimos años sin tener de tu parte a la realeza. Si un beso puede hacer que todo eso se desmorone, entonces ese beso debe valer una vida entera.”

“Es muy bonito lo que dices, pero nada tranquilizador en realidad,” dijo con risa triste.

“No soy ninguna fantasía,” gruñó.

La expresión de Lori se suavizó y rozó su rostro, acariciando su barba con suavidad. “Creo que tengo que quitarme los zapatos de cristal y asegurarme de que mi carroza no se convierta en calabaza.”

Tariq frunció el ceño, pero se dio cuenta de que ella no hallaría más consuelo esa noche. “Además,” prosiguió, “ambos debemos dormir un poco. Hablaremos mañana cuando se me haya pasado el efecto de las dos copas de champán que he bebido esta noche.”

“De acuerdo. Ven entonces a mi suite para una cena privada conmigo, por favor.”

“Que sean costillas de primera y patatas y trato hecho,” respondió, apoyando la cabeza en su pecho.

Soltó una carcajada y depositó un beso en su cabeza. Aquella mujer lo volvía loco con su dulce aroma y cabellos diabólicos. Ansiaba estrecharla contra sí y el deseo lo invadía, pero apartó esos pensamientos. Esa noche no consistiría en placeres carnales, pues sabía que tomarían caminos distintos al llegar a los ascensores, pero a la noche siguiente, no la decepcionaría.

*“¡De arquitecta a jequesa! Al parecer, Sarah Johnson podría estar construyendo algo nuevo en Dubái, una relación amorosa con el apreciado gobernante de Varapur, el rey Tariq Al-Amad. Se la vio asistir del brazo del jeque a la fiesta de cumpleaños de su hermano, el jeque Rassid Al-Amad. Allí, la señorita Johnson afirmó que ha estado trabajando en diferentes proyectos con el jeque. Pero más tarde esa noche, nuestro cámara los sorprendió dándose un **ardiente** beso en la pista de baile, juzguen ustedes mismos.”*

Sarah frunció el ceño en dirección al televisor y pulsó un botón en el mando a distancia para ocultarlo en el armario. Había aparecido en varias páginas de chismes de redes sociales y en los habituales programas de noticias de Hollywood, pero no era tan malo como cabría esperar. Hasta ahora, no la habían acusado de acostarse con nadie para conseguir contratos ni de ser una cazafortunas, lo cual era positivo. Y aunque odiaba ser justa con la prensa rosa, parecían más interesados en los niños ricos a los que habían pillado enseñando sus partes a los submarinistas que en una activista medioambiental semifamosa y un jeque petrolero besándose en la pista de baile.

Los daños colaterales no habían sido tan malos.

El sonido de su móvil le indicó que había cantado victoria demasiado pronto.

“Hola, Lilly.”

“Adivina lo que estoy viendo en mi canal de noticias basura favorito...”

“¿Algún famosillo intentando enseñar sus partes nobles a los delfines?” dijo tratando de evadir la cuestión.

“Oh no, no, no, suéltalo ya,” le exigió su hermana. “Espera, no, dos cosas antes. ¿De dónde demonios sacaste ese vestido tan chulo?, ¿Es su hermano tan guapo como él? Y luego, me lo cuentas.”

“Uno, el vestido me lo hicieron en una tienda del zoco de Deira. Tenían todo cuanto puedas

imaginar. Fue una experiencia maravillosa.” Dijo, mordiéndose el labio al recordarlo, “y su hermano se parece mucho a él, pero es más tipo Bruce Lee que La Roca.”

Lilly estaba encantada.

“Qué puedo decir, nos dejamos llevar,” respondió Sarah con un suspiro. “La velada fue genial. Conseguí muchísimo dinero para obras benéficas sin ni siquiera proponérmelo y luego comimos y bailamos. Tomé un par de copas de champán.”

“Vamos, ni siquiera tú soportas tan mal el alcohol, señorita Loretta,” canturreó Lilly en respuesta.

Siempre la llamaba así cuando Lilly creía que se ponía pesada.

“No. Fue mágico,” prosiguió Sarah. “Nunca me había sentido así. Cuando todo lo que hay a tu alrededor se detiene y estás solo la otra persona y tú, nada más. No sé qué hacer al respecto.”

“Nunca pensé que llegaría a ver el día en que te colaras como una tonta por un tío. Bueno, si tienes que escoger a uno, un jeque petrolero no está mal para empezar,” bromeó su hermana gemela.

“¡Lo digo en serio!” rio al teléfono. “Una parte de mí cree que estoy cometiendo el error más grande de mi vida y debería volver enseguida a casa y limitarme a hacer el trabajo. Pero otra parte solo quiere acurrucarse a su lado y no soltarlo jamás.”

“Solo sé una cosa. Te has pasado la mayor parte de tu vida ‘haciendo el trabajo’ y sé que has tenido éxito. Pero tal vez deberías probar a dejarte abrazar por una vez por alguien que no sea tu hermana mayor,” argumentó Lilly.

“Eres mayor solo por dos minutos. No cuenta.”

“Soy mayor, no hay más que hablar y lo sabes.”

“¿Quién vive en la casa de invitados de quién?”

“Tienes razón. Pero me gusta pensar en ti como en mi *mecenas*. Además, no serías feliz si me tuvieras lejos de todas maneras.”

“No había pensado en ese plus cuando vine a Dubái,” bromeó Sarah. “Te quiero.”

“Yo también te quiero. Buena suerte.”

Sarah colgó el teléfono y se envolvió una vez más en las sábanas de seda púrpura de la cama de matrimonio. Tenía que terminar algunas cosas con su equipo antes de marcharse de Dubái, pero las reuniones no empezaban hasta la tarde y pensó que podía permitirse el lujo de descansar. Además, la enorme densidad de hilos de las sábanas era como suave mantequilla en su piel.

Tufa abrió la puerta de la suite real del jeque. Si Sarah pensaba que su propia habitación era lujosa, la suite real era la definición del exceso. La entrada daba a una escalera de mármol reluciente y dorada que dividía el vestíbulo y ascendía a la siguiente planta. Los suelos eran de baldosas rosa oscuro y las paredes estaban lacadas en color siena claro, resaltando su calidez gracias al contraste con el reflejo brillante del oro.

Sarah iba vestida con uno de sus trajes favoritos, plisado y atado al cuello que realizaba su pecho a la perfección, mostrando su collar de piedras preciosas. El vestido carmesí le habría ganado una multa en la calle, pero quería disfrutar de la comodidad occidental con su jeque esa noche. Llevaba los labios y las uñas a juego, luminosos y sensuales, pero había optado por apenas taparse las pecas. Había visto la forma en que ese rasgo suyo atraía a Tariq y decidió resaltarlas llevando maquillaje ahumado en los ojos y el pelo ondulado. Se lo había recogido parcialmente con un peinecillo verde, dejando que el resto cayera libremente sobre su espalda. Completaban su atuendo unos tacones impresionantes que resaltaban sus pantorillas y trasero.

“Buenas noches,” la saludó la mujer morena. “Se la ve, si me lo permite, muy seductora.”

“Esa era la intención.”

Tufa le dirigió una sonrisa cómplice. “Propio de occidentales. Su alteza la verá enseguida. La cena pronto estará lista. El personal les servirá y, a excepción del equipo de seguridad, nos marcharemos esta noche. ¿Le apetece tomar algo de beber mientras espera?”

“Me encantaría tomar un refresco de uva, gracias.”

Sarah siguió a Tufa por la amplia zona de entretenimiento, pintada en todos los tonos de púrpura y oro imaginables. Había sofás y cojines junto a mesas de todos los tamaños frente a una enorme pantalla de cine. Daba paso a otra habitación dispuesta con una mesa de comedor ovalada con vistas al paisaje urbano. Las luces estaban apagadas y la mesa y las paredes decoradas con velas de diferentes tipos que oscilaban con el aire acondicionado.

“Y yo tomaré una limonada,” anunció el jeque al entrar en la habitación. “¿Está todo a tu gusto, mi pequeño torbellino?”

“¿Limonada?”

Llevaba una camisa de algodón blanca con pantalones de lino negros. Sarah envidiaba su habilidad para lucir ropa tan sencilla. Se había dejado abiertos los dos botones superiores de su camisa y asomaba parte del vello de su pecho. De pronto, su hambre de filete dio paso a otra diferente.

“Va genial con la carne de ternera de primera.”

“Entonces tomaré otra,” dijo relamiéndose.

“Haré que traigan las bebidas y la sopa de tortilla,” dijo Tufa, marchándose.

“Suena genial. Sabes cómo ganarte el corazón de una texana.”

“Y tú, querida, eres el deseo de cualquier hombre.”

Se sonrojó, pero se sentó a la mesa, cruzando las piernas a propósito para que la tela roja dejara piel al descubierto. “Oh ¿te refieres a esto? Espero que no te importe.”

Le dirigió una mirada digna de un lobo hambriento, pero se limitó a tomar asiento. “No tendría inconveniente alguno en tener una belleza tan exquisita en mi propia casa.”

“Tariq,” comenzó, ofreciéndole la mano. “No sé qué camino tomará la relación que tenemos ahora, pero no estoy preparada para que acabe.”

“Yo tampoco, torbellino... Lori. Hay mucho de lo que ocuparse, lo sé. Nos separaremos durante un tiempo mañana. Comamos y seamos felices juntos esta noche, para que nuestros recuerdos vuelvan a reunirse.”

Se acercó y lo besó, en un gesto de aceptación y cariño mientras les servían la sopa y las bebidas. Era todo lo que podían esperar por ahora y a Sarah le bastaba.

El personal se había marchado hacía una hora, pero seguían sentados hablando, mientras observaban las grandes maravillas construidas por el hombre. Como jeque, Tariq se había criado visitando establos de caballos árabes y ella había pasado gran parte de su niñez y juventud domando caballos de granja. Le habló de los intentos de Racid por montar a camello y ella, por su parte, le contó el pasado de *delincuente juvenil* de su hermana.

“No era mala persona. Se metía más veces en problemas por intentar ayudar a los demás que por molestar a tía Clara. Yo me fui a seguir el programa de niños prodigio y, posteriormente, a la Universidad de Texas y había muchas desavenencias entre Lils y nuestra tía. Siempre con la misma historia de “tú no eres mi madre.”

“Pero, ¿encontró su camino?”

“Sí, tenía un talento natural para el arte, era un genio a su manera. Siempre decía que se alegraba de que yo fuera la gemela lista, pero terminó haciendo un máster de Bellas Artes en Diseño. Trabaja por contrato entre exposiciones y encargos. Incluso tenemos ocasión de trabajar juntas en proyectos de vez en cuando.”

“No sé si el mundo es capaz de soportar a dos Johnson a la vez,” rió levantando la copa.

Una gota de limonada resbaló por su garganta y ella acortó la distancia. No dijo una palabra, se limitó a recorrer con su lengua el rastro dulce y pegajoso que había dejado en su cuello. Se apoyó en sus rodillas, mordisqueando con suavidad el tendón, cada vez más tenso, y Tariq gimió al sentir su lengua suave y húmeda sobre su piel. Deslizó las manos por debajo de su camisa, desabrochándola con los pulgares mientras acariciaba con sus dedos de ninfa sus abdominales firmes.

Estaba a punto de besarla cuando sintió que rodeaba un pezón con sus dedos, haciéndolo gemir en la habitación iluminada por las velas. El jeque se echó atrás en la silla al sentir su miembro turgente costreñido bajo los pantalones de lino. Su pequeño torbellino abrasaba su cuerpo con sus besos, haciéndose camino con sus uñas a lo largo de su piel de bronce. De pronto, sintió dedos largos y finos introduciéndose en la cinturilla de su pantalón.

De sus labios escapó un susurro en árabe al sentir que le apretaba la punta y deslizaba suavemente la mano en movimientos verticales a lo largo de su extremidad.

“Quiero probarte, mi jeque,” gimió. Notó su aliento cálido e intenso sobre su estómago al arrodillarse ante él.

Tariq levantó las piernas todo lo posible para liberarse de la prenda, mostrando su miembro ante ella. La pelirroja lo acarició despacio, deliberadamente, contemplando la forma en que se crispaba bajo su roce. Las caricias de su pequeño torbellino endurecían su miembro como las de ninguna otra mujer antes.

Con la mano que tenía libre acarició sus testículos mientras inspiraba su aroma. Deslizó la lengua por su pene, incidiendo en la cabeza hasta que lo oyó gemir su nombre. Finalmente, Sarah se lo introdujo en la boca hasta donde pudo.

Tariq gimió audiblemente al sentir su boca consumiéndolo. Caliente, húmeda y suave como el terciopelo, lo envolvía como una caricia, despertando sus nervios sensibles de puro placer. Se atrevió a bajar la vista y contemplarla y ella le devolvió la mirada, hambrienta, con un brillo ardiente en sus ojos de jade.

“Yo...” empezó, pero no le salían las palabras. Notó que se tensaba y la miró con la boca abierta.

Ella no apartó la vista y lo acarició más rápido, tragando tan hondo como era capaz y girando la cabeza con cada caricia. Tariq gritó al alcanzar el clímax como nunca le había sucedido antes. Era como si cada ligamento de su cuerpo estuviera unido a una catapulta que soltaran de golpe, fluyendo en torrentes de éxtasis.

Sarah lo acarició despacio mientras lo sacaba de su boca. Seguía sin poder hablar, pero ella le subió los pantalones y se puso de pie.

Se soltó el vestido que llevaba atado al cuello y lo dejó caer, quedando desnuda, solo con sus pecas.

“Ven conmigo arriba cuando puedas.”

Sarah rió, cayendo sobre exuberantes nubes de seda roja al empujarla Tariq a la enorme cama con dosel. La había alcanzado antes de lo que imaginaba y la había llevado en brazos al amplio dormitorio principal. La cama de matrimonio estaba situada encima de una plataforma adornada con

seda y satén. Su pelo se extendía a su alrededor como si hubiera prendido el mundo en llamas y sintió repentina timidez bajo la mirada voraz de su jeque.

Tariq se acercaba a ella desde la parte inferior de la cama mientras Sarah deslizaba el pie a lo largo de su otra pierna. Atacó como una pantera, atrapando su pie y llevandoselo a la boca para besarlo. Dejó escapar leves gemidos al sentir el roce de sus labios y la forma en que masajeaba sus pantorrillas. Atrapó el dedo gordo entre sus dientes y lo succionó a medida que avanzaba, doblándole la pierna y avanzando cada vez más arriba en la cama. Tariq dejó un sendero de besos en su pantorrilla, rozando con las uñas sus muslos hasta llegar al centro de su placer, cada vez más húmedo. Pero entonces, dirigió su atención hacia su estómago, deslizando las manos por su piel suave y deteniéndose a lamer la oquedad de su ombligo.

Sarah gimió y dejó escapar una risita por la mezcla de sensaciones que embargaban su piel. Las cosquillas la hacían reír, pero el roce de su lengua era tan erótico. Crecía un fuego nuevo en su interior y podía sentirlo allá donde sus manos la tocaban. Abrasaba sus pechos al agarrarlos con manos poderosas.

Gimió sin aliento bajo su peso, sintiendo los densos músculos de su cuerpo sobre los suyos mientras dejaba un rastro de besos por sus costillas. Atrapó con la boca su pezón derecho y ella gritó su nombre. Sentir su peso sobre ella y su miembro frotarse contra sus muslos la excitaba. Sarah lo rodeó con sus piernas, situándolo en el centro de su placer mientras le chupaba el pezón con boca húmeda y caliente.

“Hazme al amor, ahora,” suplicó.

“Como deseas.”

La embistió una vez, deslizándose en su interior y provocando sacudidas de placer por todo su cuerpo, para separar sus pliegues a continuación. El miembro de Tariq la penetró, llenándola con ardiente pasión.

El fuego que abrasaba su interior hacía estragos. Sus testículos chocaron contra su cuerpo al penetrarla por completo y le rodeó el cuello con los brazos. Tariq la besó con pasión y sus lenguas se ensarzaron en un combate que seguía el ritmo de sus caderas.

Sarah lo aceptó por completo, enredando los dedos en sus cabellos y respondiendo a sus embestidas con el movimiento de su cuerpo. Era excitante la forma en que sus pechos chocaban en aquella postura y Sarah usó la otra mano para agarrar con firmeza sus nalgas mientras la embestía.

Rompieron el beso y Sarah le mordió el cuello. El fuego en su interior se convirtió en relámpago. Tariq susurró palabras en su lengua nativa y se movió con mayor rapidez. Rozó con el extremo de su miembro el punto justo en su interior y volvió a gritar, pidiéndole que no se detuviera. El relámpago la atravesó por completo y, estremecida, le arañó la espalda. Sus piernas se enlazaron con las de él y sintió que se abrían las compuertas del placer en su interior.

Tariq volvió a embestirla mientras Sarah dejaba un rastro rosado de pasión con las uñas por su espalda. Las paredes internas de Lori se ajustaron a su miembro hasta que, al fin, alcanzó la cima.

Dejó escapar un grito y quedó inmóvil tras darle todo lo que tenía.

Dio gracias de que se echara a un lado en vez de aplastarla con su cuerpo. Se quedaron allí tumbados, gimiendo y sintiéndose completos. Sarah se apoyó en el hueco de su brazo y tapó sus cuerpos con las sábanas de seda. Tariq se tumbó de lado y la estrechó entre sus brazos, mientras ella se acurrucaba junto a él.

“Duerme,” dijo.

“Sí,” rio con voz cansada. “Buenas noches, pequeño torbellino.”

Capítulo Nueve

Llamaron a la puerta de la suite principal y Lori se despertó, soñolienta y confusa.

“¿Señorita Johnson?” la voz familiar de Tufa resonó tras las pesadas puertas. La luz del sol matutino se filtraba por las ventanas, pero los fuertes brazos que la habían rodeado la noche antes no estaban por ninguna parte.

“¿Tariq?” Llamó en el vacío de la habitación.

Nada.

Enfocó la vista y vio una hoja junto a la cama, escrita con caligrafía plateada.

Amor mío,

Me llamaron esta mañana por una emergencia y he tenido que tomar un vuelo urgente a Varapur. Tufa te dará más detalles.

Tu jeque

Sarah gruñó y cubrió con las sábanas su cuerpo desnudo. “¡Adelante!”

“Buenos días,” respondió, entrando con un carrito en el que había café turco recién hecho y bollos con queso. “El jeque desea que le diga que lo han llamado urgentemente, pero tiene negocios en Estados Unidos la semana que viene. Cuando esté todo organizado, le gustaría verla allí.”

La pelirroja tomó una de las pastas y suspiró. No era una mañana ideal para ella en absoluto. Aunque el delicioso aroma del café recién tostado y la suavidad de la crema de queso eran apetecibles, había esperado disfrutar del firme pecho de su amante.

¿Sería siempre así? ¿Noches con Tariq y mañanas con Tufa?

Se aclaró la garganta con la esperanza de despejar también su cabeza. “¿Qué hora es?”

“Casi las siete. No se preocupe, el personal de su habitación ha guardado y preparado la mayor parte de su equipaje. Espero que me perdone haberme tomado la libertad de traerle una muda de ropa para su vuelo,” dijo la mujer agachando la cabeza.

“Creo que lo dejaré pasar por esta vez,” dijo Sarah, sonriendo a su vez. “Voy a ducharme y bajo enseguida.”

“Sí, habrá un coche esperándola cuando esté lista”, dijo Tufa, que se detuvo y dio un paso incierto hacia la cama. “Por favor, perdone mi impertinencia, pero me gustaría decir que ha sido una experiencia realmente excepcional verla con el rey Al-Amad.”

Sarah se acercó a ella y le estrechó la mano. "Ha sido maravilloso. Y tú también Tufa. Gracias."

Al principio pensó que Jamal se había confundido cuando vio que la acompañaba a una enorme limusina Hummer de color negro. Lo único más brillante que la pintura eran las gigantescas ruedas de cromo que hacían que el vehículo pareciera más un tanque que un coche de lujo. Pero allí era donde se dirigían y abrió la puerta, ayudándola a subir a la bestia.

Gracias a Dios, Tufa había escogido pantalones en vez de falda.

El interior era ostentoso, como sugería el exterior. Disponía de una hilera de bancos de cuero blanco ribeteados de oro, con posavasos de cristal.

El suelo era de vidrio cortado a láser, con diamantes color azul neón que hacían juego con la iluminación azul y púrpura en el techo del vehículo. La parte superior de la pared estaba cubierta por cristales tintados con monitores LCD suspendidos que reproducían vídeos aleatorios. Lilly probablemente habría vomitado.

La voz que llegó de la parte de atrás desveló el misterio de su transporte. "Señorita Johnson, espero que no le importe si la llevo al aeropuerto."

"Jequé Rassid," exclamó. "Será un honor."

El vehículo se puso en marcha y el jeque le ofreció una copa de champán helado, que rechazó con cortesía.

"Iba de camino. Tariq y yo íbamos a compartir avión para ir a ver a nuestra madre antes de regresar a Abu Samura, pero como sabes..." dijo haciendo un gesto con la mano. "Debo admitir que sentía curiosidad por saber más sobre la joven que incendió mi pista de baile la otra noche".

Sarah se sonrojó, rivalizando el tono de piel con sus cabellos. "Jequé Rassid, mis disculpas por ello."

"Oh no, no es necesario en absoluto. De hecho, no he visto jamás a Tariq dar la mano de una mujer en público y mucho menos mostrar su afecto de esa forma. ¿Eres acaso una hechicera?" Bromeó.

"No, solo arquitecta, lo juro," rio.

"Y una muy buena, según me han dicho, que va a ayudar a que nuestra joya tenga su propio joyero."

"*Nuestra joya.*"

"*Al-Amad International* es una empresa familiar, y tengo mis propias inversiones personales.

Técnicamente soy el vicepresidente, pero dejo la gestión en manos de mi hermano. Honestamente creo que lo prefiere así.” Le guiñó un ojo.

"Bueno, hay mucho trabajo que hacer. Todo está aún en fase de integración, pero su hermano tiene una idea de la que quiero formar parte”, respondió ella.

"Provoca ese efecto en la gente. Y se merece tener buenas personas a su alrededor. Algo me dice, Señorita Johnson, que usted es una de esas buenas personas”, aseguró el jeque Rassid.

"Eso espero."

Un sonoro estruendo llenó los oídos de Lori y la monstruosa limusina cayó varios carriles a un lado. Pudo oír el crujido del metal a su alrededor y sintió una explosión en el interior del vehículo. Algo suave y flexible chocó contra su rostro y la mantuvo en su lugar, aunque desapreció de pronto.

Sarah y el jeque chocaron contra los asientos de piel al detenerse el vehículo. Pudo sentir algo cálido y pegajoso corriendo por su mejilla y un dolor agudo en su muñeca. Intentó salir de allí, pasando por encima del air bag lateral, pero se oyó el sonido de una ametralladora en el exterior.

“¡No te levantes!” gritó Rassid a su lado.

Sarah volvió a caer sobre el asiento de piel blanca, tratando de recuperar el aliento y tapándose los oídos. Se atragantó con el polvo y los restos de hormigón y cálidas lágrimas se unieron a la sangre que cubría sus mejillas, mientras el mundo se derrumababa a su alrededor. No había nada más que la sequedad de su boca y el estruendo a su alrededor que duró lo que le pareció una eternidad hasta que un agente de seguridad la sacó del Hummer.

“¡Venga, venga!” gritó la voz, arrastrándola a un deportivo negro.

El resto de voces que sonaban gritaban en árabe mientras Rassid exigía respuestas. A Sarah no le importaba. Solo quería estar lejos del desastre del mar de tráfico y segura.

Fue corriendo hacia la seguridad que le ofrecía el nuevo coche, pero sabía que lo único que podía hacerla sentir segura, los brazos del jeque, no estaría allí.

“¿Madre?” gritó el rey Tariq Al-Amad cuando las sirvientas abrieron las puertas ornamentadas que conducían a los aposentos de la jequesa Samira Amara.

“Tariq, bienvenido a casa,” dijo mirándolo desde el amplio espejo en el que se peinaba su larga cabellera negra de satén. “Tienes buen aspecto, hijo mío.”

“Igual que usted, lo cual me confunde.”

La jequesa se volvió hacia su hijo, ataviada con una elegante túnica rosa con hilos de color

púrpura y negro. Tenía una expresión confusa en el rostro, mostrando finísimas arrugas en la boca y la frente.

“Me dijeron que estaba enferma, madre. Aziz me pidió que volviera antes de Dubái. Dijo que no estaba en sus cabales.”

“Creo que es tu tío el que no está en su sano juicio,” declaró. “Me ha estado insistiendo mucho para que hable contigo y ahora dice que estás aliado con occidente en contra de nuestro país.”

Tariq cerró los ojos con fuerza y maldijo en voz baja. ¿Tendría que llegar a echar a su propio tío y avergonzarlo de esa forma?

“¿Qué se supone que debo hacer ahora con él? ¿Lincharlo? ¿Encerrarlo en un calabozo como a un plebeyo? Antes era una mera molestia con su terquedad, pero ha llegado al extremo de contar mentiras para distraerme del trabajo. Eso es traición, madre.”

“Tal vez crea que esa joven tiene algo que ver. La señorita Johnson, ¿no?”

“Madre,” le advirtió Al-Amad.

“¡Te he visto en *E!*”

“Padre nunca ha aprobado que veas basura occidental, ¿sabes?,” gruñó el jeque.

“No estamos hablando de eso. La cuestión es que vi a mi hijo besando a una occidental como si hubiera encontrado a su princesa. ¿Es cierto o no?” Sus ojos, tan parecidos a los suyos, le sostuvieron la mirada.

“Lo es. Trabaja con Al-Amad International en un proyecto muy importante. Hemos congeniado mucho y es algo que escapa a mi control.”

“¿Es amor, cariño?”

“No lo sé. Soy jeque de Varapur. ¡Gobernante! Mando sobre todos, tomo lo que es mío y protejo a mi pueblo. ¿Puedo dar tanto de mí a una sola persona y seguir siendo ese hombre? Y, ¿a una extranjera además?” Se acercó a ella, tomándola de la mano mientras se apoyaba en el gran tocador de mármol.

“Tu padre era un gran gobernante,” comenzó la jequesa Samira, poniendo la mano sobre el muslo de su hijo, “y amaba a una sola mujer con todo su corazón. Alá, alabado sea siempre, tuvo a bien que diera más amor. Y así, el jeque Murshid vino a mí y nuestro amor creó algo nuevo y bueno en ti y en tu hermano.

“Cuando la Jequesa falleció en brazos de Alá, el jeque Murshid elevó a su lado a alguien que creía que solo sería una humilde concubina, y la gente la quiso a causa del amor que demostró por ella. Hijo mío, tienes el corazón de tu padre. Y quien lo reciba, será aceptado por tu pueblo.”

“¿Lo cree de verdad?” preguntó, mirándola a sus ojos bermejos.

“Sí. Y si no es así, el jeque eres tú, haz que los decapiten,” dijo con sonrisa de disculpa.

“¡Jequesa!” gritó una chica que no tendría más de diecinueve años entrando a la carrera a los aposentos de Samira, “¡Rey Al-Amad! Disculpadme,” suplicó agachando la cabeza.

“Habla,” ordenó.

“¡Las noticias! ¡Es vuestro hermano!”

Encendieron el televisor en la habitación de la jequesa que mostró imágenes del asalto en Dubái. Tariq vio una imagen que le heló el corazón, los cabellos rojos de una mujer a la que sacaban con rapidez del coche volcado de su hermano.

“Debo volver a Dubái enseguida.”

Sarah no estaba segura de cuánto tiempo llevaba entre sueño y vigilia, pero lo que estaba claro era que había perdido su vuelo. A medida que la morfina se introducía en su sistema nervioso, se preguntó si se volvería una costumbre en sus viajes a Dubái.

Aterrizaremos en diez minutos. La temperatura es de 43 grados y, señorita Johnson, sus captores van con veinte minutos de retraso.

Habían reforzado con medidas de seguridad dos habitaciones privadas en el Hospital de Al Garhoud, donde tanto el jeque Rassid como el rey Tariq tenían médicos privados. En realidad, era el hospital más cercano camino al aeropuerto y Rassid había exigido que lo llevaran allí para recibir tratamiento médico. Lo habían ingresado a una suite real, pero el hospital privado no contaba con muchas de ellas y Sarah recibía tratamiento en una habitación normal. Aún así, tenía el tamaño de un salón americano con sofá y sillas tapizadas en color naranja. El suelo de madera oscura y el papel de pared tostado de patrones intrincados hacía que le diera vueltas la cabeza.

Yacía cómodamente en una cama de hospital, rodeada de los pitidos y sonidos de la maquinaria médica. Tenía dos puntos sobre la ceja, una vía para la medicación que trataba sus heridas y la muñeca envuelta en hielo. Por suerte, se la había torcido y no roto, aunque probablemente tendría que llevar muñequera una temporada.

Se espabiló un poco al oír el sonido de una puerta pesada al abrirse y extrañas palabras.

“¿Lori?” exclamó una voz profunda.

Alzó la vista y, con ojos borrosos, vio a un hombre aparecer tras la esquina. “¿Rassid?”

“No, soy Tariq,” dijo y su sombra se cernió sobre ella.

“¡Ah! ¡Tariq!” exclamó.

“¿Estás bien? No debí haberte dejado,” dijo el jeque, dándole la mano.

“Todo lo bien que puedo estar después de una explosión. Pero el paramédico dijo que me dio algo para el dolor y los nervios, así que estoy bien. Me alegro de que hayas vuelto, siempre me siento segura a tu lado,” logró decir Sarah. Su elocución monótona propia de Texas era más aparente que nunca.

Tariq se inclinó y le besó la frente.

“¿Qué sucedió?”

“Es culpa mía,” dijo con tristeza.

Puede que fuera la primera vez que pronunciaba esas palabras en voz alta. “Los rumores indican que fue una respuesta a mi implicación con los campos de trabajo. Parece que no a todos los que se aprovechan de tanta crueldad les importa ver cambios en el mundo.”

Sarah intentó incorporarse, pero no estaba segura de que su cuerpo fuera a permitirselo.

“Te pondrás bien. Es responsabilidad mía y no dejaré que nadie vuelva a hacerte daño,” dijo besándola.

Les interrumpió el sonido de la pesada puerta de hospital al abrirse y algo repiqueteando contra su superficie.

“Sí que es resistente,” dijo Aziz Amara apareciendo tras la esquina.

“Tío, no es momento de insolencias. Si quieres salvar el cuello y que no te condene por traición, márchate. Ya tendré unas palabras contigo después.”

“Ahora es el momento. He esperado y rezado a Alá, alabado sea, para que te guiara de vuelta a la senda correcta,” dijo, sacando una daga metálica de su cinturón. “Pero ahora me doy cuenta de que debo ser su mano. Varapur no volverá a sufrir a un rey necio.”

“Tío,” le advirtió Tariq.

“Primero te embarcas en esta aventura peligrosa lejos de la sangre de nuestra tierra natal, persiguiendo la ilusión de ‘energía’ verde de Satán,” escupió a los pies del jeque. “Luego dejas el proyecto en manos de una mujer. ¡Mejor hubiera estado a la grupa de un camello!” Cargó contra Tariq que lo esquivó con rapidez y, de una patada, le lanzó una silla, aumentando la distancia entre ellos.

“Haré que te decapiten, Aziz. ¡Detente ahora mismo!”

“Creí que si los trabajadores usaban a la americana para desacreditarte, abandonarías esta locura, pero no. No, ahora se ha convertido en tu puta, de la que alardeas allá donde vas, sembrando la desgracia en tu reino.” Aziz volvió a atacar, rasgando la solapa de su traje.

Tariq cayó en la cama de Lori, empujándola hacia la puerta. El miedo y la adrenalina trataban de despejarla, pero la habitación le dio vueltas al intentar moverse. Al-Amad se irguió, protegiéndola con su propio cuerpo. Los ojos de Aziz carecían de vida. Había perdido por completo la razón, y solo le importaban la daga y Tariq.

“Y luego el idiota de tu hermano tuvo que interponerse en mi camino con ese cacharro acorazado suyo.”

Tariq agarró la bandeja de metal junto a la cama de Lori y se la tiró con todas sus fuerzas a la mano. Sonó el estruendo del metal, seguido del sonido más leve de la daga al caer al suelo.

Sarah se bajó de la camilla tambaleándose y se quedó en una esquina de la habitación mientras los dos hombres luchaban. Aziz se arrojó sobre el jeque placándolo por la cintura. Tariq se estrelló contra el suelo y jadeó, pero golpeó a su tío fuerte en la espalda. Este trató de golpearle en la cabeza, pero el jeque lo esquivó a tiempo y se oyó crujir el puño de Aziz contra el suelo de baldosas.

Hubo golpes en la puerta y oyeron gritar a personas en inglés y en árabe que intentaban abrirla. Sarah trató de acercarse, pero ambos yacían en el suelo del pasillo, delante del cuarto de baño, cuya puerta bloqueaba la entrada a la habitación.

Tariq atacó, golpeando la cuenca del ojo de su tío con un chasquido húmedo. El hombre mayor se echó hacia atrás sin aliento al ver la sangre que corría por su rostro. El jeque le dio patadas en la espalda con sus fuertes piernas y destrabó la puerta.

Un gran número de agentes con equipos tácticos negros rodearon al hombre caído con armas en la mano. Aziz no hacía más que toser sangre mientras colocaban grilletas en sus muñecas.

“Llévóoslo,” gritó Tariq con disgusto.

El jeque rodeó con sus brazos a Sarah antes de que fuera consciente de nada más, acunándola. “Es hora de llevarte a casa.”

Capítulo Diez

Su jeque estaba sentado en una silla de cuero frente a la cama, atendiendo una llamada de teléfono y mirándola. Sólo llevaba un par de calzoncillos de algodón y le daba sorbos a una copa de whisky escocés con soda. La cama en el jet privado de Tariq era literalmente como dormir en el aire. Había insistido en llevarla en avión hasta su casa personalmente, y con las drogas aún circulando por su cuerpo, había perdido el conocimiento después de embarcar.

“¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?”

“Unas cuantas horas. Todavía quedan algunas más, me temo.”

“Perdona, siento que no hago más que depender de ti.” Se estiró con cuidado, vestida sólo con las bragas y una blusa. Ahora se sentía mucho más espabilada, con un dolor punzante en la muñeca, pero alerta y en contacto con el mundo de nuevo.

El jeque se rió, pero no con la mirada. “Estos últimos días han sido duros para ti, torbellino. Te mereces un descanso.”

Sarah se movió rápidamente al borde de la cama. Lo miró a los ojos mientras él daba otro sorbo a su copa.

“¿Y tu tío?” preguntó, sin saber si quería conocer la respuesta.

“Será enviado a Varapur y ejecutado por traición.” Su tono era frío y firme.

“¿Ejecutado?” gritó.

“¡No tengo elección!” Se puso de pie apurando el resto de la copa y poniéndola de un golpe en la mesa. “Podía haber trabajado con él en las restricciones del gobierno ¡pero no sólo ha intentado asesinarme y matar a la mujer que amo, sino que orquestó un acto terrorista en Dubai! Soy el jeque. Le cortaré la cabeza. Es la ley.”

El miedo atravesó el rostro de Sarah durante un momento, pero Tariq se sentó dando golpecitos con los dedos.

“Él sabía cuál sería el precio de su fracaso. No me había percatado de lo inestable que se había vuelto. Aziz estaba todo el rato censurando mis “proyectos liberales” delante de mi madre, pero en lo que respecta al servicio del reino siempre pensé que entendía mis reglas. Estaba tan cegado por lo que podría llegar a ser que no veía lo que sucedía.”

Sarah se acercó a la silla, deslizando sus piernas a cada lado de él. Le acarició las mejillas tiernamente, posando su frente en la de él mientras le acariciaba la barba.

“¿Esto es lo que va a pensar la gente? ¿Que estás llevando al país por mal camino y que no

soy más que una ramera occidental tuya?” preguntó en voz baja.

“No lo sé. Sé que el cambio nunca es fácil. Sé que hay conflictos en mi interior en lo que respecta a mis sentimientos por ti. Pero tengo claro que después de hoy, no puedo soportar este mundo sin ti. Te amo con cada fibra de mi ser, Sarah Johnson”

“Creo que no podría volver a sentir que tengo un hogar sin ti,” dijo. “Yo también te amo.”

Empezó a besarla en la barbilla, hasta llegar dulcemente hasta sus labios. Sus manos rodearon su espalda y ella aceptó su boca, reclamando su lengua con la suya en un duelo de pasión cada vez mayor con el fuerte sabor del whisky aún presente.

Sarah podía sentir cómo el deseo por él la humedecía, mientras aferraba las amplias curvas de la parte baja de su espalda. La levantó, llevándola de vuelta a la cama y tumbándola boca arriba. Ella se quitó de un tirón la blusa, que voló por encima de sus redondos pechos. El satén blanco de su sujetador contrastaba con los besos de rubí sobre su piel mientras sus manos se colaban bajo sus copas. Acarició con sus ásperas palmas sus aureolas y sus pezones erectos. Tariq los pellizcó y los retorció provocando gemidos de su garganta.

Sarah sentó su húmedo sexo sobre su miembro firme, liberándose del sujetador. Se acercó más a él y sus pechos se agitaron al sustituir las manos por su lengua y labios. Dejó escapar gemidos profundos al sentir como la humedad cálida de su boca envolvía sus pezones y sus dientes jugueteaban con la carne endurecida.

Levantó las caderas y de pronto sintió aire frío en su sexo, al quitarle las bragas. Habían quedado hecha retales en manos del jeque. Sus calzoncillos también habían caído, permitiendo que su duro miembro se hinchara contra su vientre. Sarah lo tomó, dirigiéndolo a los finos rizos de sus ascuas húmedas, rozándolo con su vulva.

Él intentó penterarla, pero el control lo tenía ella, acariciándolo con su piel sedosa hasta que ya no pudo más. Finalmente se rindió, empalándose en su miembro. Ambos jadearon de placer extremo al hacerse uno. Tariq hundió su cara en sus pechos, gritando palabras en una lengua que no entendía.

Sarah giró las caderas, sintiendo como se movía en su interior, rozando nervios sensibles. Él la penetraba, moviendo la pelvis a un ritmo decontrolado. Sarah se sujetó la muñeca dolorida, intentando mantener a raya la distracción a medida que la tensión aumentaba en ella de nuevo.

El magma hervía dentro de ella, recorriendo sus venas con cada embestida de su jeque. Se le venían a la boca palabras sin sentido junto con sonidos primarios que no sabía que era capaz de articular. Su amante devoraba sus curvas, mordiéndola en la yugular y liberando torrentes de calor en su vagina. Esa fricción perfecta contra su ardiente núcleo la condujo al orgasmo.

Un gruñido gutural escapó de sus labios con fuerza cuando Tariq la abrazó. Se agarró a él, entrelazando los dedos en su pelo y atrayéndolo hacia sí. Tembló en sus brazos al sentir cómo alcanzaba el orgasmo dentro de ella. Capturó sus labios y ambos cayeron hacia atrás, en un beso húmedo y lleno de pasión.

“¿Cuánto queda para Texas?” preguntó tras unos minutos de jadeos.

“Unas 10 horas más o menos.”

“Bien,” dijo, rodando encima de él y besando su cuello de nuevo.

“¿50 millones de dólares?”

Su avión había llegado a San Antonio a las nueve de la mañana según hora local. Sin embargo, había optado por alojarse en el Mokara con el rey Tariq en vez de pasarse por casa con la realeza. Había llegado a la conclusión de que la discreción era lo mejor. Todavía les quedaba una semana antes de su encuentro en el M.I.T. y quería tener la oportunidad de enseñarle su hogar antes de sumergirlo en la experiencia familiar.

Había tenido mucho tiempo para descansar y otras cosas antes de encontrarse con su hermana. Ahora, en la casa de invitados en la que a su hermana le encantaba estar, se encontró con su mirada inquisidora.

“Sí.”

“¿Dólares americanos?”

“Sí, Lils.”

“Mentira,” declaró.

“No es mentira.”

“¿Y otros veinte a la organización benéfica que tú quieras?”

“Ese es el trato — firmado, sellado y bueno, aún no entregado. El tema de los pagos en un proyecto tan grande es complejo. No es lo importante. El anticipo está cobrado.”

“¿Y eso fue *antes* de decidirte?”

Sarah le pegó a su hermana con la muñequera desde el otro lado de la mesa.

“Dijiste que tenía un hermano mono ¿verdad? ¿Necesita una nueva pieza en su colección?” Preguntó Lily.

“Sí, la verdad es que la necesita, pero no estoy segura de que seas de su agrado. Entre Tariq y yo surgió la chispa antes incluso de que me secuestrara un grupo de empleados insatisfechos.” Al fin lo soltó.

Lilly golpeó la cerveza contra la mesa y miró a su hermana, con la boca abierta, “¿Cómo?”

“Resulta que un grupo de trabajadores me secuestró. Querían que grabara una cinta condenando sus condiciones laborales.”

“¿Por qué demonios no me has contado nada?” Lily apretó los dientes tan fuerte, que su hermana temió que hubiera que pagar una factura al dentista.

“Porque te habría entrado el pánico y te habrías preocupado y no había nada que pudieras hacer. Estuve así unas cuantas horas hasta que Tariq me encontró.”

“¡Eso no es lo que me imaginaba cuando me dijiste que estaban siendo días muy *duros*, Loretta!”

Tampoco era lo que Sarah había imaginado cuando había ido a una reunión en uno de los países más lujosos del mundo.

“Venga ya, *Lilith*. Mírame a los ojos y dime que no habrías hecho lo mismo.”

“Yo no... mierda, tú y tu estúpido cerebro de gemela.”

“Ambas sabemos que soy la lista de las dos.”

“Y por eso también fuiste atacada con ametralladoras, ¿no? Dios mío, Lori, estuviste en Dubái cinco días. Ni siquiera hay una crisis nacional allí.”

“A decir verdad, los dos incidentes fueron orquestados por el tío de Tariq. Así que sólo me metí en un problema.”

“Sí, ¿Cuál?”

“Enamorarme,” dijo con una sonrisa demasiado deslumbrante para Lilly.

“Oh, por dios, voy a vomitar.”

“Venga, trobellino, dijiste que me ibas a enseñar la ciudad,” protestó el rey Al-Amad girando en su caballo palomino. El sol de San Antonio brillaba sobre ella, convirtiendo sus mechones de cabello en cobre fundido.

“Sí, bueno, te di preferencia con Beige porque Colmillo es un maldito cascarrabias,” dijo Sarah, espoleando al caballo para que se moviera.

Habían pasado la mayor parte de los últimos dos meses en Cambridge, Massachusetts, mientras el equipo de Abdul negociaba con los laboratorios del M.I.T. Tariq se vio obligado a ausentarse varias veces, pues era el soberano de un país. Sarah había decidido quedarse, tentada por la tecnología de diseño de vanguardia. La universidad le había proporcionado un fantástico alojamiento para trabajar codo con codo con el equipo G.E.M. y jugar con los últimos dispositivos. Eran todo ventajas para ella.

Pero se alegraba de estar cabalgando a medio galope junto a la vieja valla de madera que bordeaba la tierra de pastoreo de su finca. Aquella chica occidental quería mostrarle al hombre de Oriente Medio el verdadero Oeste. Llevaba puestos unos vaqueros ajustados, una camisa vaquera parcialmente desabrochada con una camiseta blanca debajo, botas de cuero de cowboy y su pelo de fuego cubierto por un sombrero. Tariq había optado por una camisa suelta y vaqueros junto con botas militares y kufiyya. Se había quejado de que las botas occidentales llamadas de cowboy no eran propias de un jeque.

“El rancho de tu padre es un lugar sencillo,” dijo, “pero de gran belleza. Es magnífico contemplar las colinas de verdes pastos y los caballos corriendo libres bajo el cielo de Alá.”

“Este era mi sendero favorito cuando era niña. Puedes avistar el rancho de punta a punta. Y por allí,” dijo conduciéndolo hasta un gran prado, “es donde solíamos entrenar a los caballos. Mi padre está ya prácticamente retirado a día de hoy y usa la mayor parte de la tierra para criar sementales.”

El rey Al-Amad se bajó del caballo y ató su montura a la pesada valla de madera del viejo corral. Sarah extendió los brazos hacia él con una sonrisa y él la bajó sin esfuerzo.

“¿Así que aquí es donde los entrenas?” dijo entrando en el enorme círculo.

“Justo ahí,” dijo Sarah sentándose en la valla de madera, contemplando cómo paseaba. “Pueden llegar a ser unos sinvergüenzas tercos, pero una vez que los conoces y se acostumbran a ti, te obedecen.”

“Lo sé. Son animales fantásticos, con gran orgullo y lealtad. Sólo una persona especial puede conseguir que se plieguen a su voluntad.”

Sarah columpió sus piernas mientras él se aproximaba al corral, echándose el sombrero hacia atrás y dejando que cayeran mechones escarlata sobre sus hombros. “Yo también sé lo maravillosos que son. Han dejado su marca grabada en mi corazón.”

Sarah sintió que le daba un vuelco el corazón cuando el rey Al-Amad se arrodilló en el suelo. Se llevó las manos a la boca y bajó de la valla.

El anillo que sostenía era de oro blanco, con jade y rubíes entrelazados, y en el centro un ópalo de fuego y diamantes rodeado por el mismo dragón de la *Joya de los Jinn*. “¿Me harías el honor de poder llamarte jequesa?”

Sarah extendió la mano y Tariq deslizó el anillo en su dedo, tomándola en sus brazos.

“¡Sí!” murmuró sin aliento, cubriendo su boca de besos.

“Mi jequesa, mi fuego sin humo,” susurró, atrapando sus labios de nuevo.

Sarah lo llevó de vuelta con los caballos, secándose las lágrimas que corrían por su rostro

con la palma de la mano. Tenía un prometido que presentar a su familia y la wedding planner perfecta para tenerlo todo bajo control.

Epílogo

El rey Tariq Al-Amad y Sarah Johnson estaban de pie a la entrada del palacio 'Ubdi Dayim bin Varapur de Dubai, contemplando su trabajo. Más de un año había llevado la construcción de la resplandeciente estructura de piedra. En su corazón residía el futuro de su nación.

Dentro del palacio, un ejército de criados, cocineros, limpiadoras y cualquier otro tipo de trabajador al que Lily Johnson pudiera dar órdenes preparaban todo lo necesario para el gran día. Cuando el sol volviera a salir, sería finalmente el día de la boda.

“¿Tu hermana te garantiza que está todo preparado?”

Sarah había imaginado que su jeque querría casarse en su trono en Varapur, pero él no lo había dispuesto así. Era lo más adecuado, lo sabía, y no habría podido ser de otra manera. Su vida juntos había nacido con esa visión y a ella le parecía perfecto que quedarán unidos para siempre en aquel lugar.

“Sí, mi jeque, tu corte real está preparada. La ceremonia está lista,” dijo Sarah. “Aunque probablemente habrá unos cuantos floristas por la mañana siguiendo las órdenes de Lils.”

“Es la que mejor lo hace. Por eso te permití que la dejaras hacerlo.”

Sarah entornó los ojos. “Por lo que he escuchado, todos los medios de comunicación están listos para retransmitir nuestra boda.”

La belleza de su palacio era el telón de fondo perfecto para la oración del Khutba-tun-Nikah, el sermón de matrimonio. El patio que miraba a la Meca estaba ya cubierto de claveles blancos y de flores ámbar de Varapur. No sólo era una de las estancias más grandes de usos múltiples del palacio, sino que estaba equipado con un aparato de primera necesidad, el aire acondicionado.

“Los azulejos de loza del gran salón de baile y los pilares de mármol se han pulido como espejos. Y ya han traído y preparado las mesas grandes para el banquete del *Walima*.” Eran de madera sudafricana brillante y rojiza y parecían fundirse con la exuberancia de los azules, púrpuras y rojos del salón real.

“¿Estás seguro de que quieres recibir a tu gente sin un trono, mi amor?”

“Uno acepta la cortesía de sus hermanos reales y construye un trono en su tierra. Mi trono está en allí, torbellino. Mi gente sabe quién los gobierna.”

“Me encanta cuando rebosas poder, mi rey.”

Tariq le mordió la oreja. Adoraba la forma en que su risa llenaba la noche.

“¿Y mi madre?”

“Ya sabes que sus habitaciones están listas desde hace semanas. La jequesa Samira está muy feliz. Aunque tu hermano aún se queja de que el sonido del cine no es lo bastante bueno.

“Eso es porque está sordo,” gruñó.

“Estoy segura de que Rassid no estaría conforme hasta que se escuchara en las treinta y dos habitaciones de palacio,” rio.

Se apoyó en él, dejando que el fresco aire del desierto soplara entorno a ellos. Las luces de palacio empezaron a encenderse por toda la estructura de color miel al ponerse el sol, ensombreciendo las molduras cubiertas de oro y la arcilla pulida. Las fuentes reborboteaban con el tranquilizador sonido del agua al volver a la vida.

“Mi padre todavía no sabe muy bien cómo ponerse la ropa,” rió Sarah.

“Soy el jeque. Ordeno y mando,” bramó Tariq.

“No has aprendido mucho de los vaqueros de San Antonio este último año ¿verdad? Pero creo que la tía Carla podrá ayudarlo.”

“Sé que nos ha dado su bendición, amor mío. Lo sé.”

“Bueno, él sabe que cuando se me mete algo entre ceja y ceja, siempre lo consigo.”

El gran reloj de la torre en el centro de los jardines resonó rodeándolos de la mezcla del estilo antiguo y la magia de la nueva era. Para muchos, aquel lugar quizás fuera otro llamativo elemento en medio del lujo y los excesos de Dubái, pero la mayoría veía el potencial. Esa casa se convertiría también en un monumento que daría la bienvenida a todo aquel que deseara ver sus maravillas. Había empezado como una obra de amor, una visión, pero a través de esa visión había conocido al amor de su vida.

“¿Qué te parece, mi jequesa? ¿Hemos construido algo bueno?” susurró con esa voz profunda de barítono que la volvía loca.

“Sin duda, mi jeque,” dijo ella, llevando las manos de él hasta un pequeño bulto en su vientre. “Pero creo que hemos *creado* algo incluso mejor.”

FIN

Para unirte a nuestro boletín de noticias y mantenerte informado sobre nuevos libros exclusivos de esta serie,

[HAZ CLIC AQUÍ](#)

Nota de las autoras para todos los fans/lectores:

¡Muchas gracias por leernos!

Si te ha gustado el libro, deja una reseña positiva, por favor :)

¡Estamos trabajando en más historias de jeques! ¡Regístrate en el boletín de noticias de fans para estar actualizado!

Y si aún no lo has hecho, ¡haz clic en los enlaces a continuación para leer nuestras otras series GRATIS con KU! Advertencia: ¡Son muy eróticas!

1. [“La Amante Cautiva del Jeque”](#)

¡Muchas gracias!

-Ella y Jessica Brooke

¡HABLA CON NOSOTRAS! ¡QUEREMOS CONOCER LA OPINIÓN DE NUESTROS LECTORES!

Correo electrónico jessicabrooke34@gmail.com

¡Síguenos en Facebook! [HAZ CLIC AQUÍ](#)

Otra historia es posible disfrutar

La oferta del jeque

por Jessica Brooke y Ella Brooke



trailer gratuito a continuación

La oferta del jeque

Por Ella Brooke y Jessica Brooke

**Todos los derechos reservados.
Copyright 2015 Ella & Jessica Brooke**

Capítulo uno

—Qué mono es —dijo Kelly Kentworth sonriendo a su ahijado, Gabriel Hassem.

Unos dieciocho meses antes, su mejor amiga, Alana Fiora, se había emparentado con la familia real Al-Marasae. El acuerdo matrimonial no había estado exento de problemas. El jeque Dharr había engañado a Alana para que volviese a su palacio y se convirtiera en su esposa. Al principio tan sólo era su organizadora de bodas, pero digamos que fue *ascendida* cuando la novia de verdad fue descartada. Los comienzos no habían sido fáciles, pero poco a poco fueron sorteando las dificultades. Desde luego, Kelly nunca había visto a su amiga tan feliz. Se conocían desde hacía más de una década, cuando sólo eran compañeras de instituto, y nunca la había visto con esa permanente sonrisa en el rostro.

Indudablemente, su pequeñajo favorito era muy culpable de esa felicidad. Gabriel tenía los grandes y hermosos ojos azul turquesa de su madre. Se veían tan grandes en esa carita tan pequeñita que parecía un personaje de una serie de *anime*. Era precioso. Había heredado la piel aceitunada de sus dos progenitores, pero la mata de pelo rizado, igual que la de su abuelo y la de su tío Asam, era de la familia Hassem. Era un pequeño monstruito que correteaba por todas partes con pasos inestables y se lo llevaba todo a la boca. No más de cinco minutos antes lo había pillado con una pieza de Lego en la boca. Por lo menos era de las grandes. Ahora entendía por qué los padres se volvían locos buscando etiquetas en las cajas de juguetes y asegurándose de que no había partes pequeñas por ningún sitio. Gabriel andaría metiéndose canicas y un puñado de otros objetos peligrosos en la boca si Alana los dejase a su alcance.

Al parecer, «precoz» era el código que usaban los padres cuando en realidad querían decir: «No duermo nunca, así que ¿podrías ayudarme a vigilar a mi hijo las 24 horas del día durante los siete días de la semana?».

Era bueno saberlo.

—Es la flor más hermosa de mi jardín —dijo Alana ciñéndose con firmeza el caftán naranja tostado sobre los hombros—. Pero vamos, si quieres, te lo cedo durante un mes para que yo pueda descansar. A mí me vendría de maravilla.

A Kelly se le escapó una risa ahogada.

—Como si no tuvieras un montón de leales sirvientes a tu disposición que estarían más que encantados de ayudar a su jequesa con el futuro heredero.

—Técnicamente —dijo Alana mirando el palo que le había traído Gabriel del jardín como si fuese el Santo Grial—. Pero Faaid es el mayor, así que sus hijos son los primeros en la línea sucesoria. Estoy segura de que al abuelo Azhaar le interesa más asegurarse de que mi familia se queda con Petróleos Hassem S.A. Es algo menos urgente.

—Aún así puedes encontrar muchas formas de descansar. ¡Debe de haber niñeras de primer nivel por aquí!

—En teoría tienes razón, pero a Dharr y a mí nos gusta ser lo más prácticos posible. Nuestro hijo es la luz de nuestra vida. La abuela Yahira cuida de él cuando yo estoy trabajando en casos legales y su padre está en la sala de juntas, pero no quiero tener una legión de cuidadores. Dharr creció así y, aunque adora a su madre, es una infancia demasiado solitaria. O sea, en mi familia siempre hemos sido una piña. Quiero lo mismo para Gabriel.

Kelly asintió y sonrió cuando vio las flores que su ahijado le había traído. Estaba completamente segura de que antes de convertirse en una especie de masa deforme aquello habían sido unos pétalos de rosa roja. Esbozando una sonrisa aún más amplia, acarició la mata de cabello castaño de Gabriel.

—Qué mono. Me parece que vas camino de convertirte en un conquistador, hombrecito.

Alana soltó una carcajada mientras acariciaba la espalda de su hijo.

—No le des ideas. Su tío ya tiene bastante mala fama, y su padre tampoco fue un niño modélico precisamente. Aunque preferiría tener que preocuparme por que fuese dejando una ristra de corazones rotos por todo Oriente Medio, sobre todo aquí en Al-Marasae, a tener que lidiar con una afición por la Fórmula Uno.

—O por las carreras ilegales de coches.

Alana frunció el ceño y asintió después de hacer una pausa. Si el jeque Dharr se había visto forzado a salir a la caza de esposa tan pronto había sido porque su padre le había dado un ultimátum. Todo se había desencadenado por sus días salvajes en los que había arrastrado el nombre de la familia Hassem por los suelos. Uno de los ejemplos más estelares (si podía llamarse así) fue una carrera de coches con consecuencias desastrosas que dejó a otro jeque de un país vecino atado para siempre a una máquina de respiración artificial. Exceptuando al hermano mayor, Faaid, los hermanos Hassem tenían una reputación que les precedía y ninguno tenía un currículum, digamos, impecable.

—Bueno, aún te quedan catorce años para que sea lo suficientemente mayor para sacarse el carnet de conducir —dijo Kelly—. Espera, ¿aquí hay una edad mínima para aprender a conducir? —añadió con un súbito pestañeo.

—En teoría no; aunque yo aprendí a los dieciséis y creo que esa edad está bien de sobra. De todas formas, disponemos de un chófer que nos lleva a todas partes.

—Vaya, ¡qué nivel!

Alana soltó una risa ahogada y bajó la cabeza.

—Ya me entiendes. Sigo prefiriendo hacerlo casi todo sola. No me estoy convirtiendo en una diva.

—¿Que no te estás convirtiendo en una diva? Pero si siempre has sido un pelín exigente y caprichosa.

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

—Cómo no, señorita abogada —contestó Kelly—. Por cierto, hablando de jeques malos, ¿cómo le va a Asam?

—No me digas que estás haciendo una encuesta. ¿Has empezado a trabajar para la revista *Herederos Árabes*?

—No, pero si te dijera que no es más que simple curiosidad científica no me creerías, ¿verdad? —preguntó retirándose un largo mechón de cabello dorado de la cara. Alana se dejaba el pelo a la altura de los hombros, pero a Kelly le encantaba llevar el suyo más largo, por la mitad de la espalda. Si ya era un engorro en Las Vegas, donde vivía; después de una semana en Al-Marasae a cuarenta y nueve grados, era insoportable. No paraba de sudar. Notaba el pelo lacio y las gotas de humedad bajándole por el cuello.

Puf.

Se alegraría más o menos de estar pronto de vuelta en Las Vegas. No es que hiciera mucho más fresco, pero en otoño era al menos soportable. Aunque, eso sí, tendría que regresar a su apartamento vacío, el que solía compartir con Alana antes de que su amiga pasara de abogada de altos vuelos a jequesa de una tierra exótica.

Era duro. No envidiaba la felicidad de su amiga, pero Kelly solo deseaba un poco para ella. Se pasaba todo el tiempo en el sitio web de citas MatchMe.Com y los pocos chicos con los que había ido más allá de la primera cita habían resultado ser unos tarados. El que coleccionaba sellos se había ganado un puesto de honor en las Olimpiadas de Perdedores. Además, todos palidecían en comparación con el que ella realmente quería pero que se le había escapado.

—¿Sabes? —dijo Alana esbozando esa sonrisa suya de Mona Lisa mientras sostenía a su hijo en su regazo—. Eres increíblemente transparente. Si quieres saber cómo le va a Asam, no tienes más que llamarle. Puedo conseguirte su número. Además, se pasa todo el tiempo yendo y viniendo de Estados Unidos. Caramba, ese es su principal problema. No sabes cómo frustra a Azhaar, su padre. Un fin de semana está en Londres, el otro en Nueva York y el siguiente en Chicago.

—Mejor no me digas para qué —respondió Kelly por miedo a saber la respuesta.

Asam y ella no habían pasado mucho tiempo juntos. Solo había ido de visita a Al-Masarae un par de veces incluyendo la boda de su mejor amiga con Dharr. Aquella vez tuvieron una discusión monumental, al igual que aquella otra vez que fue de visita durante el Ramadán. La primera vez que se conocieron verdaderamente sintió que habían conectado. Habían mantenido una conversación relajada y divertida en la carpa de la piscina, pero después Asam desapareció sin más y la dejó plantada para irse con una compañía más, ejem, interesante. Asam se había escabullido con una *stripper* tragallamas (estaban en Las Vegas, donde habían hecho la despedida de solteros porque qué mejor opción que esa).

Después de aquello, cuando volvió a verle se odió a sí misma por seguir echándole de menos. Parecía una locura, pero en apenas unas horas habían tenido una conexión muy especial; sin embargo, esa chispa se apagó con demasiada rapidez. A pesar de lo enfadada que se había sentido las otras dos veces que se vieron y de la atracción que sentían cada vez que se encontraban, seguía teniendo otros sentimientos hacia él. Era atractivo, así que lo fácil habría sido echarle la culpa a la atracción física. Pero no era solo eso. El carisma de Asam tenía algo embriagador. Se había ganado a pulso el rol del “hermano divertido”, pero era algo más. Sentía una atracción tan intensa como la de la luna sobre las mareas.

Le daba mucha rabia caer rendida así.

Era lo último que quería, pero daba igual a cuantas citas a ciegas acudiera ni cuantas aventuras de citas online tuviera, no podía evitar desear que cierto par de ojos castaños le devolviesen la mirada en lugar de esas miradas vacías que recibía en su lugar. Ella quería al jeque encantador que olía a tomillo y especias. Deseaba que esas manos fuertes se aferrasen a las suyas. Esos pensamientos seguían persiguiéndola casi dos años después de haberle conocido, y Kelly llegó a la conclusión de que se le había ido la cabeza. A lo mejor tan solo quería una excusa para vivir en Al-Marasae al lado de su mejor amiga. O tal vez la selección de, seamos sinceros, perdedores de MatchMe no le atraía lo más mínimo. La cuestión es que no podía quitarse a Asam de la cabeza ni de la sangre que recorría sus venas.

Era como una droga que se resistía a desaparecer de su cuerpo a pesar del tiempo que había pasado.

Pero claro, si volaba de una ciudad a otra todos los fines de semana para disfrutar de clubs de moda y de mujeres de todo el mundo (su familia no era tan ortodoxa ni estricta como para no permitirle disfrutar de la fiesta como haría el miembro de una fraternidad universitaria), entonces es que Asam la había olvidado de sobra. Volvía a comportarse de forma patética y lo sabía.

Puf, que alguien acabe con su sufrimiento de una vez.

—Entonces Asam está disfrutando la vida, ¿no?

Alana suspiró y volvió a acariciar la mano de su amiga.

—Kelly, no es del todo así.

Kelly puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Vale. Es así, pero Dharr dice que siempre se ha comportado de esa manera. Siempre ha sido el menos responsable y el más juerguista. Imagino que es porque es el más joven. Bueno, hágame de los hombres de tu vida. Tiene que haber alguien.

Kelly soltó una carcajada y se inclinó para besar las rollizas mejillas de su ahijado. Parecía un

querubín.

—Hay alguien. Se llama *Jasper*, es de color blanco, tiene un manto de pelo suave y unos bigotes largos. Ah, y la cosa va en serio porque los gatos son unos toca...ejem...narices y yo sigo aguantándolo —respondió.

—Gracias por no decir palabrotas —dijo Alana, y soltó una risa sofocada—. Te juro que tanto Dharr como Faaid sienten la tentación de decir tacos en árabe cuando hablan de negocios por teléfono. Mi hijo se convertirá en un blasfemador experto si no nos andamos con ojo. Por lo menos yo intento limitarme a un idioma —añadió, y dio un ligero suspiro—. En fin, lo siento mucho. No es que *Jasper* no sea un gato fantástico...pero no es ni de lejos tan bueno como mi perro *Pumpkin*.

—Hala, venga, sigue echando sal en la herida.

—¡Cómo lo echo de menos! —dijo—. Pero no podía hacerle pasar por un viaje tan largo ni por el trámite de aduanas. Encima tiene mucho pelo y aquí hace demasiado calor. Menos mal que el terapeuta de mi padre le recomendó que se buscara un perro para que le ayudara. Si le entra ansiedad porque tiene ganas de jugar a las apuestas, no tiene más que distraerse con *Pumpkin*.

Kelly asintió sin querer borrar la sonrisa de su cara. El padre de Alana llevaba tiempo luchando contra su adicción por el juego. Había mejorado gracias a la terapia que Dharr había costado generosamente. Seguía trabajando en su bufete de abogados, pero poco a poco estaba consiguiendo salir adelante y la compañía diaria de *Pumpkin* era muy culpable de su mejoría. No es que los perros fueran tan especiales. Los gatos eran claramente una especie superior. Después de todo, ¿qué animal era el dueño de Internet gracias a millones de videos virales?

Una pista: no era ninguna de esas máquinas de babear.

—Pero no puedo evitar preocuparme por ti. Estoy muy lejos y no quiero que te sientas sola.

—Mira, entre el trabajo en el Paradiso y los súper bufés que preparo los domingos, no tengo tiempo de aburrirme. Además, tengo a *Jasper* para cubrirme las espaldas. Sabe arañar bien, así que además me ofrece protección. Tengo una vida plena, en serio.

—¿Por eso me has preguntado por Asam después de tanto tiempo?

—Solo estaba haciendo un sondeo. Dime qué tal te llevas con Yahira y cuéntamelo todo sobre los tíos y primos de Gabriel. ¿Ves? Solo estoy charlando contigo sobre la familia.

—Claro, Kel, claro. De todas formas, si cambias de opinión te puedo conseguir su número en un abrir y cerrar de ojos. A lo mejor va de un lado para otro porque ya ha encontrado a la persona que quiere pero cree que no puede tenerla.

Kelly se irguió y levantó la barbilla.

—Por supuesto que no puede. Me dejó plantada para irse con una tragallamas, y no una tragallamas cualquiera, no... ¡Una bailarina de *striptease*! No te preocupes, Alana, estoy bien. Era

simple curiosidad. Sigue contándome secretos del clan Hassem.

Volver a casa fue duro.

El palacio siempre estaba rebosante de vida. Dharr y Alana no eran los únicos que vivían allí. Su hermano Faaid y su familia vivían en una de las múltiples alas del edificio, además de los padres de Dharr. Había un centenar de sirvientes e incluso el antiguo y ya retirado harén (habían sido del viejo jeque ya que los hermanos no parecían interesados en las tradiciones). Era como si hubiese una floreciente metrópolis detrás de las puertas del recinto. Pero esa no era la única razón. Su amiga vivía allí. Ya no podía oír su risa cada vez que quería ni darle un abrazo al final de un duro día de trabajo. No era lo mismo. También echaba de menos la cara sonriente y radiante de su ahijado e incluso esos atisbos tan adorables de Dharr y Alana cogiéndose de la mano o abrazándose con cariño.

No era solo por las personas que vivían en el palacio, sino por esa atmósfera cálida y familiar que emanaba del lugar. Al volver a la tranquilidad de su apartamento soltó un suspiro. Lo había dejado hecho una leonera antes de irse. Se le había echado el tiempo encima haciendo la maleta y había camisetas y pantalones esparcidos por toda su habitación. Había contratado a un canguro de mascotas para que fuese de vez en cuando a limpiar el arenero al menos hasta el día antes de que ella llegase y, después de haber estado fuera durante una semana, volvía a acostumbrarse al intenso olor de la orina de gato. Evidentemente, el frigorífico estaba vacío y había algunos restos en un Tupperware que tendría que limpiar. Probablemente estarían verdes y cubiertos de pelusa, dando cobijo a nuevas formas de vida nunca antes vistas en este planeta.

Notó algo cálido y familiar frotándose contra sus piernas, así que se agachó para coger en brazos a su bola de pelo blanco favorita.

—Uff —dijo Kelly acercándose el gato al pecho—. Te estás poniendo súper gordo, *Jasper*. Voy a tener que dejar de darte comida húmeda.

—¿Miau?

Kelly suspiró y le dio un beso en la nariz.

—Esta noche estamos solos, compañero. Nada nuevo, ¿no? ¿Encargamos comida en el chino y nos ponemos una peli o mejor pedimos pizza y leemos un libro?

—Miau.

—No eres de mucha ayuda —le reprendió mientras cogía el teléfono—. ¿La Posada del Mandarín? Soy Kelly Kentworth, llamo para encargar lo de siempre...

Capítulo dos

—Y ese sería el primer paso. Vamos a necesitar al menos un año para construir un hotel y un centro comercial de ese nivel en Zayed, pero los contratistas están cumpliendo los plazos establecidos. Si esto sale adelante, convertiremos Zayed en el próximo destino turístico de moda. Joder, Dharr, podríamos hacer de Zayed una ciudad que pudiese competir con Dubai. Vienes para comprar en Gucci, pero te quedas por las carreras de coches, las montañas rusas cubiertas y el patinaje sobre hielo. Algo de ese estilo.

Su hermano mayor esbozó una amplia sonrisa.

—La verdad es que suena muy bien, hermano, pero veamos si podemos sacarlo adelante y tenemos el empuje necesario para ponerlo en marcha. Por raro que parezca, a pesar de haber arriesgado mucho con varios pozos petroleros para Petroleros Hassem S.A., nunca he estado tan nervioso ante un proyecto. Después de todo, no paran de cerrar hoteles y restaurantes sin que se pueda hacer nada para evitarlo. Podría ser un exitazo al principio y luego ir perdiendo fuelle. Se trata de un proyecto completamente distinto para nosotros.

—Podríamos hacerle la competencia a las mejores atracciones de Las Vegas, Dubai o Nueva York —dijo Asam pasándose los dedos por la barba.

Al contrario que su padre, un hombre increíblemente conservador, Asam se dejaba la barba bastante corta. La llevaba un poco en pico, sobresaliendo ligeramente de su barbilla, pero no tenía nada que ver con la barba a la altura del pecho de su padre. Se parecía un poco a la del hombre del papel de cocina Brawny que había visto en sus viajes a los Estados Unidos. Tenía un aire un poco años setenta. Esa parecía ser la historia de su vida. Siempre atrapado entre dos extremos. Por un lado, las tradiciones de la familia Hassem y las expectativas de su padre, y por otro lado, su estilo propio y su comodidad. También estaban los deseos de su padre de que fuese un representante de la familia responsable y competente. Hacía tiempo que Asam había dejado atrás la posibilidad de ser un buen hijo. Nunca sería el líder, como habían educado desde pequeño a Faaid, su hermano mayor, ni el poderoso hombre de negocios encargado de la empresa petrolífera familiar como Dharr. Él era el inútil, el viva la vida. Hasta ahora había sido incapaz de mantener el equilibrio entre su estilo de vida de soltero promiscuo y las expectativas que el jeque Azhaar tenía puestas en él.

Joder, hasta sus hermanos tenían problemas para cumplir todos los mandatos y reglas que su padre les imponía. Al menos seguían adelante gracias a sus maravillosas familias. Lo único que Asam tenía por ahora, si los planes salían bien, era la esperanza de abrir un centro comercial y un hotel en los próximos meses. Aparte de eso, no era más que un «mujeriego incurable», como Dharr le decía a menudo bromeando, o algo incluso peor. Sus padres eran menos benévolos y frecuentemente le decían que era un sinvergüenza y un vago.

—¿Estás bien, hermano? —le preguntó Dharr—. Pareces distraído. ¿Necesitas contratar más asistentes o quieres te mande a Alana un par de semanas? Me gustaría asegurarme de que lo dejamos todo bien atado y de que no se aprovechan de nosotros. La experiencia me ha enseñado que los

contratistas siempre encuentran la forma de escabullirse de sus obligaciones si no estás todo el rato encima de ellos.

—Y siempre te dicen que en dos semanas lo tendrán todo listo —añadió Asam, y soltó una risa sofocada—. No, yo no estoy nervioso como tú. Sé que es una idea fantástica y, aunque nunca he dirigido un hotel con centro comercial, vamos a contratar al personal adecuado. Aparte de eso, la familia Hassem siempre se las ha arreglado para sacar sus negocios adelante. Creo que también vamos a triunfar con esto. Además, si en algo soy un experto es en saber los lujos que más me gustan. Deberíamos tener eso en cuenta también.

—¿Así que todos los meses que te has pasado en la piscina del Hard Rock en Las Vegas o en el Plaza de Nueva York durante las vacaciones de invierno en realidad te estabas preparando para convertirte en el próximo Hilton?

—No apuntes tan bajo —le corrigió al tiempo que dejaba escapar otra risa ahogada—. Pienso convertirme en el siguiente Bellagio. Lujos de verdad. No voy a conformarme con menos de cinco estrellas Michelin.

—Yo me conformo con que lo saquemos adelante, que nada se incendie, que no recibamos críticas negativas o que no tengamos ningún caso de intoxicación alimentaria.

—¡Qué optimista! —exclamó Asam dejándose caer en el sofá de la oficina de su hermano—. Ya sé que es mi primer intento serio de poner en marcha un negocio.

—En casi treinta años —le corrigió su hermano.

—Sí, pero tengo un plan y, bromas aparte, he llevado a cabo una ardua investigación. Somos un mercado en expansión. Hemos triplicado el salario medio del país gracias al aumento del acceso fácil a recursos petroleros y, con el rápido incremento del índice HPI, también hemos atraído otro tipo de negocios. Tenemos el Mar Muerto lo suficientemente cerca como para que se pueda hacer un viaje de un día desde Zayed y del hotel. ¡Hay tantas posibilidades! Y, sí, tengo claro qué tipo de azulejos, caviar o tejido de rizo me gusta. Piensa en los ocho años tras graduarme de la universidad como años de estudio para saber lo que funciona y lo que no funciona en otros hoteles.

—Prácticamente en todos y normalmente acompañado de un buen número de acompañantes pechugonas —dijo su hermano.

Asam puso los ojos en blanco. Empezaba a notar cierto tono de censura hasta en la voz de su hermano Dharr y, normalmente, él era el único que le defendía. La tendencia de su familia de echársele encima era una de las principales razones por las que evitaba pasar tiempo en el recinto y en el palacio de Marasimaq. Si ahora se encontraba allí era porque era mejor repasar los planes en persona que hacerlo por Skype. Aún así, generalmente podía contar con la comprensión de Dharr en lo referente a su imparable estilo de vida y a su deseo de experimentar todo lo que la vida le ofrecía. A Asam le sorprendía un poco que incluso Dharr cuestionase sus decisiones últimamente. A lo mejor es que ser padre también le había cambiado a él.

La gente era así.

Al parecer, cuando uno tenía un crío se volvía más sabio que Buda y Confucio combinados. Aunque Asam adoraba a su sobrino Gabriel, dudaba que el pequeño hubiera traído consigo el secreto de la vida.

—¿Tú también, hermano?

Dharr arqueó una ceja.

—¿Yo también qué?

—No te hagas el loco. No se te da bien. No engañas a nadie.

—Pues sé más claro.

—Conozco ese tono. Significa que ahora eres como Faaid e incluso padre y madre y piensas que soy «el gandul que tiene que sentar cabeza de una vez».

—No es por nada, pero no he pronunciado la palabra «gandul» en toda mi vida.

—Es una forma de hablar —contestó Asam estirando las piernas en el sofá—. Tú también piensas que tengo que dejar de vivir la vida y de pasarlo bien.

—Dirigir un negocio como el Oasis a tiempo completo no te permitirá viajar tanto. Hay cosas que no se pueden hacer por email ni videoconferencia. Imagino que no se me da muy bien disimular.

—Se te da fatal —le corrigió Asam.

—En fin, te confieso que es algo a lo que llevo tiempo dándole vueltas, pero no en plan «eres una vergüenza para la familia». Soy el menos indicado para hablar de conductas intachables.

—Pero has cambiado mucho desde el accidente...Además, no fuiste el único que accedió a participar en la carrera.

Su hermano asintió, pero no dijo nada durante un rato. Asam lo entendía. Dharr había sido mucho más idiota e irresponsable que él. Al menos hasta el accidente de coche. Eso sí que no podía ni imaginárselo. No tenía ni idea de lo que sería soportar semejante sentimiento de culpa. Lo que sí sabía es que su hermano se había formalizado y que aquello le hizo madurar como pocas cosas podrían haberlo hecho. A veces se preguntaba si seguiría teniendo problemas para dormir y sufriendo pesadillas. Asam suponía que la única que podía saberlo era Alana.

Al cabo de un rato, Dharr consiguió recomponerse lo suficiente para seguir hablando o, al menos, para confiar en que podía continuar.

—Cambiando de tema, Kelly nos visitó la semana pasada y no parecía estar muy animada.

—Ya. Con ese carácter no me extraña que esté deprimida. La gatita tiene las uñas bien afiladas. De buena gana me sacaría los ojos de un arañazo cada vez que le hablo. Si con los demás tíos se

comporta igual, va camino de convertirse en una loca de los gatos.

—Sabes que es un encanto. Alana y yo hemos decidido que seáis los padrinos de Gabriel.

—Pues eso será lo más cerca que estaremos nunca de ser pareja. He intentado suavizar las cosas con ella, pero no te imaginas lo desagradable que fue conmigo en tu boda y en Ramadán. He llegado al punto que cada vez que intento hablar con ella me siento como si me echasen por encima un cubo de ácido. Es imposible tratar con ella. Además, ¿desde cuando vas de celestina, hermano?

Dharr se encogió de hombros. Vaya, le habían pillado.

—Desde nunca, pero Alana me dejó caer de forma muy poco sutil que, si no quería acabar durmiendo en el sofá, te dijera que te pusieras las pilas.

—Como si se lo permitieras. Eres un jeque. Si se enfada, que se vaya ella a dormir al sofá o a un hotel.

—Se ve que no la conoces. Es la mujer más cabezota y astuta que he conocido en mi vida. Debe de ser la abogada que lleva dentro. Pero ahora que ha salido el tema —añadió su hermano cruzándose de brazos—, tengo que admitir que estoy de acuerdo. Me dio la impresión de que hubo algo entre vosotros en la despedida de soltero y, seguramente, tú le hiciste algo después que le sentó mal.

—Me fui con una *stripper* tragallamas y desde entonces no deja de echármelo en cara. No tiene nada que ver una cosa con la otra. He intentado sin éxito disculparme o, por lo menos, tener una conversación civilizada con ella. Me parece que, aunque Kelly sea su mejor amiga, Alana ha malinterpretado sus señales. Créeme. Nada le gustaría más a la señorita Kentworth que ver mi cabeza clavada en una pica.

—Y que los americanos tenga el valor de decir que somos unos salvajes... —resopló Dharr—. Dudo que Kelly esté tan enfadada.

—Bueno, vale —se corrigió Asam, incorporándose un poco en el sofá e inclinándose hacia su hermano—. A lo mejor no quiere ver mi cabeza clavada en una pica, pero estoy seguro de que estaría encantada de castrarme. Agradezco que Alana se preocupe por su mejor amiga y que tú intentes ayudarme, pero a veces las cosas no funcionan. Además, tengo un yate privado esperándome la semana que viene con la mitad de la plantilla de los nuevos ángeles de Victoria's Secret. Como dicen algunos: va a ser legendario.

Su hermano hizo un mohín de disgusto, como si acabara de chupar un limón.

—Sé lo que es divertirse, pero al final te acabas cansando. Me da igual que cuando te metas en tu habitación pienses que me he vuelto un sosaina o un calzonazos, pero nunca he sido tan feliz como ahora, y sé que Gabriel y Alana son los culpables de esa felicidad. El apoyo y el amor incondicional de tu familia hacen que la vida merezca la pena. Dudo que haya suficientes modelos de ropa en interior en el mundo capaces de hacerte sentir algo así.

—¿Has conocido a todas las modelos de ropa interior del mundo? Vaya...esa sí que sería una buena meta en la vida —dijo Asam, y suspiró.

—No me creo que no seas más que un simple salido. A lo mejor te pegaba cuando ibas a la universidad, pero ya no. Por el bien de Alana, ojalá Kelly y tú podáis solucionar las cosas, aunque yo ahí no me meto. Sin embargo, por mucho que madre y padre intenten hacerte sentir mal, a mí lo único que me gustaría es que encontrases a la chica adecuada porque sé que, en el fondo, te sientes más solo de lo que dejas entrever, hermano.

—Estoy en mi mejor momento. Visito seis de los siete continentes cuando me apetece y estoy a punto de poner en marcha mi primer proyecto importante. No podría ser más feliz —dijo, y le devolvió una forzada sonrisa de complacencia a su hermano. Por desgracia, a Asam no le daba todo tan igual como le gustaría.

Puñetero Dharr. Le conocía demasiado bien.

—Lo que tú digas, Asam —le contestó con una sonrisa intencionada—. Puedes seguir mintiéndome todo el tiempo que quieras, pero en el fondo sabes cómo te sientes. Te lo digo porque yo también me sentía vacío hace dos años, antes de conocer a Alana. Aunque no sea con Kelly, sabes que es hora de que te centres y dejes de tontear con modelos de ropa interior —dijo, y se levantó de la mesa del despacho—. Bueno, tengo que ver a Alana. Hemos adquirido nuevos pozos de petróleo y está redactando los contratos para la fusión con otra compañía petrolera. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, y si alguna vez te cansas de tu salvaje vida de soltero, puedo decirle a Alana que te prepare una cita.

—Modelos de Victoria's Secret, Dharr. No creo que me canse nunca —dijo al tiempo que se recostaba en el sofá y cerraba los ojos. Había llegado ayer de Los Angeles, donde había estado viendo un partido de los Lakers en primera fila. Asam todavía no se había recuperado del *jet lag* ni del cambio de huso horario. Una cabezada en el sofá de su hermano no le haría daño —. Pero gracias por el ofrecimiento —añadió, intentando al menos ser amable. Tenía el brazo izquierdo echado sobre los ojos y la mano ligeramente enredada en la mata de pelo negro rizado —. Me echaré una siesta rápida antes de volver a mi habitación. Estoy más cansado de lo que parece.

—Esta mañana por poco te duermes encima de la los dátiles con miel del desayuno. Es normal que estés cansado —dijo su hermano.

Asam se encogió de hombros y se alegró cuando su hermano salió del despacho. Por raro que pareciese, le resultaba más difícil lidiar con la preocupación cautelosa de Dharr que con las quejas directas de sus padres y de su hermano Faaid. Probablemente porque cuando el resto de su familia le sermoneaba diciéndole: «¿A qué estás esperando para casarte?», lo hacía con un tono condescendiente y egoísta. Era más porque la vida de Asam y sus, ejem, *hobbies* afectaban negativamente al nombre Hassem, que porque realmente se preocupasen por él. Esas charlas interminables y pretenciosas eran fáciles de ignorar. Algo que no era fácil de hacer en el caso de su hermano y de su ahora cuñada Alana porque se había dado cuenta de que sufrían por él.

El problema es que no sabía comportarse de otra manera. No estaba seguro de cuál era la

clave para que sus intentos diesen resultado. Después de todo, por unas horas sintió que realmente había conectado con Kelly; notó algo que nunca antes había sentido con otra mujer.

Pero aquello no había sido más que un error y, desde entonces, ella no podía ni verlo.

Si Faaid y Dharr se encargaban de las empresas de la familia y de cumplir con las famosas responsabilidades, ¿qué había de malo en que él se divirtiese?

De repente, escuchó unos pasos torpes en el suelo de azulejos y un característico golpe acompañando cada paso arrastrado. Asam soltó un gruñido de disgusto y abrió los ojos. Como se temía, allí estaba su padre encorvado sobre el bastón. Con sus ojos oscuros entrecerrados, le miraba sacudiendo la cabeza, como si Asam fuese tan torpe de no ser capaz de percibir las claras señales de desaprobación de su padre.

En sus veintinueve años de vida las había captado lo suficiente como para saber que lo único que Azhaar Hassem sentía hacía él era decepción. Decepción mezclada con desprecio y unas ganas tremendas de excomulgarle.

—Padre, esperaba poder evitarte esta vez.

Su padre resopló y lo miró fijamente.

—Esperas poder evitarme cada vez que vienes. Y entiendo por qué. Imagino que es normal cuando sabes que eres una absoluta decepción.

Asam se levantó rápidamente. Aquella era la señal de que tenía que marcharse. Nunca salía nada bueno de estar cerca de su queridísimo padre.

—Me alegra saber que no has cambiado, padre.

—Tus hermanos por fin se han convertido en los hombres y líderes que esperaba que fuesen. Aunque tengo que admitir que a Dharr me costó convencerlo.

—Lo amenazaste y le obligaste a buscar una esposa. Luego, cuando quiso casarse con Alana, montaste un espectáculo porque, aunque su madre era libanesa, no era lo suficiente musulmana para ti.

—Su padre sigue siendo un infiel inútil, pero tu hermano se ha reformado. Ya no participa en carreras ni aparece en la prensa sensacionalista ni en páginas webs obscenas de medio mundo.

—Me alegro por él. Faaid, en cambio, siempre ha sido Don Responsable.

—Supongo que tienes razón. ¿Pero qué voy a hacer contigo?

—Siempre he sido un firme defensor del «vive y deja vivir» —contestó Asam, e intentó pasar rápidamente por el lado de su anciano padre.

El viejo desgraciado sacó la mano con un movimiento brusco y le agarró con fuerza del

antebrazo. Asam soltó un gruñido cuando su padre le clavó las uñas amarillas en la piel.

—Yo de ti no me lo tomaría tan a la ligera. Sabes que puedo desheredarte, ¿verdad, muchacho?

—Dudo que lo hagas.

—Estoy cansado de que vayas de cama en cama, a menudo con mujeres occidentales. Voy a proponerte algo parecido a lo que le dije a Dharr hace dos años. Vas a traerme a una esposa adecuada, una que yo apruebe, y lo vas a hacer en seis meses. Dharr me ha dicho que estás poniéndolo todo de tu parte para hacer del Oasis uno de los mejores hoteles de la tierra, pero no me fiaré de ti ni de tus instintos hasta que tú también tengas a tu lado a una mujer que te de estabilidad.

—Eso es una locura.

—Eres el heredero de una fortuna de miles de millones y de uno de los reinos más antiguos de Oriente Medio. Tendrás la riqueza, el lujo...y el *respeto* de Al-Marasae solo si maduras como han hecho tus hermanos. Te doy seis meses, Asam. Y espero por el bien de todos que demuestres ser el hombre que Dharr dice que eres. Me sorprendería mucho, pero siempre me han gustado las apuestas. Si me traes una novia de verdad, seguirás siendo un jeque con todas las de la ley. Si no lo haces, espero que por tu bien hayas ahorrado dinero durante todo este tiempo porque, además, el Oasis será para otro miembro de la familia Hassem hasta el fin de los días.

Asam miró con furia a su padre y apretó los puños a los lados. Nunca golpearía a alguien tan débil como su padre; después de todo, creía firmemente en el juego limpio. Sin embargo, no consiguió reprimir su ira.

—Se te dan muy bien los ultimátums.

—No te lo niego, pero éste es muy real. O me demuestras tu compromiso, o reniego de ti. Así que si a partir de marzo no quieres verte durmiendo en el sofá de algún amigo americano alimentándote a base de crema de cacahuete, te sugiero que te apliques a fondo para encontrar a una mujer digna de nuestra familia.

—No te imaginas cómo te desprecio, viejo.

—No eres el único —su padre volvió a respirar con dificultad y emitió un siseo que enfureció aún más a Asam—. Yo de ti me pondría manos a la obra cuanto antes. El tiempo vuela.

Asam se quitó la chaqueta en cuanto regresó a su habitación de palacio. Sinceramente, desde que se marchó a estudiar a Princeton no había pasado allí más de dos o tres días seguidos. Todo con tal de evitar la mirada escudriñadora de sus padres y sus consejos irritantes. Y no era porque no le gustase el palacio. Sería contradictorio. Una cama *king-size* con un colchón maravilloso podía encontrarla prácticamente en cualquier hotel de cinco estrellas. En cambio, la tranquilidad que hallaba fuera de palacio no tenía precio. Claro que, solo en Marasimaq encontraba las maravillosas sedas, las

suaves y coloridas almohadas y las antiquísimas alfombras que sus tátara-tátara (no sabía cuánto tenía que retrotraerse) tatarabuelos habían ido acumulando a lo largo de los siglos. El palacio era bellissimo, pero estaba hueco por dentro y, o bien le hacía desear no tener que sentirse atado a su familia, o bien, si eso nunca era posible, hacer que se sintieran orgullosos de él al menos una vez.

Creía que liderando el proyecto del Oasis, expandiendo el puñetero negocio familiar en una dirección totalmente innovadora en los casi cien años en los que la refinería de petróleo lo había dominado todo, conseguiría algo de respeto. A lo mejor su padre necesitaba ver el primer año de facturas antes de darle si quiera un gesto de aprobación de mala gana, que era lo más cercano a una bendición que ninguno de ellos recibiría de Azhaar Hassem.

Pero si no tenía la esposa correcta y un renacuajo de camino, probablemente nada de eso sería suficiente.

Sintiéndose repentinamente exhausto, más de lo que se le pudiera acusar al efecto del *jet lag*, Asam terminó de desnudarse y se metió en la ducha. Era una enormidad de mármol adornada con multitud de chorros de agua. Le encantaba sentir el agua caliente evaporándose alrededor de su cuerpo mientras se enjabonaba. Intentaba pasar el menor tiempo posible en Al-Marasae, pero incluso él tenía que admitir que todo cambiaría cuando dirigiese el Oasis. Aun así, había perdido práctica. De niño y de adolescente estaba acostumbrado a la arena seca que parecía meterse por todas las grietas y fisuras a causa de las tormentas de arena. Ahora estaba intentando quitarse de la piel esa sensación arenosa.

O a lo mejor su intención era otra.

Asam alargó una mano y empezó a acariciarse los testículos rodeándolos con suavidad con el pulgar y el índice. A continuación, bajó la otra mano y la deslizó a lo largo de su miembro. Después de hablar con su hermano solo tenía a una mujer en la cabeza. Mientras continuaba dándose placer se concentraba en imaginar a Kelly Kentworth. Tenía una figura curvilínea, tal vez un poco más curvilínea de lo que habitualmente le gustaba. Sin embargo, había algo tentador en sus sensuales caderas y en su delicioso escote, algo diferente después de pasarse años seduciendo a modelos delgadas como puñeteras perchas. Y esos ojos verdes. Esos ojos que brillaban como esmeraldas cuando sonreía. O esa melena larga y rubia. Unos ondas que caían en cascada por su espalda y brillaban como el oro al contacto con el sol.

Era preciosa.

Pero no era para él.

Sin embargo, continuó acariciándose, masajeando su erección hasta que sintió que le temblaban las piernas. Podía imaginarse cómo sería estar con ella. La sensación de éxtasis al deslizarse hasta su interior cálido, notando sus espasmos envolviéndole. Se imaginaba recorriendo su lengua con habilidad por sus pezones. Sintiendo su piel suave y tersa bajo sus caricias. Deseaba con todas sus fuerzas que le diese otra oportunidad, hacerle llegar al orgasmo con un grito y una sonrisa dibujada en sus labios.

En ese momento él también alcanzó el clímax y se corrió descargando su semen sobre la pared de azulejos de la ducha. Sintió que las piernas le temblaban de nuevo y se apoyó en la pared con las palmas plantadas firmemente sobre la superficie.

Fue entonces cuando una idea traviesa vino a su mente.

Si su padre estaba empeñado en que buscase una esposa, joder, entonces sabía perfectamente a quién podía proponérselo. A lo mejor esta vez conseguía hacerla entrar en razón. ¿Qué tenía que perder aparte de toda su herencia?

Pero por Kelly merecería la pena. Solo tenía que convencerla.

ELLA BROOKE, JESSICA BROOKE



[Haga clic aquí para leer de forma gratuita en KU](#)